

A. Mouguet

LICENCIADO PERALTA

SEXTETO CLÁSICO

Pendencieros, Militares y Danzantes;
Diputados, Asesinos y Cantantes.



MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo 483

1923

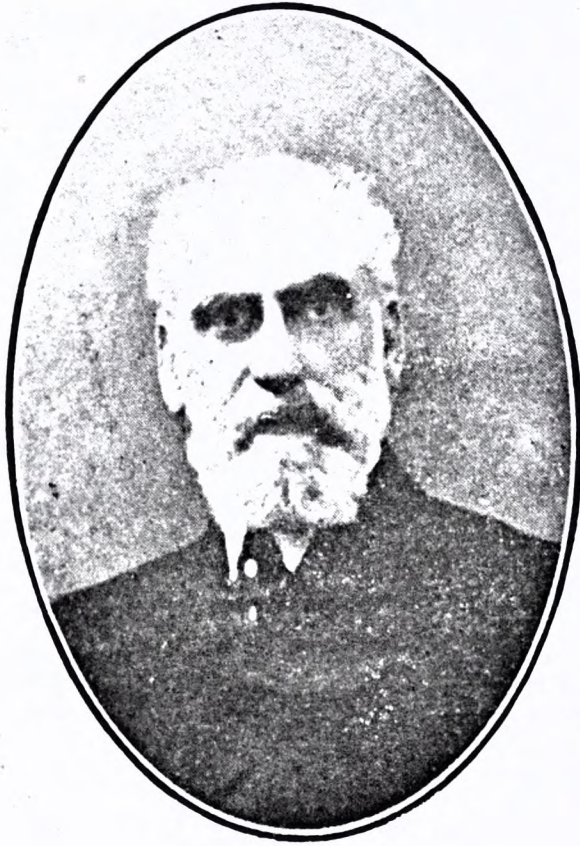
SEXTETO CLÁSICO™

Producciones del mismo autor

1881. Recuerdos de Europa y América 2 tomos
1895. Breves Apuntes sobre la Administración de Justicia y su Organización 1 »
1905. De los Tribunales Colegiados. 1 folleto
1912. Estudio sobre Constitución Orgánica y Reglamentaria de la Justicia Civil y Criminal.. 2 tomos
1916. Relación Oral de los Procesos Criminales 1 folleto
- » De la Institución del Jurado 1 »
1917. Práctica Forense 1 »
1918. Urgente sanción de una Ley. 1 »
- » « Sueño Tártaro » Opúsculo
- » « Carnet de un Filósofo » ... 2 tomos
- » « Bocetos y Brochazos »..... 1 tomo
1920. « Resonancias del Pasado » . 1 »
1921. « Los Festines de Plutón ».. 1 »
1922. « ¡ Al Indostán y a la China ! » 1 »
1922. « La Atalaya de Ulises ».... 1 »

" et la Redaccion del
Mundo Uruguay, con
un atento saludo.

Ldo Perella
Abril de 1923.



LICENCIADO PERALTA

SEXTETO CLÁSICO

Pendencieros, Militares y Danzantes;
Diputados, Asesinos y Cantantes.

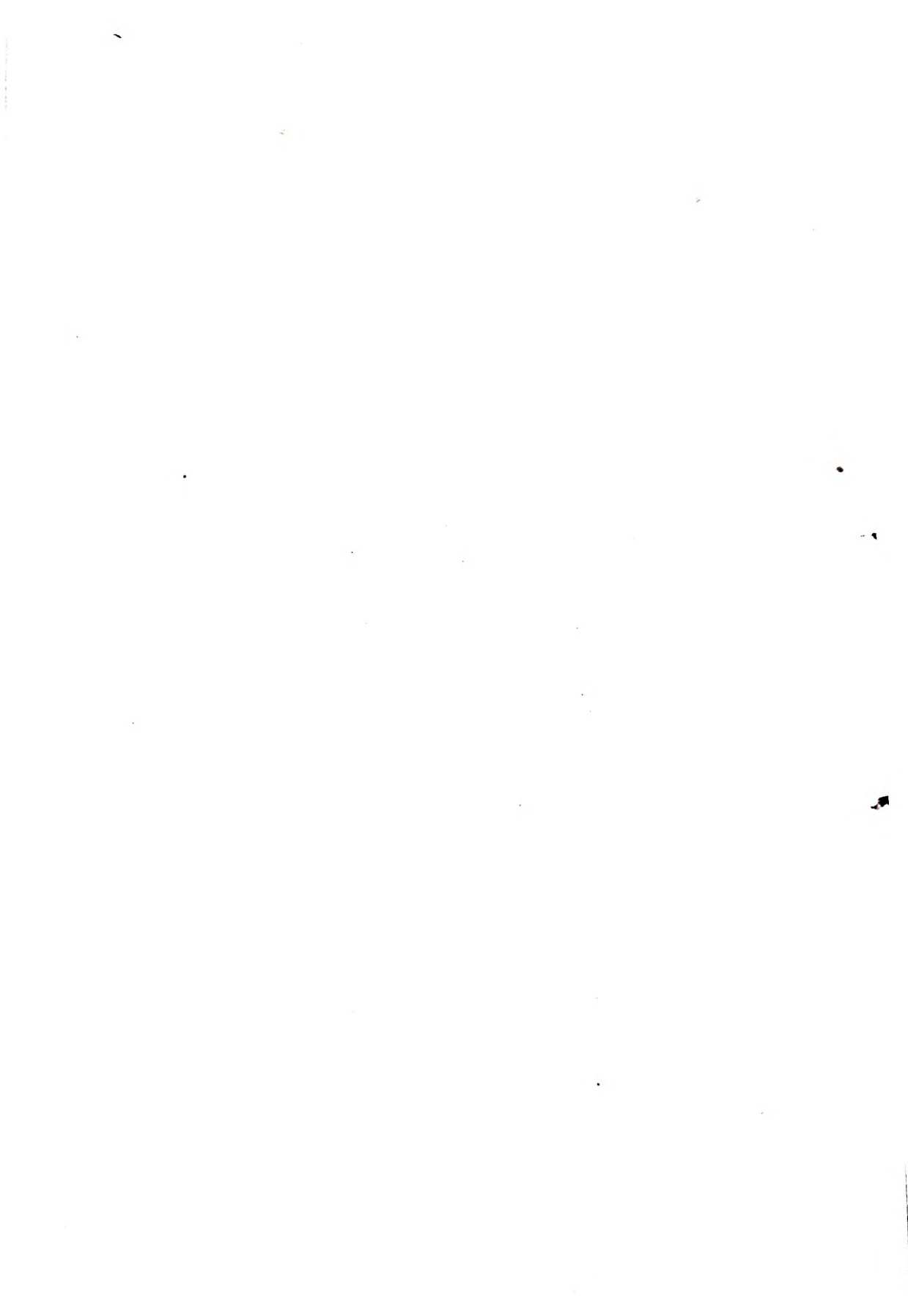


MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo 483

1923

¿PERMISO?...



—Permiso?...—murmuró alguien al doblar una esquina y deteniendo el paso.

—Ah!... cómo?... ¿es usted señor Peralta?...

—El mismo, Don Prudencio... y aquí me tiene... después de corta ausencia con este volumen debajo del brazo... es un libro... ya lo ve usted... mi libro... o mejor dicho... mi último libro... tal vez.

—Por supuesto... siempre sobre el pasado?

—Es decir... preferentemente...

—Vamos!... ya veo, que no me he equivocado...

—Pues acaso preferiría Vd., que lo hiciera sobre el presente o sobre el lucido porvenir que nos espera?... El pasado, siquiera nos hablará de cosas menos desagradables... nos ofrecerá ejemplos edificantes de las virtudes de nuestros abuelos, de nuestros antepasados y de grandes errores, tal vez, hijos de nuestro atraso y de nuestras pasiones partidistas, pero no de nuestros vicios y además, contribuirá a detener a muchos ilusos al borde

del precipicio, que parece abrirse a sus pies.

— ¡Caramba!..—Sin embargo... algo relativamente moderno y lucido encontrará usted... y... ya verá que mal huele...

—Entonces...

—Entonces... es preferible olvidarnos del presente en cuanto sea posible... y por el momento, hasta del mismo mañana, en el cual como primicia inmediata, tendríamos poco bueno que esperar...

—Lo cree usted así, señor Peralta?

—Y así también lo cree usted, Don Prudencio... ya lo verá... ya lo verá usted, una vez que lea mi libro... tome... tome usted este ejemplar...

Y como notase el Licenciado, que Don Prudencio le miraba perplejo, sin tender su mano para recibirse del *panfleto*, agregó con una amable sonrisa, tome usted... se lo regalo... y lealo... para poder apreciarlo en lo que valga, a menos que, en su opinión no valga nada, pues en tal caso, lo único de valor en este asunto, será el tiempo que usted haya perdido en leerlo y el que yo hubiese malogrado en escribirlo...

— No tal... no tal... interrumpió Don Prudencio.

— Pero me tengo fe, como suele decirse, — contestó a su vez Peralta, — y aunque este resulte o parezca un rasgo de vanidad de mi parte, ya verá usted, que no estoy des-acertado en lo que digo.

— Como que, no lo dudo, señor Peralta...

— Y hace usted bien, que desde que en medio de este infierno, empecé a usar bragas, me encontré más fuerte y decidido y de tal modo, que ya me parece todo el campo orégano. No sé si es la aspereza o la estrechez y ajuste de ellas lo que me estimula en mis atrevidas empresas y desarrollan mi fuerza muscular, o si mis ímpetus y arranques a los ochenta y cinco cumplidos, provienen del sólo pensar en que las llevo puestas y que las resisto, porque es la verdad que todos no son para vestirlas, ni para salvar y enaltecer los dones de varón fuerte, *¡ fortem virum !*

— ¿Quién puede ponerlo en duda?...

— En efecto, desde entonces, he adquirido tales bríos y cobrado tal confianza en mis designios, que en las mayores pellejerías que me han creado las costumbres modernas, he dado al traste con los escrúpulos, miramientos y melindres, pobres recursos estos, es la verdad, de los mentecatos, follones y malan-

drines, de que nos habla Cervantes... ¡Escrúpulos... miramientos y melindres! ¡Palabras vanas, que debieran ser borradas del diccionario de la lengua! ¡Cuánto han retardado entre nosotros, la realización de brillantes iniciativas, que antes de ahora se habrían traducido en beneficios inapreciables para nuestro progreso político y social!...

He dicho antes, que me tengo fe y mucho desearía, que usted también me la tuviese, casi seguro, de que no se arrepentiría de seguir mis consejos, ni yo, de habérselos dado. Cuando menos, resultaríamos solidarios de unos mismos hechos, que si no llegasen a constituir un éxito, un triunfo, importarían un fracaso y, fracaso y todo, siempre llegaría a dar resonancia a nuestros nombres...

—¡Oiga!...—Las derrotas, amigo don Prudencio, immortalizan tanto como los triunfos y muchas veces podríamos enumerar aquellas derrotas como actos conmemorativos de sonadas victorias.

—¡Qué portentos me cuenta usted!...

—Prométame pues leer mi libro y por el momento, sírvase tener presente lo que dejo expuesto en los párrafos que preceden.

—Muchas gracias!... y así lo haré, señor Peralta.

— A mi vez, también muchas gracias y como las recomendaciones en estos casos, nunca están demás, no olvide comparar los acontecimientos de la época que abraza el contenido de este libro, con los que abraza el largo período de la Guerra Grande, y verá, que si algo se ha adelantado, ha sido sólo en la relajación de las costumbres por la entronización de la holganza y del juego como recurso legítimo de vida y para complemento de este programa pernicioso, los asesinatos diarios con el incentivo del robo, el aumento progresivo y desequilibrio del presupuesto general de gastos, y aumento de la deuda pública.

—No dejaré de tenerlo muy presente...

—Hará usted muy bien en ello.

Y mientras que el Licenciado, trató de continuar el camino que traía al principio en dirección al centro de la ciudad, Don Prudencio, cediendo a una irresistible curiosidad, abrió con precipitación el libro, que aquél acababa de poner en sus manos, para después leer en alta voz: ¡Sexteto Clásico!, agregando con extrañeza... ¡Pendencieros, Militares y Danzantes!... ¡Diputados, Asesinos y Cantantes!... resumen éste, tan original, que seguido de una sonora carcajada

del curioso lector, fué esta última a perderse, confundida con las voces variadas de tres automóviles y las sonoras campanadas de un coche de la Comercial, que a la sazón transitaban por aquellas inmediaciones.

CAPÍTULO I

A título de vindicación

De cómo muchas veces el hombre a este título, se considera obligado a llegar a todos los extremos con un adversario vencido.

I

Para empezar

Tuve ocasión decir al principio de mi libro anterior y tal vez en algunos otros, que al escribir para el público, no me he propuesto precisamente hacer historia prolija de los acontecimientos públicos y privados del país, a que tenga que aludir en el curso de mis exposiciones, sino simple crónica, memoria o relato de hechos aislados, en los cuales he sido actor o testigo y que, en su mayor parte, no son conocidos. Agregaré ahora para mejor inteligencia, que al hacerlo, sólo procedo axiliado de mi memoria, de la cual nunca me he quejado y que, hasta ahora mismo me acompaña con casi completa fide-

lidad en muchos casos... Naturalmente, que siempre no puedo hacer título y caudal de las citas de fecha en cuanto a mes, semana, día y hora, pero sí en cuanto a año, salvo en algún raro caso, pero sin ofrecer por ello, mayor desviamiento de la exactitud de la verdad de los hechos relatados.

A propósito de esto, el redactor de la « Noche », en su artículo editorial de 23 de Junio, de 1920 al ocuparse de mi obra: « Resonancias del pasado », dice lo siguiente: « Al recorrer las páginas de este libro nos » parece que hemos oído la amena conver- » sación de un entretenido causeur. Al final, » lo buscamos sin darnos cuenta de ello » para pedirle, que continúe, sus amables » narraciones ».

» Y esta impresión nos causa la lectura, » porque, si bien el sutil Licenciado nos hace » acordar a Mesonero y a Palma y a nuestro » Isidoro De María, como tradicionalista, da » sus historietas breves, pero bien diseñadas, » el tono, la forma y el colorido de la impro- » visación, puesto que, todas sus citas, todos » sus datos y comentarios, en conjunto y en » detalle, los extrae únicamente del archivo » de su memoria fuerte y vigorosa. Sin otro » auxiliar, sin ir a escudriñar amarillentos

› infolios, va evocando escenas, episodios y
› personajes como si manejara sencillamente
› una cámara cinematográfica ›.

Por otra parte, agregaré, que yo no tengo la facilidad de concurrir a las oficinas públicas, en busca de fechas y otros datos, porque la verificación que tendría que hacer personalmente para el efecto, me ofrecería grande dificultad a la altura de los abriles con que cuento, y esto sin mayor necesidad.

Con estas salvedades, pues, voy a entrar en materia y espero, que interesará más al lector por lo que en ella se trata, que por aquello de si la escena pasó en 1852, como yo creo, o recién en el siguiente, de 1853.

II

En los altos del Cabildo

Cierto día, siendo la una p. m. me dirigía yo por la vereda del Cabildo en dirección al «Café del Agua Sucia», a cargo de Don Ramón Mendoza (1), con quien tenía que

(1) Denominación poco recomendable, con que se distinguía entonces, aquella casa de negocio, que hoy reedifica la señora María Ravena de Chiarino, levantando un hermoso edificio, que ocupará el señor Font propietario del Bazarcito, según voz corriente.

hablar urgentemente, cuando al llegar a la entrada de aquel tradicional edificio público tropecé con dos o tres condiscípulos más o menos de mi edad, que formando grupo con porción de personas, que amagaba a entrar al expresado edificio, con el interés y la impaciencia pintados en el rostro.

Movido por la curiosidad y cediendo a la invitación de uno de mis amigos Julián de Santiago, para que lo imitase, me incorporé al grupo y dando zancadas subí la espaciosa escalera, que conducía entonces, como conduce hoy, al local de sesiones de ambas Cámaras Legistivas.

La mayoría de los del grupo, sabía a lo que iba, mientras que yo, como cualquier *Vicente*, sólo iba al *ruido de la gente*, pero pasados cinco minutos, ya sabía de lo que se trataba, felicitándome tanto más de ello, cuanto que, había logrado instalarme en un lugar aparente, para presenciar, lo que esa tarde presencié.

En el local o Sala del Senado, que en aquella época lo era también de la de Diputados particularmente y de ambas a la vez, cuando se reunían en Asamblea General, se había colocado en Noviembre de 1852 una mesa y sillas, entre dos de las ventanas y



General Melchor Pacheco y Obes.

balcones que daban y dan hoy mismo, a la plaza Constitución, y a un costado, otra mesa y varias sillas.

Debido a no sé qué causas, se había habilitado este local para el acto de que voy a ocuparme, y a tal efecto, pasado un cuarto de hora de nuestra llegada, apareció en el estrado que ocupaba la primera mesa, el Juez del Crimen, Doctor Leopoldo Olave, acompañado de su actuario, señor Luis Lebrón y varios señores que ocuparon las sillas, en calidad de Jurados, según se me dijo.

El otro local del costado izquierdo, lo ocupó el General Don Melchor Pacheco y Obes y el Doctor Don Marcelino Mezquita, y en otro pequeño estrado del frente, apareció el Coronel Don Ramón Cáceres, acompañado del Doctor Adolfo Pedralbes.

Se trataba de un Juri, que para mí, al menos, pues apenas contaba con quince años y medio, constituía una verdadera novedad, como que era el primero a que concurría y del primero en que iba a iniciarme.

Resultaba, que el Coronel Cáceres, se había excedido por la prensa, haciendo inculpaciones ofensivas al General Pacheco, y que

por consiguiente, importaba esto un verdadero abuso de la libertad de escribir.

He dicho, que el primer grupo lo formaba el Juez, Actuario y varias personas, que debían constituir el Jurado, así es que, instalado éste, con las formalidades de ley, el expresado Juez se retiró y el Juicio dió principio.

Tomó la palabra el Doctor Mezquita, y después de historiar la causa de la querrela formulada, pidió la aplicación de las penas del caso, sin olvidar la imposición del pago de costas y costos, que debía hacer efectivo el injuriante o calumniador.

El Doctor Pedralbes, declinó el nombramiento de oficio recaído en su persona para defender a Cáceres en aquel acto, por razones que no recuerdo, y previa venia del Tribunal que presidía, se retiró (1).

Después de esto, el acusado tomó la palabra para ratificarse en el contenido de sus

(1) Hace unos cuatro años proximately, que durante una visita que tuvimos ocasión de hacer a este distinguido abogado, el Doctor Ildefonso García Lagos y yo, tratamos de saber, si reuniendo sus recuerdos, podría explicarnos su actitud en aquel solemne acto, pero nada pudo decirnos por flaquearle la memoria a la avanzada edad con que contaba entonces.



Dr. Mezquita.

escritos, y para que se declarase que no había abuso de la libertad de escribir y se le absolviese, con imposición de costas y costos a Pacheco.

En seguida pidió la palabra este último, pues el Doctor Mezquita había limitado su peroración a formular ciertas salvedades, que no decían al fondo de la defensa, reservándose el General Pacheco, hacer esto último personalmente para fijar los hechos con mayor precisión.

He dicho antes, que en esta fecha, apenas contaba yo con diez y seis años escasos y era el primer acto de esta especie a que concurría bien lejos, por cierto de suponer, que había de producirme impresión tan honda, como la que me produjo.

El General Pacheco, dijo con tranquilidad y fácil decir, todo lo que convenía a las causas que servían de fundamento a Cáceres para formular sus absurdas denuncias, por las cuales él, no experimentaba, sino un profundo desprecio. Alzó después un tanto el diapasón de su voz penetrante y con la verbosidad y elocuencia que le era característica, no tardó en ganarse la opinión de la concurrencia, que aplaudió estruendosamente al orador.

Para esto, el General, desde que Cáceres

tomó la palabra, no hizo otra cosa que interrumpirlo a cada paso, dirigiéndole puyas y enardeciéndole con ellas hasta hacerle perder la calma y tranquilidad de que tanto necesitaba en aquella difícil situación.

Al fin, el aludido empezó a irritarse y devolver por pasiva los cumplimientos que se le dirigían, dejando estas cosas vislumbrar, todo lo que podía ocurrir entre aquellos dos hombres heridos, aunque de manera distintas, en su amor propio personal.

Tal cuadro, era nuevo para mi poca edad y experiencia, pues si había visto matarse los hombres en las trincheras durante los nueve años de la guerra que acababa de terminar, ignoraba hasta entonces, el cuadro repulsivo que ofrecían dos militares de alta graduación y cultura, destratarse de una manera que sin derramar una gota de sangre, podría calificarse de innoble.

El Presidente del Jurado reprimió al público por aquellas manifestaciones, bajo apercebimiento de hacer desalojar el local, y el silencio se restableció, pero, como el discurso de Pacheco, empezó a tomar un tinte agresivo e insultante, con el que no tardó de anonadar a su adversario, solo, indefenso e incapaz de poder contrarrestar los recursos



Coronel Cázeres.

oratorios y de elocuencia verbal de Pacheco, el público entusiasmado, se entregó de nuevo a manifestaciones de entusiasmo y además, de hostilidad para el desgraciado Cáceres.

Jamás, en mis pocos años, y hoy mismo también, se me ha ocurrido, que pudiesen dirigirse a un hombre las frases y epítetos deprimentes, que Pacheco dirigió a Cáceres vencido y al que, hasta la opinión de los que presenciaban aquel acto, le era adversa.

Así, es que, en un momento de desesperación, aquél exclamó: «hay en la vida situaciones tales para el hombre, en que sólo la boca de una pistola, es preferible a tanto baldón» (textual).

Y sin embargo, el General Pachecho, en medio de su saña, no abandonaba todavía a su presa, redoblando los calificativos injuriosos y deprimentes sobre aquel hombre vencido y desmoralizado al extremo, de no faltarle más, que caer de rodillas.

El estado de mi ánimo era tal, que hondamente impresionado y corrido de vergüenza, como si a mí se dirigiesen semejantes dictorios, ansiaba con el alma, que aquel repugnante espectáculo terminase para retirarme y conmigo muchas otras personas, pues me faltaba el aire.

Aquella escena concluyó al fin por la condenación de Cáceres con imposición de las costas y costos causados.

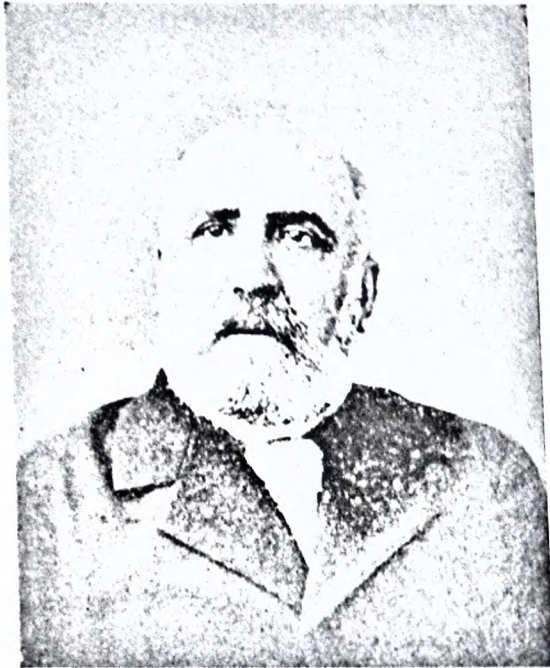
Pacheco, fué victoriado hasta que abandonó el Cabildo y el Coronel Cáceres, se asiló en uno de los departamentos de la Policía en el piso bajo, vencido y humillado.

III

¡Y van dos!

Habían pasado veinte y cuatro años de este célebre Juri, y he aquí que, me cupo presenciar otro, sin contar el del Sargento Mayor Don Juan Acuña con el entonces Coronel Don Gervasio Burgueño, General más tarde, esto es, entre dos militares también, que fueron buenos amigos antes del Juri y que felizmente, volvieron a serlo después.

Me refiero, al promovido por el Doctor Don José Pedro Ramírez, contra el Procurador, Juan María Domeq, vasco francés, de carácter pendenciero y con disposición a levantar polvaredas por cualquier cosa.



Dr. José Pedro Ramírez.

El acto tuvo lugar en una tarde calurosa en el local de la Escuela Metodista, calle Treinta y Tres, cerca del Templo Inglés y que lleva hoy mismo los números 1222 al 1230.

Las escenas que se produjeron en ese juicio, fueron muy parecidas a las que se produjeron en el Juri promovido por el General Pacheco, porque éste no fué más duro con Cáceres, que lo que fué Ramírez con Domeq.

La felpa que recibió éste fué tal, que no faltó quien gritase, ¡basta... basta!... pero Ramírez ciego de cólera y no obedeciendo sino a su resentimiento, no concluía de dar paso y tregua a su furor.

Domeq, se atajaba con las manos de los calificativos, como podría defenderse de una andanada de palos, que se hubiese descargado sobre su cabeza.

Salió de la retriega poco menos que en parihuela, pues no tenía ánimo, ni para marcar los pasos y enfocar a la puerta de salida y esto, a pesar de haberse presentado de levita cruzada y sombrero de copa, que era su indumento habitual.

.....
Al siguiente día, tenía que entrevistarme

con el Doctor Ramírez por un asunto profesional. Hablando con éste, a propósito de los infundados ataques de Domeq y del triste papel que hizo en el juicio, sin pruebas ni defensa apreciable, le dije: estoy seguro, que otra vez tratándose de un ofensor semejante y de causas tan banales e infundadas como las que han servido de base a la conducta de Domeq, usted procederá con mayor benignidad que la que ha observado en esta ocasión, pues en mi humilde concepto, ella no habría merecido, sino el silencio.

— Puede ser muy bien . . .

— Y será menos duro con un hombre vencido.

— Puede ser . . . según las circunstancias . . . pues creo, que efectivamente, me he excedido un tanto, con ese pobre diablo de Domeq.

.....
« Alma sublime tienes, si divisas »
« Postrado a tu enemigo y a tus plantas »,
« La mano le das y no lo pisas »
« Y la mano le das y lo levantas »...

IV

Quién era el Coronel Cázeres

Don Ramón Cázeres, era un militar distinguido, hijo de Don Ramón de Cázeres, Alguacil Mayor, que tuvo figuración importante como autor de las Memorias referentes a las Asambleas o Congresos de 1813 y que vivió posteriormente en el retiro del hogar, según constancia de la Revista Histórica, Tomo VI, N.º 16, Pág. 197, (Archivo del Museo Histórico Nacional).

Causas poderosas le colocaron frente al General Pacheco, de influjo en la fecha en que tuvo lugar el juri, y cuando recién acababa de llegar de Europa, en donde había permanecido desde Marzo de 1848.

Ciertas imputaciones que Cázeres formuló por la prensa contra aquel personaje, no carecían de verdad, según los contemporáneos, pero, si esas imputaciones no carecían de verdad, Cázeres carecía de pruebas para justificar su actitud, y atenta la perentoriedad de los términos en un juicio de tal naturaleza, no le fué posible organizar y producir la necesaria.

No tardó pues, en palpar su desengaño, contribuyendo con su ligereza e imprevisión a dar un título de víctima a su contrario, cuando su propósito había sido el de hundirlo ante la opinión pública.

Este desengaño contribuyó a desmoralizar a Cázeres, a pesar de su entereza, haciéndole tan odiosa su situación, que desde que fué condenado por el Tribunal de Imprenta en los términos que lo fué, se despojó de sus insignias militares, vistiendo un traje sencillo y humilde, para montar después en una mula portadora de dos árganas llenas de pan que por cuenta de la Panadería Reitú, situada en la calle Florida, se encargó de repartir por las calles, arganeado sobre la expresada mula, que las conducía.

Varias veces tuve ocasión de presenciar este cuadro doloroso de aquel hombre decepcionado por la desgracia, pues yo vivía en aquella calle, del mismo modo, que como le consta al lector, me tocó presenciar semanas antes el juicio y oír el fallo, del severo tribunal que lo juzgó.

Y poco tiempo más tarde dejé de verlo, y ya no conté sino con el recuerdo de este militar, no sabiendo, si esto respondía a haberse ausentado del país o a otra causa equivalente.

Sin embargo, nada me extrañó su desaparición y su retraimiento, pues sabía la grande influencia que tuvo en el resto de su precaria existencia, el recuerdo ingrato de la humillación a que se expuso con su imprevisión, lanzándose a una aventura judicial, peligrosa, sin contar con las pruebas necesarias.

Además, sabía que desde la fecha, en que se produjo aquel duro desengaño, el carácter de Cázeres había cambiado y con su carácter sus hábitos; convirtiéndose de un hombre culto y amable, en un impulsivo y mal humorado.

Como siempre fué hombre de condiciones muy apreciables, que todos le reconocían, de ello se hacía argumento por su familia y por sus numerosos amigos, para demostrarle que no debía atribuir al acontecimiento más importancia que la que realmente tenía.

Agregaban con razón, que estaba en la conciencia de todo Montevideo, que si la totalidad de los cargos formulados contra el General Pacheco, no eran exactos, muchos de ellos lo eran de notoriedad, como aquél de las sumas entregadas para la defensa por el sacerdote Don Florentino Brun, devoto y amigo entusiasta del General Rivera en virtud

de supuesta orden o pedido de este militar en campaña, quien después, requerido por Brun, negó terminantemente haber autorizado aquella orden o pedido.

Parece que todas las reflexiones que se le hicieron, no lograron persuadirle, continuando en su empeñamiento hasta aislarse del contacto de sus amigos y relaciones.

.....

Pasaron al fin algunos años... hasta que se me dijo, que Cázeres había fallecido en esta capital el 18 de Mayo de 1867, esto es: unos quince años después del acontecimiento que dejo narrado en lo principal de este capítulo.

V

Cómo concluyó Domeq

En cuanto a este, su fin, fué menos feliz que el del Coronel Cázeres, porque aún cuando después del desengaño atroz que le ocasionó el resultado definitivo del *Juri* con el General Pacheco, quedó humillado a sus propios ojos; no fué mejor el que pesó en los destinos de Domeq por la acción dura y severa del doctor Ramírez y el triste destino, que le estaba deparado.

En efecto, según dejo dicho, Cázeres vivió resignado y casi oculto en Montevideo durante quince años, después del duro trance, en que se vió comprometido por falta de pruebas, pero no por falta de buenas razones, según muchos contemporáneos, y sin alcanzarle en rigor, el calificativo denigrante de *calumniador*.

Entretanto, esta nota deprimente, se la impuso el propio Domeq por su procacidad, valiéndose de calificativos injuriosos, que no sólo no alcanzaban ni a las plantas del ofendido, sino que a ellos, nadie dió importancia, ni tomó en seria consideración.

Sobrevivió a esta dura lección, menos tiempo que el Coronel Cázeres y concluyó sus días el 14 de Diciembre de 1882, fecha en que amaneció muerto al pie de los muros Sud-Oeste del Templo Inglés, con una herida profunda en la cabeza.

.....
En la noche del día anterior se le vió en cierta reunión de aquellas inmediaciones, acompañado de tres individuos sospechosos, alejándose con ellos una hora después.

El doctor Andrés Montaña, Juez Ldo. del Crimen de 2.º Turno en aquella época, procedió a interrogar a aquellos individuos sindicados por el parte policial, que sirvió de cabeza al proceso, pero después de dos años de gestiones, que resultaron ineficaces, concluyó aquel magistrado por mandar sobreseer en la causa, pasando inmediatamente a poner en libertad a los prevenidos.

Y este fué el fin trágico de aquel conocido pendenciero de *todos los días* por no decir, de *todas las horas*.

CAPÍTULO II

La Expedición Francesa

En el que se trata de las funciones que desempeñó, durante su permanencia en esta Capital.

I

Su instalación

Como ya lo he dicho en alguno de mis libros anteriores, las continuas revueltas que se produjeron casi a raíz de la terminación del Sitio Grande, como complemento del motín de 1853, hizo insegura la conservación en el poder de los gobernantes que se sucedieron hasta 1858. Esto hizo necesario recurrir a la protección armada de países amigos, para conservar el orden público.

Una tras otra se sucedieron las expediciones Brasileira y Francesa, las cuales, mientras permanecieron en el país, lograron responder satisfactoriamente a su misión; el orden se

conservó inalterable y nada hubo que lamentar en sentido contrario.

La expedición Francesa, llegó a Montevideo bajo las órdenes del Coronel de Infantería « Du Chateaux », alto de estatura, delgado, de actitud arrogante y cuya fisonomía contaba, entre otras cosas, con dos ojos de mirada brillante y expresiva, una nariz aguileña y un bigote y pera, llevados y ostentados, como puede llevarlos y ostentarlos un francés después de una batalla ganada o de una conquista amorosa.

Se componía de tres pequeños batallones de línea y de una dotación de artillería ligera, con seis piezas de bronce de calibre 8.

Desde su llegada, fueron instalados estos cuatro cuerpos de tropa; uno en la Aduana, ocupando dos de sus grandes locales, que a tal efecto, fué habilitado; otro en la barraca o terrenos, baldíos entonces, pertenecientes a Don José M.^a Esteves, determinado por una parte de las calles 18 de Julio, Daymán y Colonia, el tercero en la calle de Andes, en un local inmediato a la Panadería de Reitud, al Sud y por último, la Artillería, en el Fuerte « San José », que al efecto fué cedido por el Gobierno en épocas en que no se contaba más que con una dotación de

cañones de *fuego para atrás*, que no prestaba más servicio, que hacer salvas y poner a prueba la buena voluntad y tal vez la abnegación de un pequeño grupo de artilleros.

El contraste que ofrecían las tropas expedicionarias con las nuestras, era notable, bajo todos conceptos, y ocurría esto no sólo en aquella remota fecha, si no que, hoy mismo la ofrecería.

Los directores de colegio y tantos otros individuos, sin serlo, siempre profesaron ideas de rigurosa disciplina en aquellos establecimientos y casas de corrección, sin perjuicio de observarse una conducta regular y equitativa en el régimen disciplinario y, no hay para qué decir, que los cuarteles, han estado siempre comprendidos con doble razón en un régimen semejante.

Tanto en la manera de instalarse en sus respectivos albergues o alojamientos, como en el uso de su vestuario, fuese el de diario o de gala, aseo personal y de todo aquello que se relacionaba con sus armas y el cuadro que ofrecían a la mirada investigadora del público, aquellos cuerpos, durante su tránsito por las calles de la ciudad, en las revistas en la plaza Constitución y frente al polígono, que servía de muro pre-

servativo para los ejercicios de fuego, que se hacían cuando menos en dos o tres épocas del año; jamás se descuidaron aquellas precauciones.

II

El Polígono del Sud

Era constante la laboriosidad de estas tropas, ya en sus actividades fuera del cuartel y durante la formación, ya en aquel mismo y en reposo, se observaba desde luego, una preocupación en cada soldado relacionada con un quehacer eficaz. El que no cuidaba de su ropa, cuidaba de sus armas, de su mochila, de sus tiros y correas, sepillaba su kepi o su morrión o lustraba sus zapatos.

En estos cuerpos militares no se conocía la ociosidad, sin que esto quisiera decir, que no se destinase a esta debilidad humana ciertas horas del día, en cualquiera ocupación recreativa, que conciliase un goce cualquiera con la adquisición de un conocimiento útil.

En cambio nosotros, que contamos con un ejército de nuestra hechura para guardar el orden público, después de medio siglo más

tarde, no sirven ni para guardarlo en las vías públicas siquiera para evitar, que los ladrones se lleven de noche y de día también, las cajas de hierro, en las que los presuntos robados guardan su dinero y sus prendas.

Al extremo de la calle de Yaguarón o Ejido hacia el Sud, no tardaron los jefes superiores de los cuerpos que componían la expedición, de levantar un polígono de tierra y escombros, sobre un cordón de peñascos a la orilla del río.

Este polígono debía servir, como sirvió por algunos años, para tirar al blanco y evitar, que los proyectiles pasaran de la línea que ocupaba aquél, con peligro para los bañistas y cualesquiera personas que pudieran transitar por sus inmediaciones.

Del mismo modo, servía aquel torreón para los ejercicios de fuego, que con bastante frecuencia, alternaban con el tiro al blanco en el curso de los trimestres en que aquellos ejercicios tenían lugar.

III

La Estanzuela

Era esta, otra localidad frecuentada por la guarnición francesa, con el objeto de aprovechar sus lagunas de agua dulce para lavar la ropa en un día determinado de cada semana.

Las mochilas para esto, contenían todas las piezas de ropa que cada soldado necesitase lavar, aprovechando las mejores horas de sol, y eligiendo siempre para el efecto, un día apropiado.

Terminado el lavado y expuestas las piezas al aire, hasta secarse perfectamente, se procedía a doblarlas con la mayor prolijidad y procurando acomodar en las mochilas el mayor número posible, después de desprenderlas de los bastidores improvisados con ramas secas en que se habían colocado.

Hecho esto, a un toque de corneta, aquellos bastidores se desarmaban por las manos diestras que los habían armado, doblándolos con cuidado y formando con ellos pequeños paquetes que trataban de colocar con orden en sus respectivas mochilas.

En estas excursiones semanales, ya con el objeto que dejo expresado, lo mismo que con cualquier otro propósito, no faltaban curiosos desocupados, que con marcado interés acompañaban al cuerpo o cuerpos franceses, con los cuales compartían las horas de recreo y descanso, que se les otorgaba por sus respectivos jefes, confraternizando con más o menos fruición según lo permitían al principio las dificultades que ofrecían la diferencia de idioma, hasta poco tiempo más tarde, en que tanto las tropas como los mismos acompañantes en aquellas excursiones, empezaron a familiarizarse respectivamente con ellos.

Solía jugarse a las cartas, a la pelota y a las bochas, y algunos vendedores de naranjas y otras frutas, exponían a la vista de los soldados, la tentación de comprarlas y saborearlas.

Después, al caer la tarde las tropas, eran llamadas a formar para enseguida dirigirse a la ciudad con sus músicas y bandas de tambores a la cabeza.

IV

Las Revistas

Durante la expedición Francesa permaneció en Montevideo, cada tres o cuatro meses, se celebraba una revista de los cuatro cuerpos que la componían, mandándolas siempre su jefe superior, Coronel Du Chateaux.

Generalmente, tenían lugar estas revistas en días festivos y siempre en la plaza Constitución, después del medio día.

Ellas, constituían un agradable programa para los habitantes de la ciudad, que no desperdiciaban el espectáculo interesante de estos actos militares, desempeñados con la corrección y lucidez propias de tropas bien equipadas y disciplinadas.

Los balcones de la plaza desde las diez de la mañana indicada para la revista, empezaban a adornarse con colchas de seda, granates, azules y amarillas, haciendo de ellas y de banderas, frontales de adorno para sus balcones y formando con esto un aspecto brillante y muy agradable a la vista.

Y si tal cosa ocurría a aquellas primeras

horas de la mañana, a la una p. m., que era la de la revista, aquellos balcones ocupados por damas y niñas distinguidas y caballeros de igual condición y las veredas que forman el perímetro de la plaza, ocupadas por una masa popular numerosa, hacía un lucido complemento, dando mayor brillo y solemnidad al acto.

.....

A la hora de costumbre ya se oían resonar a lo lejos por el Este, Sud y Oeste de la ciudad, las primeras manifestaciones de la aproximación de las tropas, con el redoble de los tambores y la voz estridente de los clarines para terminar, ya próximas a la plaza, por los primeros compases de las distintas bandas de música, formando un conjunto disonante, que si no deleitaba el oído, imprimía alegría y animación.

De los cuatro cuerpos de la guarnición empezaban a aparecer con paso marcial, dos por la calle Ituzaingó, entre 25 de Mayo y Rincón, los que procedían del Cuartel de la Aduana y Fuerte de San José y dos por la calle Sarandí, procedentes del Cuartel de la Calle de Andes, ubicados en los terrenos de Don José María Esteves, Calle 18 de Julio, Daymán y Colonia.

Estos cuerpos vestían vestuario de gala; pantalón azul con franjas de color punzó o amarillo; levita de faldón corto de igual color con botonadura de metal, charreteras de fleco de lana rizada en iguales colores; morrión también azul y de la forma que hace cuarenta años usaba nuestro ejército como copia exacta del vestuario francés con una placa de bronce sobre la visera, designación de cada cuerpo y un pompón del mismo color punzó o amarillo; calzado de becerro con polaina blanca, guantes del mismo color, etc., etc.

En la marcha a paso redoblado de estos cuerpos, venían ellos precedidos de una numerosa vanguardia de chicuelos desaliñados que marchaban en silencio y al compás de las bandas de música y tambores, sudorosos, poseídos de creciente animación, alegres y contentos.

Los tres batallones, tomaban colocación, uno después de otro, sobre los tres costados de la plaza. Al Este, Sud y Oeste, resultando invariablemente el costado Norte en la dirección de la Calle Rincón, el que siempre ocupaba la Artillería.

Un cuarto de hora después de cubierta y alineados los cuatro cuerpos, un ordenanza,

apostado en la esquina que hoy ocupa la Botica Inglesa, de pronto llevaba a su boca un clarín, previniendo así la presencia del Coronel Du Chateaux, acompañado de sus dos ayudantes, ordenanzas y corneta de órdenes.

Este bizarro jefe, en traje de gala, compuesto de pantalón galoneado y bota granadera y espuelines pequeños; levita azul cruzada; capa blanca, que llegaba a cubrir hasta el anca y costado de un brioso caballo oscuro, aparecía entonces en medio de la plaza al galope y con la primera voz de mando, como indicación preventiva de las que habían de seguir después. Y esto, en medio de los redobles de tambores, que hacían coro a la aparición del jefe de la parada y su pequeño séquito.

Una serie de evoluciones de los cuerpos en formación, cumpliendo con las voces de mando de Du Chateaux, se iniciaban desde luego, manteniendo el interés del millar y medio de personas, que las presenciaban, con creciente satisfacción.

Marchas y contramarchas repetidas, ya en en columnas de cuatro en cuatro o en más unidades de fondo, o en columnas cerradas recorrían los frentes de la plaza en difentes direcciones con admirable precisión.

De modo que, la variedad de tales evoluciones, repetidas en el transcurso de media hora, más o menos, venían a constituir el programa de las revistas manteniendo el interés de ellas y dando oportunidad para formar juicio acabado sobre la pericia de las tropas en aquellos ejercicios doctrinales.

Por lo general, así se producían estas revistas de la plaza Constitución y así terminaban, procediendo después, los cuatro cuerpos que componían las fuerzas, tomando cada uno de ellos la dirección que correspondía hasta llegar a sus respectivos cuarteles, dejando en los espectadores de aquel cuadro que se les ofrecía por el distinguido jefe francés, las más gratas impresiones, y el deseo explicable, de una próxima repetición.

.....

V

Las Retretas

Para decirlo todo de una vez, agregaré, que la música de cada uno de los batallones, concurrían también, alternando en los días festivos a la misma plaza Constitución, para hacer oír el lucido repertorio de piezas con que contaba.

Igual proceder observaban, en los días de Semana Santa y fiestas patrias de nuestro país y el que la Francia conmemora hoy mismo y conmemoraba entonces con motivo de la toma de la Bastilla.

El sitio que siempre ocuparon las bandas de música, fué invariablemente, casi en la esquina Sarandí e Ituzaingó, al Sud, frente al hoy «Hotel de las Pirámides» y al pie de la Torre del Reloj.

.....

Recuerdo, que a estas retretas, concurrían con frecuencia varias personas que tenían y vivían en casa propia en la expresada plaza o sus alrededores, como Don Manuel Illa, Don Inocencio García, Don Juan Lloveras, Don Simón Arrieta, Don Pablo Domeq y el calígrafo Besnes de Irigoyen, padre adoptivo del conocido ayudante del Ministerio de la Guerra, Don Ramón Irigoyen, etc., etc.

CAPÍTULO III

Danzante de Escuelas

De cómo las opiniones políticas en 1850 y tantos, no obstaban a que se confraternizase en las aficiones al arte musical y al coreográfico.

I

Don Timoteo Aparicio

Si hace cuarenta y tantos años, un visitante de nuestra capital, partiese de la plaza Constitución, tomando para ello la calle Sarandí, hacia el Este, poco tendría que andar, para encontrarse con la llamada «Ciudadela» de origen colonial, o sea con el Mercado Central, en que aquella vino a ser transformada, al andar de los años.

En su origen, pues, era una antigua Fortaleza española, a la que sólo le faltaban los cañones de que estaban coronados, en otro tiempo, sus muros de piedra, formando un cuadrilátero regular, por las calles, hoy Jun-



Colonel Lorenzo Latorre.



cal, Buenos Aires, Ciudadela y costado Norte.

En la fecha a que me refiero, fué demolida bajo la administración del Dictador Coronel Don Lorenzo Latorre, quedando así ampliada la Plaza Independencia, en las exactas condiciones de hoy.

En el octavo de manzana que ocupa actualmente el Palacete de Gobierno, que vino a sustituir la primitiva residencia oficial de los gobernantes anteriores al Coronel Latorre (1) el ciudadano Don Francisco Esteves, levantó el edificio, que lleva desde poco después esa denominación, y que adquirió el Estado para instalar el Poder Ejecutivo, siendo sus primeros ocupantes, los Generales Don Máximo Santos y Don Máximo Tajes, durante aquella prolongada época en que empezamos a saborear tan buenos platos, como los que estamos saboreando en el presente, aunque no tan buenos.

Parecía que el estreno repetido de este local por gobernantes militares, podía tener origen en la circunstancia de figurar el nombre de otro militar, a título de dueño del octavo de manzana de la Plaza Independencia.

(1) El llamado «Fuerte» que ocupaba la hoy Plaza Zabala.

cia, como que él, antes de pertenecer a Don Francisco Esteves, perteneció a su causante, Brigadier General Don Venancio Flores, donatario de su muy amigo y lo mismo de su familia, el acaudalado ciudadano francés Don Pablo Duplessis.

Pero, es de observar, que antes de vender el General su terreno, lo tenía arrendado al Gobierno, allá por la fecha de la invasión del Jefe Nacionalista, Don Timoteo Aparicio, con un pequeño edificio y varios galpones en donde se encontraba instalado un cuerpo de línea y más tarde, aunque accidentalmente un batallón de Guardias Nacionales, que me parece comandaba, el apreciable ciudadano, Don Eulogio de los Reyes, a quien me ligó una buena e íntima amistad.

II

La Sorpresa

Hacia unos meses, que había invadido el país el caudillo nacionalista, a que acabo de referirme, con todas las correrías y escaramuzas de que se valían nuestros guerreros, de uno y otro bando, empleando en tales evoluciones semanas y meses, asolando los

campos y sacrificando las más veces a su ambición e intransigencias, las riquezas del país.

Una mañana, que venía en mi carruaje para el centro, por la calle del 18 de Julio, que es como modestamente se le llamaba entonces, tuve ocasión de observar, que del Mirador de Don Bernardo Aguerre, sito en el costado Sudeste de la Plaza 33, conocida por de Artola, y desde la torre de la Iglesia del Cordón, muchas personas miraban con anteojos de larga vista en dirección al Norte, y con una insistencia tal, que no pudo menos de llamar mi atención, como llamaba la de los transeuntes que recorrían en opuestas direcciones, la expresada calle del 18.

— Algo ocurre, dije para mí, y por la ventanilla del frente del carruaje, interrogué a mi cochero, quien no supo qué contestarme.

En esto llegábamos a la calle de Médanos, en donde, un Guardia Civil, nos previno, que no había más entrada a la ciudad para los carruajes, que la de San José, en donde se encontraba el General Rebollo, Jefe del Estado Mayor General. Se me dijo también por el Guardia Civil, que Aparicio, hacía una hora que se había mostrado en el Cerrito de la Victoria, coronando el sitio que ocu-

paba la antigua batería, con las numerosas tropas que comandaba.

No quise oír más y le di orden a mi cochero, que se dirigiera a la calle de San José, doblando para ello, a la izquierda por la de Ejido, hasta encontrarme con el General Rebollo, quien no sólo, me facilitó la entrada a la ciudad, sino que me advirtió, que como en el curso de esa tarde, debían empezarse a construir trincheras en las boca-calles sobre toda la extensión de la de Ejido, sin que hubiese más portón de entrada y salida, que el que yo acababa de salvar en carruaje, no debía volver, sino por esta misma calle de San José.

Además el General, tuvo la bondad de darme un pase, con el propósito de evitarme cualquier inconveniente y después de darle las gracias, continué mi camino, hasta llegar a casa de una persona de mi familia.

III

Alarma y Confusión

Una hora después, salí a la calle y desde el primer momento, noté grande alarma y gente que corría, pero me llamó mucho la



General Rebollo.



atención, que entre los particulares que se encontraban en el número de esas personas, en medio del estrépito que producía la cerrada violenta de las puertas y escaparates de las casas de negocio, corrían también algunos individuos en traje militar, pero con chambergos en la cabeza y algunos de ellos, preocupados de arrancarse las franjas de los pantalones y botones de sus casacas, lo que me hizo suponer, que se trataba de un peligro inminente, como si alguna columna enemiga hubiese hecho la intentona de salvar la línea de la calle Ejido, pues se veía correr gente por la de Rincón hacia el centro, tropel de caballos y gritos en igual dirección.

Me encontré a la altura de la Plaza Independencia, con el señor Don Vicente Latorre y Don Claudio Balparda, igualmente alarmados que yo, y sin saber a derechas, lo que en realidad pasaba.

Del cuartel de la Plaza, salían aún algunos restos de la tropa, sin gobierno ni dirección, que corrían por la calle Buenos Aires para el Oeste y por la de Florida y Ciudadela, hacia el Sud.

A los tres, tanto a Latorre, Balparda como a mí, nos pareció prudente retirarnos a nues-

tras respectivas casas, en previsión de que ocurriese algo más grave de lo que podíamos suponer y en medio de aquel laberinto, nos apresuramos a poner en práctica nuestro proyectado retiro.

Nos despedimos hasta más ver, y cada uno de nosotros se dirigió a su domicilio con paso acelerado.

IV

El Unitario

Cuando yo bajaba por la calle Florida, ví que un hombre de poca estatura, trigüeño de color y de barba negra, cortada en forma de U, era conducido por otros dos individuos pero que vestían traje militar. Noté a la vez, que uno de estos últimos, amonestaba al que parecían conducir en calidad de preso. Apresuré el paso y pude oír, que éste protestaba con indignación, por la violencia que se consumaba con él, tal vez por equivocación, pero que de cualquier modo, constituía un verdadero abuso de autoridad y un vejamen a su persona.

Pude explicarme el motivo de aquel desagradable incidente en la vía pública, como



Sr. Juan Salas.

que se había pretendido por un grupo de mocetones, que daban vivas a Aparicio, que el preso los imitara y como éste se negase abiertamente a hacerlo, fué agredido por uno de ellos, a quien hirió con su estoque aunque no de gravedad.

El corte de barba de nuestro hombre, caracterizando el tipo del *Unitario Argentino*, que es como si se digera: enemigo declarado de Rosas y de sus adeptos, fué lo que provocó el incidente y aquél, que era argentino y afiliado al partido unitario, a pesar de haber cambiado desde 1852 la política argentina, se resistió enérgicamente a semejante exigencia.

Este hombre se llamaba Salas y fué conducido al cuartel de la calle Florida y averiguado al fin, el motivo verdadero del incidente, aquél fué puesto en libertad con felitaciones que se le prodigaron por la oficialidad, que ya se había apercebido del pie que cojeaba el preso y de que no había por qué alarmarse, pues Aparicio, si bien se había exhibido en las faldas del Cerrito, no había dado un sólo paso en dirección a la Capital, lo que en mi concepto, diré de paso, fué un gran error, pues en el estado de imprevisión en que se encontraban las cosas en ella en

tales momentos, nadie ni nada habría podido detenerlo.

.....

Pocos meses después, tuve ocasión de conocer personalmente a Don Juan Salas, que así se llamaba y admirar al mismo tiempo, otras condiciones de su carácter y ciertas habilidades, de las cuales, guardo curiosos y gratos recuerdos, como va a tener ocasión de saberlo el amable lector.

V

Canto y Baile

Don Juan Salas, debió llegar a ser, hombre de estatura regular, pero un golpe que recibió siendo niño, por distracción de una sirvienta, que para atender a un dragón con que contaba a la mano, en momento aparente para decidirlo a declararse, descuidó al niño, y dejándole entregado a su inexperiencia y en su inquietud, cayó éste de lo alto de la mesa, fracturándose la espina dorsal.

La consecuencia definitiva, es fácil suponer cual fué, pues un año más tarde el pobre chico corría por la vecindad con una ter-

cera parte de estatura menos, de la que tenía cuando niño y de la que debió tener cuando hombre.

Por eso he dicho al principio, que Salas debió ser hombre de estatura regular, y ahora el lector sabe, por qué no lo era entonces. Además, Salas, era de tez morena, como lo dije anteriormente, buenos ojos como los de su finada madre, a quien conocí, allá por 1857, de cabello negro rizado y de barba en forma de U, lo que quiere decir, que no usaba bigote, ostentando en cambio una hermosa dentadura que su plata le costó, y que nunca dejó ociosa, pues tanto el apetito como el estómago eran tan de ley, que siempre los tuvo incondicionalmente a su disposición.

En cuanto a su carácter, aunque no podía decirse que él no fuese bueno, pues se distinguía por su moderación y cultura, solía ser víctima de cierta irascibilidad e impaciencias que muchos atribufan a su propia deformidad y a su situación pecuniaria, que no era muy holgada.

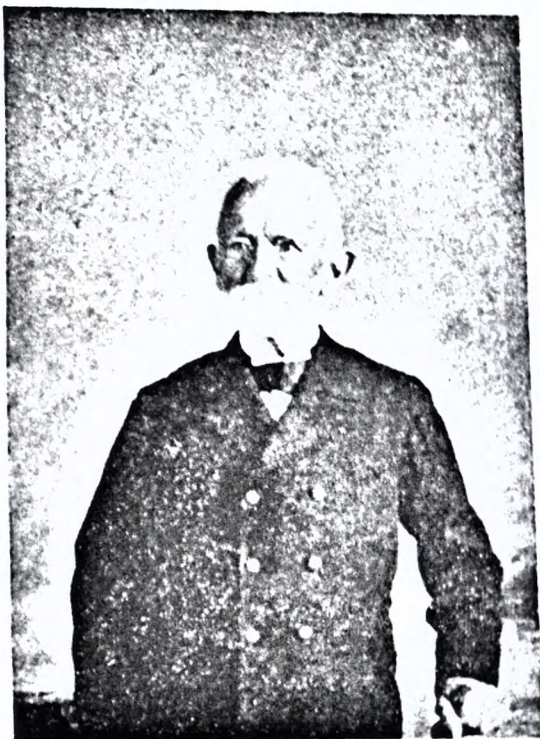
Tenía una hermana, como podía tenerla cualquier hijo de vecino, se llamaba Celestina, muy relacionada con una de las antiguas y respetables familias del país, como era la de Doña Bartola Bianchi, esposa y conjunta

persona del Doctor Arnaud, quien hacía parte del Cuerpo Médico en aquella época y curaba con sujeción a lo que la ciencia daba entonces y que no era mucho, por cierto.

—¡Saca la lengua, muchacha! —le decía a una enferma que lo había llamado. Obedecido, agregaba: Vuélvela a meter... y cierra pronto la boca... no se me vaya a ocurrir recetarte otra cosa.

La muchacha cerraba la boca, y ésta, la madre, y todos los presentes y el mismo Arnaud, refán a carcajadas, como que la visita valía un duro solamente y la receta apenas llegaba a los seis reales o cuando más al célebre *peso* de ocho que era nuestro *dollar* de entonces.

Siguiendo adelante con Don Juan Salas, a fin de que pueda apreciarse bien al tal personaje en la debida oportunidad, diré que era músico teórico y ejecutante a medias, y a guisa de epílogo, agregaré, que cuando joven, pues en 1869, cuando yo lo conocí y traté, ya era hombre de 60 años, y había hecho extensiva su habilidad a la enseñanza, y como tenía un oído excelente, resultó al fin y al cabo, un cantante aficionado muy apreciable y un bailarín para complemento.



Sr. Antonio Loza.

Argentino de nacionalidad, como ya lo he dicho tuvo que emigrar a Montevideo, aun con barba cerrada y bigote, pues la supresión de este último dejaba a la vista una U mayúscula, que Don Juan Manuel de Rosas, traducía por la palabra: *Unitario*, de la cual, en cualquier momento la mazorca podía pedirle estrecha cuenta.

Muchas veces, concurrí con mi finada madre a la casa de Doña Bartola Bianchi, y otras tantas veces, la oí tocar al piano, cuadrillas, minuetos y valeses y otras tantas le oí acompañar a Salas, que tenía voz de barítono, aunque un poco nasal en el registro central.

En estos ensayos, fué que tuve oportunidad de conocer su carácter y algunas impertinencias, que la señora Doña Bartola, sabía sobrellevar con la mayor prudencia y bondad.

Y era, que Salas, solía saltarse de uno o dos compases, echando la culpa a Doña Bartola, que se consideraba exenta de toda responsabilidad y que no hacía sino reírse, mientras que Salas, se daba al diablo.

Una noche, se encontraba presente, el Doctor Oliveira, la señora Doña Goya Gómez, propietaria de la casa, que después pasó a ser de Don Francisco Piria, como lo es hasta

hoy, y Salas cantaba acompañado por la dueña de casa:

¡Oh Clotilde
Amada mía!

durmiéndose sobre un calderón como sobre un lecho mullido y nunca concluí, hasta que Doña Bartola, impacientándose, hizo el acorde final en *do mayor*, dejando al barítono en la situación más desairada.

Los aplausos y felicitaciones neutralizaron el mal efecto, que hizo al oído de los oyentes aquel percance y de este modo, las cosas concluyeron mejor. Otros cantantes de afición he conocido, a quienes sus acompañantes, tenían que hacerles otro tanto para que no se eterrizasen en sus calderones.

VI

Sigue el anterior

La música y la danza, siempre han marchado de la mano hasta constituir en muchos casos, un verdadero ideal.

De improviso, en una lujosa o humilde sala, se oyen los primeros compases de un vals y ya, uno de los caballeros presentes,

hombre o mujer, joven o viejo, parece despertar de un letargo y echando una mirada reluciente a su alrededor, se lanza sobre la joven más próxima y que, quieras o no quieras, no tardaba en columpiarse en brazos de su oficioso *provocador*.

Es que este seductor compuesto o pareja, viene siendo desde tiempo inmemorial, un recurso ingenioso, que halagando los sentidos, induce a soñar con ideales, que la fantasía le ofrece, como una realidad.

Si esto sucede a propósito de nuestros hábitos sociales y en la intimidad de nuestros propios hogares, otro tanto ocurre u ocurría en época no remota en los de campaña al compás de las guitarras y al pasar el mate *cimarrón* de mano en mano, mientras se bailaba.

Nuestros paisanos son y han sido siempre, afectos a la danza, como lo era el *triumvirato* de que ya me ocuparé y, cediendo a la influencia de un ímpetu como el de aquéllos, se entregan a la tentación irresistible del momento, dirigiéndose a la primera y más próxima buena moza de la modesta sala de baile y después, de pie ante ella y sin más preámbulos, le dicen con cierta solemnidad: *salga la saliora, si quiere bailar conmigo*.

Entonces ella, con aire de satisfecha y

después de una pirueta y dando un paso al frente, contesta: *ya estoy saltá.*

.....

Y excuso decir, que desde este momento la *saliora* se entrega a discreción en brazos de su acompañante, confundiéndose en el torbellino de las numerosas parejas que le rodean, contenta alegre y feliz...

Jóvenes y viejos he conocido yo, a quienes he visto transformarse en su actitud y en la expresión de sus miradas, al son de los brillantes compases de un montonero, aunque no hablo por conocimiento ni por experiencia propia, porque si me fué fácil explicarme los goces de la danza en los demás, jamás supe explicármelos en lo tocante a mi persona.

En efecto, hace aproximadamente medio siglo, que conocí entre varios individuos, afectos a la danza, jóvenes en su mayor parte, a tres personas, ya entradas en años, que profesaban un verdadero culto por la música y con especialidad, cuando como complemento, se agregaba la danza con todos los simpáticos y seductores preparativos, de que por costumbre se le hacía preceder.

Estas apreciables personas de antaño, eran

la señora Doña Bartola Bianchi, esposa del Doctor Arnaud, de quien creo haberme ocupado además, en uno de mis libros anteriores; Don Juan Salas y Don Antonio Lozas.

Puedo afirmar, por lo que tuve ocasión de presenciar en aquella remota fecha y por el testimonio de personas competentes, que en materia de baile, aquellas tres personas eran verdaderas autoridades, tales eran las piruetas, cabriolas y posturas académicas de que hacían gala cuando danzaban, y a propósito de esto, creo estar en lo cierto al afirmar, que uno de aquellos dos caballeros, bailando un *minuet* montonero o un vals por alto, se dislocó una pierna, en cierta ocasión.

Además, la señora Doña Bartola, no sólo bailaba admirablemente, sino que tocaba el piano, lo mismo que el señor Don Juan Salas, quien era un verdadero veterano por la disciplina que desplegaba durante movía sus piernas.

De Salas, ya hemos dicho bastante sobre sus prendas personales, aficiones y habilidades, y en cuanto a Doña Bartola, a su vez calzaba de lo fino, en previsión de que tuviese que bailar en su casa o fuera de ella; y Don Antonio Lozas, un buen contemporáneo y amigo de aquellos, vivía también pre-

venido y como era hombre arreglado y muy correcto en su vestir, aunque sin lujo; resultaba también en condiciones de hacer frente a cualquiera eventualidad.

En una palabra, los tres en general y cada uno de ellos en particular, como buenos y leales cultores de la danza y de la música, se encontraban prevenidos y bien dispuestos, para hacer buen papel en la más remota ocasión.

VII

En lo de Don Roque Graceras

Doña Bartola, no debía nada a la naturaleza en lo tocante a lo que más ambiciona la mujer. El espejo, siempre le hizo mal tercio, tanto que, en su casa, eran contados los que aparecían colgados convenientemente para facilitar la reproducción de las prendas fisonómicas de sus habitantes.

Esto, contrariaba a las niñas y personas de la casa, que podían presumir de bellas o cosa aproximada, por cuyo motivo los tales espejos, daban tantas vueltas al derecho y al revés durante el día, como puede darlos un cagirón de noria.

De Lozas. diré que era de estatura baja, bien conformado, pelo y barba gris, pie pequeño, andar cadencioso, condiciones estas dos últimas, que le distinguan sobre manera.

La pasión dominante de ambos, a pesar de aquellas diferencias, era la misma, esto es, la danza, aunque Salas, se extendía hasta el canto, a que Lozas era refractario por inclinación y por carácter.

Salas era inclinado al Vals y a la Gabota, mientras que a Lozas le daba por el *andante* de la danza, es decir, por el baile descriptivo, para lo cual contaba con grandes recursos.

El minuet *liso*, era su caballo de batalla y cada vez que se iniciaba en esta tarea, pues tal podía llamarse, se llevaba horas enteras trazando rasgos y arabescos sobre la alfombra con sus pies pequeños y bien calzados en zapatos de charol francés con hebillas relumbrantes.

Un calígrafo, no ponía el cuidado que ponía Lozas, en el trazado de sus rasgos a semejanza de jeroglíficos o signos cabalísticos.

Entre tanto, un grupo de aficionados al buen bailar, le hacían rueda completa a su alrededor y al fin de cada *solo* obligado, le aplaudían con calor.

Estas manifestaciones, redoblaban el empe-

ño y entusiasmo del distinguido danzante de marras, que bailaba sabiendo lo que hacía y sin pisar a nadie, como hacen muchos que pululan hoy por nuestros salones.

En aquellos remotos tiempos se aprendía a bailar por reglas, exactamente como se aprendía a tocar el piano, la guitarra o el violín.

Salas, como he dicho, era también afecto a la danza, pero a la danza brillante, al *alegre agitado* como protesta, sin duda, a su lamentable deformidad, haciendo ver, que esto no perturbaba o dificultaba sus movimientos.

Pero hay que convenir, en que reunión familiar en donde no hacían Salas y Lozas, acto de presencia, ofrecían un vacío sumamente difícil de llenar. Uno bailando *liso*, y el otro bailando *por alto*, se complementaban y constituían un completo inapreciable.

Era yo muchacho de pocos años, cuando estos dos apreciables señores llevaban la palabra en aquellas reuniones, donde se exhibían y daban realce a todo lo que podía contribuir a hacerlas amenas y lucidas.

Recuerdo que una noche en lo de Tardáguila se encontraban Lozas y Salas.

El primero bailó cuanto quiso, a diferencia

de Salas, que no lo hizo, notándose en su semblante, signos inequívocos de mal humor, pues he creído haber dicho, que su carácter se resentía de cierta irascibilidad, desgraciadamente con gran frecuencia.

Esa noche, Celestina a quien le acompañaba Don Julián Robledo, bailaba con entusiasmo y su hermano, no sé por qué creyó excesivo ese entusiasmo, o por qué causa la invitó a retirarse de la reunión. La aludida, trató de desentenderse del compromiso y siguió bailando...

Como transcurriera un cuarto de hora sin ser obedecido, exclamó:

— Celestina!... ¿vamos? — dijo Salas.

— Allá voy!... — se apresuró a contestar la joven... ya algo madura de edad, pero después del primer ademán de partida, se entretuvo en dar unas vueltas más con su gallardo acompañante.

— ¿Estás ya pronta?... insistió Salas con voz un tanto alterada...

— Sí, sí... ya estoy... espera un momento,— y como a pesar de la afirmación de su hermana, Salas observó, que aquella se había apoderado nuevamente del bailarín que le había acompañado en las primeras piezas, sin duda con el propósito de repetir la dosis.

— ¡Celestina o demonio! — exclamó entonces con voz atronadora y cuadrándosele a la cuitada joven y al galán, — ¿vamos o te quedas?...

Después de esta amable y perentoria interpelación, Celestina abandonó pesarosa el brazo de su galán, para asirse al de su airado hermano y lanzarse como se lanzó del salón, seguida de un coro de risas, que nadie se preocupó de disimular.

.....

Hasta el año de 1874, Salas se mantuvo en Montevideo y varias veces lo encontré en la calle y en las casas de música del señor Pons, calle del 25 de Mayo y en la de Bherens sita al costado de la catedral, pero, después de aquella fecha, no volví a verlo, sabiendo algún tiempo después, que se había trasladado a la ciudad de Buenos Aires.

CAPÍTULO IV

Diputados

De cómo las provocaciones en las sesiones parlamentarias, no deben confiarse sino a la discreción y al buen sentido y acertado decir, de los que más saben y más tienen que perder.

I

Lo que nos cuentan

Muchas referencias nos han hecho en estos últimos tiempos, de los incidentes que diariamente se suscitan en las Cámaras, con especialidad en la de diputados, y cuando tales cosas nos las cuentan, nos cuentan también detalles que nos encantan de veras, por el gusto y cultura que denuncian.

Por lo visto, se desarrollan escenas edificantes, en las que nadie se queda atrás en la defensa de sus ideas y en el alcance de esa misma defensa.

He tenido ocasión de asistir a las sesiones de las cámaras francesas y españolas y he

visto que en ellas, como en todas, se *cuecen habas*.

No obstante, hay que convenir, que al presente entre nosotros rige un vocabulario especial, que a nadie deja a oscuras sobre su alcance, y porque he notado que se califican de buenas las sesiones, cuando los diputados aprovechan la oportunidad de brindarse el oído, con los cumplimientos de que se valen para festejar a sus congéneres.

Nadie negará, que los diputados de hoy, no gozan de menos libertad que los de antaño, para cantarle las verdades al que no mida bien el paso, pues cansados están de probar todo lo contrario.

Podría hacerse colección de las *agudezas de ingenio*, con que suelen lucirse algunos de nuestros legisladores cuando juzgan las condiciones y méritos personales de sus amables colegas, ostentando de tal modo la libertad con que cuentan para ello, que se pierden de vista, hasta suscitar la duda sobre su origen, su dignidad y su cultura.

Las palabras *cretino*, *crápula*, *macanas*, *compadre*, *guisote* y otras por el estilo, se cruzan en el santuario de las leyes, como pueden cruzarse en un reñidero de gallos o en un juego de bolos los billetes de banco, para

según así lo afirman los concurrentes habituales a estas lides, ocurriendo otro tanto en las Juntas Departamentales cuando ellas se ocupan de lo que atañe al Municipio y no puede negarse, que los principios de igualdad, reciben en estos cuerpos colegiados, una idéntica sanción.

Lo mismo se aborda a un colega distinguido, que a un analfabeto, sin más título para ello, que la avilantez y las inmunidades y engreimientos, propios del cargo.

Una francachela de mal gusto que algunos, no todos, de sus miembros, ponen en práctica, sirve de pauta a los que, todavía bisoños, no están habituados a esta clase de *manoseos*, pero, entonces sucede, que si en algo se quedaron cortos, cuando menos piensan, resbalan y se van del otro lado del cerco, provocando protestas y las más veces, ofensivas apreciaciones.

Por supuesto, que entre estas cosas que se sacrifican estérilmente, figura en primer término, el tiempo para emplearlo en homenaje inexplicable de susceptibilidades mal entendidas y en las que, no interviene sino un amor propio personal, injustificado.

II

Comparemos los hombres y las épocas

Hace alrededor de medio siglo y tal vez de algo más, cuando ya hombre, aunque muy joven, empecé a frecuentar las Cámaras con bastante asiduidad.

Desde el año de 1853 en adelante, tuve ocasión de ser testigo de episodios curiosos, algunas veces, con amagos de producirse escenas y lances cómicos y graciosos chistes.

Pero por lo general, eran éstos de carácter pacífico, relativamente a los que hago referencia en el número anterior; y más bien, contribuían a dar entonación e interés inesperado a las sesiones, en medio de la monotonía que solía producirse en muchas de ellas, según la mayor o menor aridez de la materia de que se trataba.

A la fecha, hace otro medio siglo lo menos, que no concurro a las sesiones legislativas, que se celebran en los altos del Cabildo,

según lo ha visto el lector, pero me consta por referencia de los que concurren a ellas y por la prensa, que en la actualidad y de tiempo atrás, abundan los incidentes parlamentarios siempre en tono agreste, esto es, en *tono mayor*, no dejando nada para mañana en el vocabulario grueso, del cual, tanto se abusa hoy día.

Seguro estoy, que no me faltarían variadas anécdotas para este Capítulo, si aquéllas fuesen *aptas* para transcribirse y tan inocentes y sin desdoro para los actores en ellas, como reminiscencias que me asaltan, a propósito de épocas remotas, en que aun no se habían borrado de nuestros hábitos, los principios más rudimentales, que aprendimos de nuestros mayores y antepasados.

Sin embargo, lo malo como lo bueno siempre es útil tenerlo a la vista, ya sea para repudiarlo, como para imitarlo: la repulsión que ciertas cosas nos causan, es precisamente, el elogio y aplauso que nos merecen otras.

Conviene pues a mi propósito hacer notar, la diferencia que existe entre los percances parlamentarios del presente y los de nuestras épocas pasadas.

Hemos dicho, lo que según la prensa pasa

hoy en nuestra Cámara de diputados, muy especialmente, y ahora nos vamos a permitir referir algo de lo que ocurría en las de antaño.

Su composición y la cultura que distinguía a la gran mayoría de sus miembros, les colocaba en condiciones ventajosas para guardar la seriedad y decoro, censurando, si se quiere, cualquier dislate o inconveniencia entre ellos, pero sin recurrir a calificativos apasionados e injuriosos.

De este modo, lejos de provocar incidentes desagradables, más bien se provocaban escenas chistosas, de las cuales participaba la *barra* y la misma Cámara. Se trataba de censuras, que respondían a hechos más o menos importantes pero nunca desdorosos para los inculpados, mientras en la actualidad se concretan por lo general, a deprimir sin causa fundada, recurriendo para ello a calificativos personales, sin más justicia y autenticidad, que la que quieren atribuirles sus autores.

Recuerdo, que en cierta sesión de la Cámara de Diputados, allá en mi tiempo, a la cual había afluído numerosa concurrencia, atraída por la novedad que habían despertado algunos artículos editoriales de la prensa, se suscitó una cuestión sumamente interesante.

El asunto que la motivaba, tenía su gravedad y los hombres de preparación y que sabían medir sus consecuencias, oían atentamente a los oradores que llevaban la palabra.

A esta circunstancia se agregaba la no menos importante, de ser los Doctores Don Cándido Juanicó y Don Antonio Velazco, los que se ocupaban de ilustrar el punto en discusión, y toda la atención de aquellos resultaba poca para no perder el más insignificante detalle.

Lo que tanto preocupaba a la Cámara, era en la forma, aunque no en el fondo, una cuestión gramatical: se trataba de saber, si en ella debería emplearse la palabra *neutralidad* o *neutralización*; cuestión ésta, en que el país resultaba comprometido, habiendo entretanto, la necesidad de ganar tiempo, como recurso de último momento.

Por eso se explica, que el Doctor Velazco haciendo uso de la palabra y con los recursos de dialéctica de que sabía valerse en los casos difíciles durante su laboriosa actuación política, se encontrase todavía con la palabra, en el tercer día de la discusión, que preocupaba a la Cámara.

Entretanto, otros miembros de ella, menos preparados y más impacientes, daban prefe-

rencia al aburrimento sobre la necesidad, y olvidando o no alcanzando a comprender lo delicado de la situación, en que se encontraban comprometidos, empezaban a formular cargos contra los oradores, que llevaban la palabra, sin miras de terminar.

No era una novedad para nadie, que el Doctor Velazco era un orador de primera fila. Cumpliendo con un propósito que respondía, según su criterio, al plan que se proponía desarrollar, hacía ya dos días y medio que estaba con la palabra, sin ánimo de terminar.

Don Atanasio Lapido, diputado como Velazco, rendido por la fatiga y la impaciencia que lo dominaba y que, desde momentos antes no atinaba a disimular, le interrumpió de pronto, exclamando: *¡que termine por Dios, este hombre. . . señor Presidente! . . . Hago moción para. . .*

— *¡ Calle !* — le interrumpió a su vez Velazco en tono arrogante y con ademán expresivo, — *que yo defiando a la República, de pie y no en posta como usted.*

Aludiendo aquél, a cierto negocio de postas, en el cual Lapido había tenido, no sé qué intervención.

Después de estas palabras, el aludido que



Diputado Pedro Díaz.

se encontraba sentado en un sillón de la Cámara, contiguo al que ocupaba el que acababa de conminarle con tales palabras, se incorporó bruscamente y con gesto amenazante, se apartó de este lugar, para dirigirse a otro sillón lejano.

En esa misma sesión el contrincante de Velazco, Don Cándido Juanicó, se encontraba con el uso de la palabra desde largo rato y esto dió lugar a otro incidente gracioso, entre el expresado orador y el Escribano, Don Pedro Díaz.

El Doctor Juanicó, que como he dicho había tomado parte activa en la discusión aludida con el Doctor Velazco y otros diputados, fué interrumpido por Don Pedro Díaz, que tan impaciente como Lapido, trataba de fatigar a Juanicó y obligarle a poner término a sus réplicas, que este último hacía cada vez más largas y pesadas, a lo menos, en su concepto.

Juanicó le oía, como quien oye llover y continuaba su peroración al son de los repetidos y merecidos aplausos que se le prodigaban.

Al fin, llegó un momento en que Díaz ya no pudo más y ensanchando sus pulmones con todo el aire que pudo aspirar, gritó con

fuerza: *¡tanto hablar sin decir nada!... ¡yo al menos, no entiendo jota de todo lo que se está diciendo.*

— *¡Pues es atrevimiento!*— exclamó a su vez Juanicó, con su voz atiplada y vigorosa, — *meterse a hablar de lo que no se entiende!* provocando así la hilaridad en el salón de sesiones y estruendosos aplausos en la barra.

Otro diputado, Don M. Diago, interrumpió también al Doctor Velazco con motivo de igual discusión y como el expresado Diago, en cierto pasaje de su peroración le clasificase de *cómico*... — *¡Sí!*— le replicó Velazco, — *cómico, pero... es que usted me gana en antigüedad... y la Cámara sabe que digo verdad.*

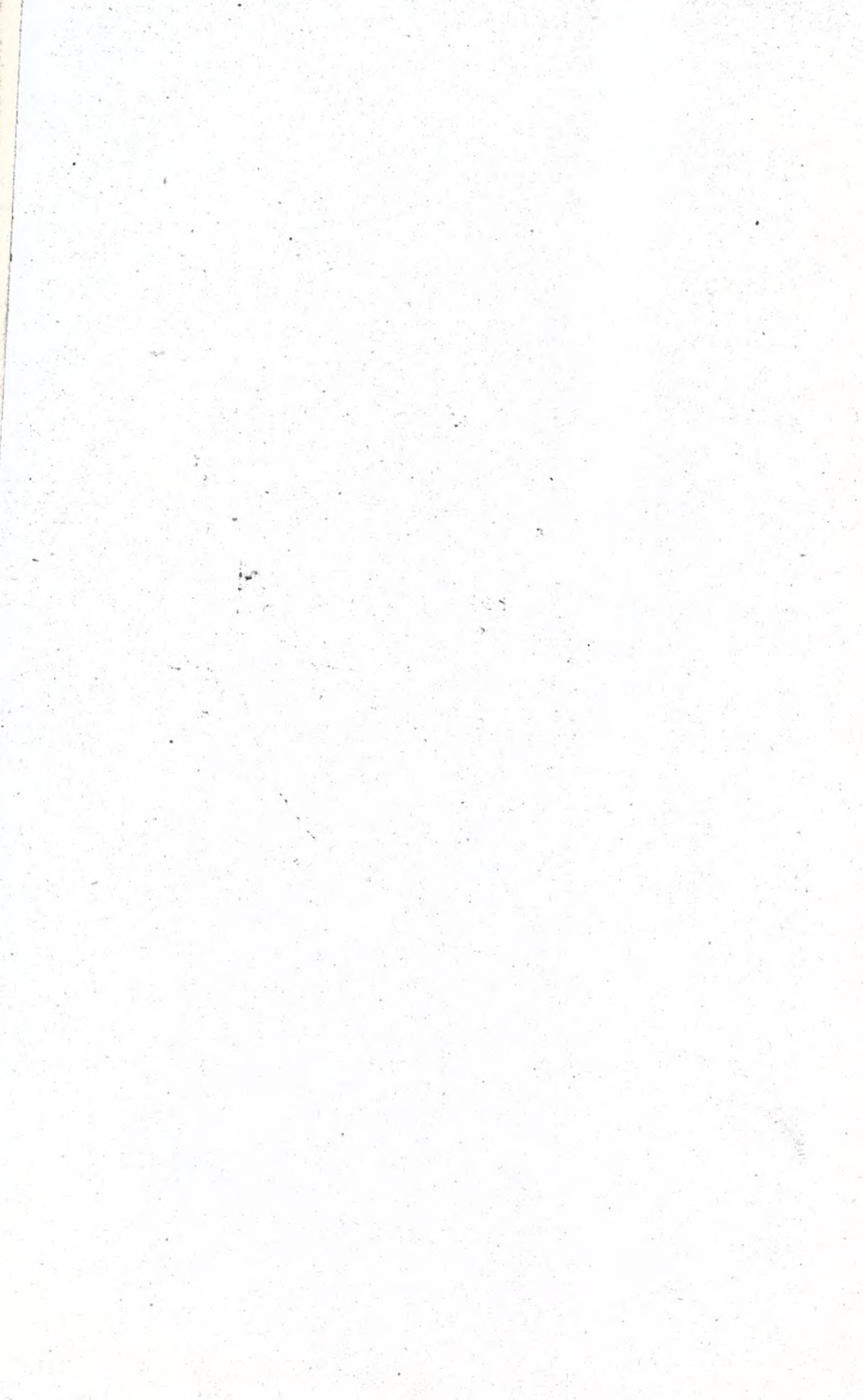
Y era, que el señor Diago, cuando hablaba, jamás se desprendía de una abusiva entonación enfática.

A Don Francisco Ordeñana, un hombre distinguido, siempre bien puesto y acicalado, a quien en voz alta, se le llamaba, señor Ordeñana y por lo bajo, *Marqués dos Tacos*, por usarlos entonces tan altos, como hoy los usan las señoras poco esbeltas y las que lo son también, le tocó iniciar otro gracioso incidente.

El respetable señor Don Alejandro Chuca-



Sr. Francisco Ordeñana.



rro, que actuaba en la Cámara de Senadores como el señor Ordeñana, no podía prescindir de cierto estribillo al fin de sus peroraciones parlamentarias, como Ordeñana no podía prescindir de sus altos tacos.

El estribillo era el muy generalizado entonces de *así* o *asado*, equivalente a etc. etc.

En una de las sesiones, a las cuales yo concurría, el señor Ordeñana, que había soportado varias veces el «*así* o *asado*» del señor Chucarro, allá al quinto estrillo, no pudiendo resistir a la tentación seductora del *asado* y sin parar mientes en el *así*, dijo con apresuramiento y sonriente: el *asado*, señor Senador... el *asado* es mejor... y esta vez, las risas superaron a las que se dejaron oír cuando Díaz, dijo que no entendía jota de lo que estaba en discusión.

Otra vez, allá por el año de 1892 o 93, en esta misma Cámara, siendo presidente ad-hoc un señor Rodríguez, éste, al dar cuenta de una resolución reciente, para que le sirviese de antecedente a Don José Cándido Bustamante, empeñado en cierto debate, con el cual tenía relación, dijo: me permito prevenir a la Cámara, que el *Senado en sesión de tal fecha, ha resuelto*...

El *así* y el *asado* del señor Chucarro, no

le hizo más efecto a Don Francisco Ordeñana, que el *resolvido* del Presidente Rodríguez a Don Cándido Bustamante, quien exclamó: ¡resolvido!... ah! presidente rico!... dando esto por resultado, un parecido coro de risas al del *así* o *asado* del señor Chucarro.

En resumidas cuentas, concluir de este modo las sesiones parlamentarias, era menos sensible y desagradable que concluir las como concluyeron los jurisdicciones de que he hecho referencias en el Capítulo I y las sesiones de la actualidad, según referencias de las personas que concurren habitualmente a ellas.

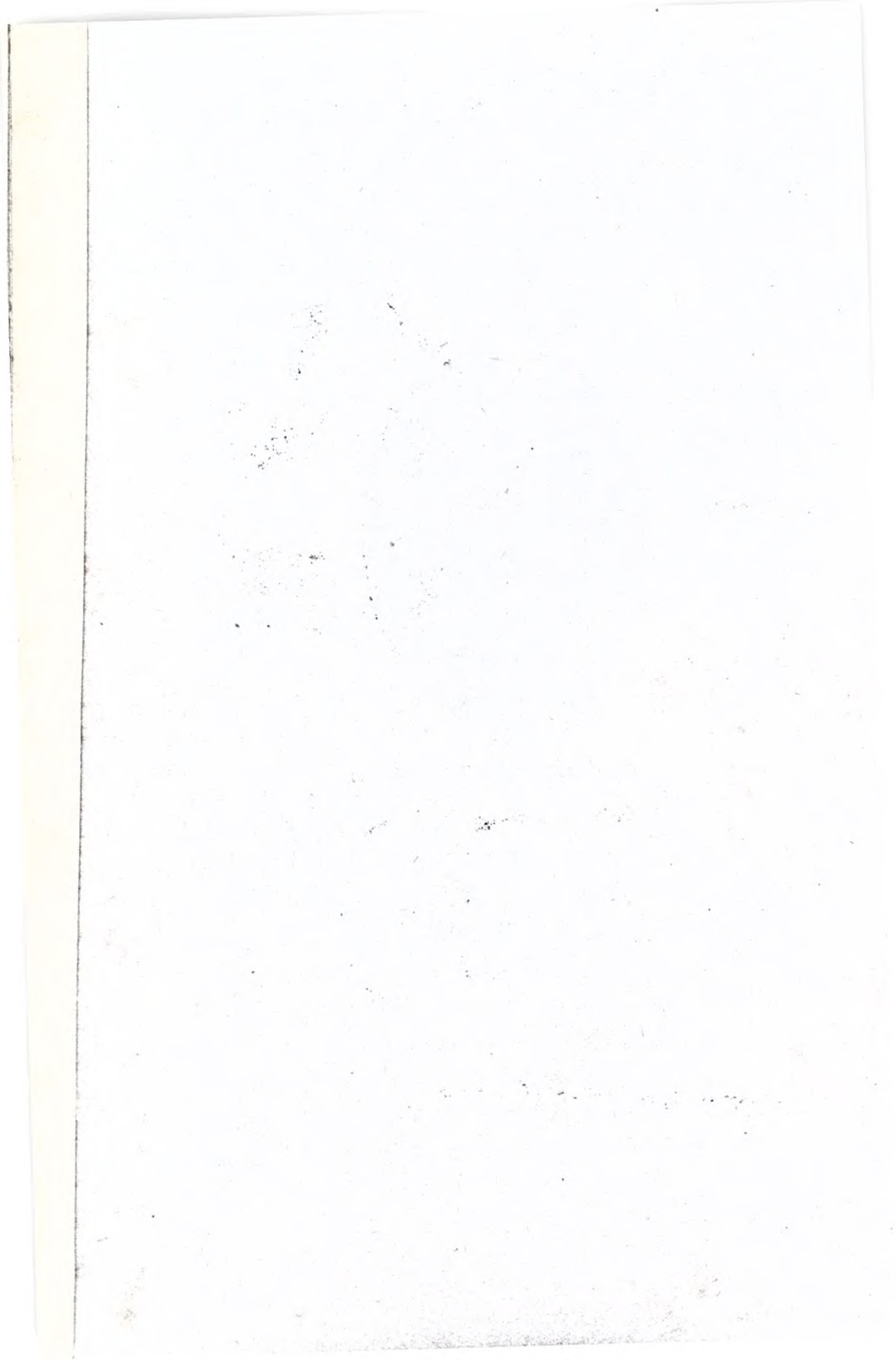
V

En la Universidad

Y a propósito de bromas inocentes, recuerdo un pequeño diálogo, que no obstante su sencillez, vino en su fin a hacerse lo más elocuente y gracioso. Se trataba de dos diputados y si aquel diálogo no tuvo lugar en las Cámaras, lo tuvo en el salón del Consejo Universitario, de que eran miembros y colegas los referidos abogados Don Adolfo Pedralbes y Don Alejandro Magariños Cervantes como lo eran del Consejo en su calidad de Catedráticos, si mal no recuerdo.



Sr. Alejandro Chucarro.



El Doctor Magariños, al poco tiempo de llegar a Montevideo, después de su larga residencia en Madrid, se vió obligado como cualquier hijo de vecino, a adoptar el abrigo, con especialidad en el invierno.

Los fríos cruentos del Guadarrama en Madrid y la escasez de su cabello, que todavía joven había empezado a perder con más rapidez que la conveniente y la serie de resfríos que le habían perseguido durante los inviernos y fuera de ellos también, le habían hecho cauto a tal extremo, que se hallaba cansado de leer casi todo lo que se ha escrito hasta la fecha sobre catarros, corizas, bronquitis, pulmonías, reumatismos y otras lacras humanas, de las cuales no quería ser víctima, o cuando menos, serlo las menos veces posibles.

No omitía pues, sacrificio alguno para precaverse de cualquiera eventualidad y tanto, que cuando era Senador, en las sesiones a que concurría, elegía el sitio más aparente de la Sala de Sesiones para evitar las corrientes de aire.

El hombre, empleaba una parte del tiempo útil de cada día, en defenderse del frío y principalmente, de las corrientes de aire, que ya le habían ocasionado fuertes constipados,

cuya repetición incómoda, se proponía evitar según lo he dicho antes.

En una noche, precisamente muy fría, los legisladores de que me ocupé, en calidad de miembros del Consejo Universitario, concurren a la antigua sede de esta institución, para resolver una petición sobre exoneración de exámenes en favor de varios estudiantes, que la habían solicitado.

Como dejo dicho, la noche era fría y ventosa, y la entrada de la antigua Universidad, sobre la calle Maciel, con frente al Sud, en días fríos, como aquel, hacía de tal entrada, poco menos que un *Cabo de Hornos*.

El Salón de Sesiones, también estaba ubicado sobre la calle de Maciel y su puerta próxima a la de calle, de manera que, así se explica el peligro de aquella entrada que tanto temía el Doctor Magariños y muchos sin ser él.

Al Doctor Pedralbes, por su parte y a diferencia de su colega, no le importaba un bledo lo de la puerta de calle, ni le metían miedo los constipados ni corrientes de aire. Para ello, contaba con tan buena y tupida cabellera, pues con ella murió a los 94 o 95 años largos, después de haber vivido con su cabeza al abrigo de los peligros y veleidades



Dr. Alejandro Magariños Cervantes.

del tiempo, que eran la pesadilla eterna de Magariños.

.....

El acto debía empezar a las ocho y media p. m. y al fin, la hora sonó.

Acababan de llegar el Rector, Doctor Don Plácido Ellauri, el Doctor Arrascaeta y Don Pedro Giralt catedrático de latín, y a una invitación del Presidente, todos se dirigieron al Salón desde el local de la Biblioteca, que ocupaba la pieza situada al frente.

El presidente y Secretario, entraron los primeros en el Salón, siguiendo después el Doctor Pedralbes y Magariños e inmediatamente después, el Doctor Arrascaeta y Don Pedro Giralt.

El pasaje de la Biblioteca al Salón, equivalía a atravesar el ancho zaguán de entrada y se hacía con presteza, por lo que he explicado en los párrafos anteriores.

De repente, se produce cierto entorpecimiento al salvar la puerta del Salón: eran Pedralbes y Magariños, que se tomaron en cumplimientos sobre quién había de pasar primero; Pedralbes ofrecía la preferencia a Magariños y éste a Pedralbes, declinando ambos tanto honor, con un *gracias, pase usted*.

Entretanto, Arrascaeta y Giralt, recibían

los chiflones de la puerta de calle, por haber quedado atrás y otro tanto les pasaba a los mismos del diálogo, cuando en esto, se oyeron en medio de los cumplimientos, de un *pase usted*, y un *gracias* estas palabras: *no ¡cara... mba, dejáme pasar, que esto va largo*, (textual), que pronunció Ma-Magariños, dejando a Pedralbes a retaguardia, poniendo punto final a aquella situación y en aprietos a las personas que le acompañaban y que durante el acto, se vieron en la necesidad de hacer acopio de prudencia para no comprometerse.

Pedralbes al parecer algo cohibido, denunciaba el estado de su ánimo, después de la arremetida de Magariños y éste, un tanto contrariado miraba alternativamente a Pedralbes y a los demás colegas que componían la mesa.

CAPÍTULO V

Calle Olimar número 11

Cómo puede cortarse el hilo de una investigación judicial, por la hábil desaparición de un hombre.

I

La Quinta de Raffo

Allá por 1871, ya se conocía con esta denominación, la hermosa casa que desde antes de esta fecha y hasta hoy mismo, se encuentra ubicada en el Camino Millán, sobre el puente de las Duranas y próximo al también Camino de Castro.

A esta localidad, aflujan los coches particulares de nuestra aristocracia de entonces, formando, sobre todo en las lindas tardes de invierno, un centro de reunión sumamente agradable.

En aquella época, no existía el Prado, y no pudiendo reunirse en un lugar aparente y preparado de antemano, se resignaba a reunirse en aquel camino abierto al trá-

fico público y el cual, con las dos filas de bancos, de madera entonces y de hierro hoy, ofrecían cierta comodidad a una parte de la concurrencia.

Muchas veces durante mi juventud, concurrí a estas interesantes reuniones y, a la gran distancia que hoy disto por mi avanzada edad de aquella época feliz y de gratos recuerdos, vienen a mi memoria los nombres de muchas de las familias que hacían acto de presencia con mayor regularidad.

Allí se veían a Doña Valentina Illa de Castellanos, Doña Dolores Vidal de Pereira, Doña Dolores Pereira de Tocón, Don Pablo Duplessis y Pra, Doña Dolores Carvalho de Estrázulas, Doña Carolina Vázquez de Acevedo, Doña Manuela del Villar de Reyes, Doña María García de Requena, Doña Clemencia Esteves de Posadas, Doña Eusebia Zabala de Pasos, Doña Josefa Solsona de Brunel, Doña Juana Solsona de Magariños y muchas otras, que sería largo enumerar.

Los carruajes, se alineaban en la extensión de los dos costados del camino, dejando así libre el centro, para el tráfico, que más de una vez y tratándose de vehículos, nos cubrían de polvo, aunque, es la verdad y debo decirlo con placer, esto no ocurría cuando a

nuestra Junta o Comisión Auxiliar del Paso Molino, se le ocurría hacer regar el camino en la localidad que servía de centro de reunión a las familias en los dos días indicados de la semana: Jueves y Domingos.

La Quinta de Raffo y la de Don José Buschental, tenían nombre entonces, y esto se explica bien, pues hoy mismo que las hay tan hermosas, aquéllas hacen su papel y no desmerecen al tener como tienen figuración en las localidades, que respectivamente ocupan.

En la primera de esas quintas, vivía su dueño, el Caballero Raffo, acreditado por el Gobierno Italiano en nuestro país, como Encargado de Negocios de la Legación y el cual gozaba de general aprecio en nuestra sociedad con la que, había estrechado relación, en las fiestas y saraos, de que hacía título y gala.

Con tales hábitos y prendas, es que el señor Raffo vivía feliz en su retiro y a pesar de la distancia, no sólo era visitado constantemente por sus amigos y miembros del Cuerpo Diplomático y Consular, si no por otras tantas personas de su relación, que llegaron a ser numerosas y además, muchas veces, lo ví en el teatro, siempre contento

y bien acompañado. Era hombre de compleción fuerte, de unos sesenta años, más o menos; blanco de color; rubio, entrecano y de aspecto placentero, como si permanentemente estuviese bañándose en agua de rosas.

Sin embargo, aquella bienandanza, no debía durar mucho tiempo, pues una mañana, no sé, si en «El Siglo» o en «La Nación» (1), apareció un artículo denigrante para el señor Raffo, y dos más en los siguientes días, que levantaron alrededor de su personalidad, cierta atmósfera y polvareda, poco favorable a su buen nombre y reputación.

Tengo, recuerdo de que el ofendido replicó una vez... pero, que insistiendo el autor de los escritos, sin ocuparse para nada de las razones con que Raffo arguyó en su favor y defensa, éste concluyó por ofrecer desde ese día, oídos de mercader a cuanto dijera en adelante su ofensor, con lo cual consiguió al fin, que éste fatigado de su tarea, pusiese como puso, fin a sus diatribas.

Así quedaron las cosas por el momento, pero el tenaz escritor, despechado por el silencio de Raffo, volvió de nuevo a la brecha, y esto colmó la medida en concepto de Raffo,

(1) Diarios de la época.

a quien desde entonces, se le notó preocupado; no se le encontraba en su casa con la misma seguridad de costumbre, resultando de aquí comentarios muy perjudiciales para el crédito de que había gozado hasta entonces.

Por otra parte, los comentarios, propósito de la propaganda del tenaz escritor, no dejaron de prevenir un tanto el ánimo público contra el señor Raffo; las visitas a su casa, ya no eran tan frecuentes, sin que esto debiera atribuirse a escrúpulos que hubiesen surgido por tal motivo, o por lo que he dicho antes, de no encontrársele en su casa a las horas de costumbre, como anteriormente.

II

El Encuentro

A la hora avanzada de una tarde ligeramente lluviosa, repechaba la calle Uruguay, entre la Avenida Rondeau y Yí, un viejo de alta estatura, barba gris, rostro enjuto, de andar lento y mirar receloso. Llevaba a cuestas un catre viejo y una manta que le hacía juego y colgante del brazo derecho, un atado mugriento que parecía, no pesar menos que el catre.

Dominada la pendiente, su carga le fué más llevadera de allí en adelante, pues a esta altura, las calles de Yaguarón y de Ejido hasta la del Olimar, se encuentran casi a una misma niveleta y el tráfico por ellas, no ofrece ninguna dificultad.

Cuando el viejo llegó a la esquina de la calle Olimar, un hombre que se encontraba en la acera de enfrente, trigueño y de barba poblada, vestido con cierta corrección y con sombrero hongo, de color, atravesó apresuradamente y antes de llegar a la esquina que ocupaba el viejo con su carga, exclamó:

— ¡Caramba, compadre! ¿sabe que ha tardado usted en llegar?... hace una hora que le espero y ya iba a retirarme.

— No me ha sido posible venir antes, pero... al fin, aquí estoy y podemos seguir... por aquí... por aquí, a la izquierda... — y ambos, uno por la vereda y el otro paralelamente al cordón del empedrado, tomaron la calle Olimar, hacia el Norte.

A las dos cuadras y al frente de la penúltima casa baja, sobre la izquierda, antes de llegar a la calle Cerro Largo, se detuvieron.

— ¿Es esta la casa? — preguntó el joven.

— Esta es — contestó el viejo — ¿le parece bien situada?

—Muy bien la situación, pero estoy impaciente por conocer la repartición de sus habitaciones... es muy necesario...

El viejo, sin decir más, sacó una llave del bolsillo de su saco, y abrió la puerta; entró su carga y después de él, entró el joven y tras de ambos, cerrose la puerta con estrépito.....

Pasados veinte minutos, salieron los dos visitantes, cerrando la puerta de calle y desapareciendo por la de Cerro Largo.

La carga que conducía el viejo, había quedado en la casa, así como el saco mugriento que completaba aquella.

III

En el Café de Torino

Hasta no hace muchos años y desde fecha remota, existió en la calle de Río Negro un café de este nombre.

Estaba situado entre las de Mercedes y Paysandú, al costado izquierdo, bajando hacia el Norte, entre las calles Uruguay y Paysandú.

Era centro frecuentado por gente de todo vivir, y de malas mañas, que algunas ve-

ces, iban a parar a la Cárcel Preventiva y Correccional y hasta a la Penitenciaría también.

Como se ve, aquel centro de *sociabilidad*, no era de envidiarse, pero entretanto, era bastante concurrido; se hablaba en voz alta y en voz baja, cuando convenía; se gritaba a voz en cuello; se cantaba con afinación o sin ella; se silbaba a discreción y no se omitían ternos ni un garrotazo o tajo por añadidura, cuando era necesario.

Con este segundo párrafo, queda según me parece, bien completo el programa del tal Café de Torino, de ahora cincuenta años, y el lector al corriente, de todo lo bueno que podría surgir de aquel centro de méritos y virtudes

.....

La misma noche del encuentro en la esquina Olimar y Uruguay, a que me he referido en el número anterior, un hombre de capa negra y sombrero gacho, se presentó en el Café Torino, siendo las once y cuarto de la noche. La reunión a esa hora era pequeña y sólo aquellos veteranos en el beber, ocupaban algunos pocos asientos, hablando cantando a intervalos, a causa de encontrarse ebrios.

El hombre de la capa negra, echó un vistazo a los tres departamentos que componían el Café, como investigando si estaban o no allí, personas a quienes sin duda esperaba, o que debieron esperarlo, y después, con acento español, muy marcado, preguntó a uno de los mozos, si un tal Gaetano, no había venido. El mozo contestó que había venido, ausentándose por breves momentos, pero que muy pronto estaría de vuelta.

En efecto, en este preciso momento, aparecieron tres individuos en la puerta del Café y entonces desembozándose el hombre de la capa, resultó ser el mismo que esa tarde se encontró con el viejo de la calle Olimar y Uruguay.

— Bueno muchachos, —dijo éste,— todo está pronto y sólo falta que tomemos una copa antes que venga el coche. Ustedes saben ya lo que les toca hacer y lo que es, en la casa todo está en orden.

Gaetano se apresuró a decir entonces, que ya había tratado el coche y que éste no tardaría en llegar.

Después de estas palabras, los cuatro individuos se dirigieron al centro de la sala principal, sentándose alrededor de una mesa y después de media hora de conversación,

sintieron que un carruaje se detuvo a la puerta del café.

El llamado Gaetano, fué el primero que se levantó en actitud de salir, siguiéndolo los demás hasta tomar los cuatro el carruaje que acababa de llegar a la puerta del Café, guiado por un muchacho de unos diez y seis a diez y siete años, quien una vez ocupado el coche, emprendió marcha bajando la calle Rfo Negro hasta llegar a la de Cerro Largo y en seguida hasta la casa, Olimar número 11. Después de bajar los cuatro hombres y entrar sólo tres en la casa, el cuarto después de un corto diálogo, subió de nuevo al coche y partió a escape por la misma calle de Cerro Largo.

Transcurrió media hora y durante ella, la puerta de la casa número 11, se abrió dos veces, apareciendo en el umbral de la puerta la silueta de uno de los tres hombres, que momentos antes habían entrado en ella, pudiendo suponerse, que esperaban a alguno (porque si así no fuese) personas que entran en su casa a las doce de la noche, no tienen para qué estar de imaginaria en la puerta.

Así era en efecto, pues serían las doce y media de la noche, cuando se sintió de nuevo el rodar de un carruaje por la calle Cerro

Largo, aparecer en la boca-calle de Olimar y detenerse al fin a la puerta número 11 de la misma.

Esta vez, venían dos personas en el pescante; el joven conductor que ya conoce el lector y otro no menos joven, que se arrojó del pescante, apenas el vehículo se detuvo, abriendo la portezuela del carruaje.

Bajaron dos hombres y con evidente apresuramiento entraron en la casa, cuya puerta de calle, se cerró como por resorte en el mismo momento.

El carruaje, se adelantó de la entrada en dirección al Sud, después de subir el joven que abrió la portezuela, y se detuvo a veinte pasos de la puerta.

El cochero no apartaba los ojos de la casa, y cuando en el momento de oír un golpe sordo que había resonado en el silencio de la noche, vió aparecer a un hombre en la puerta, llamando al joven que le acompañaba en el pescante.

Con un latigazo formidable, a los caballos, partió a la carrera en dirección al centro de la ciudad, escapando al llamado que se le había hecho, en una actitud como la que podía emplear el que tratase de huir de un gran peligro.

El hombre que había llamado, se precipitó

a la carrera tras el carruaje que huía, pero no tardó en desistir de su empresa, pues bien pronto, se encontró a grande distancia de su presa.

El carruaje, seguía su carrera vertiginosa y el perseguidor, regresaba a la casa misteriosa, en momentos que tres de los cinco hombres que habían entrado momentos antes se precipitaban en grupo a la calle, desapareciendo con el que acababa de llegar.

IV

El Crimen

Era el 19 de Abril de 1871 y nadie se acordaba ya del incidente, que tanto había influido en el ánimo de la colonia italiana, a propósito de las publicaciones sobre Raffo, cuando en la mañana corrió la voz de que en la noche anterior, se había perpetrado un crimen atroz en la persona de un Médico de nacionalidad italiana, y que la autoridad policial, se ocupaba desde ese momento en la averiguación de ciertos antecedentes relacionados con el crimen, y que era probable que hallasen a sus autores.

Toda esa mañana pasó en conjeturas y



Victimarios de Feliciangelli.

supuestos inconsistentes, que no daban luz bastante sobre el hecho, pero después de media día, empezaron a circular boletines, que anunciaban la captura de cuatro individuos de los cinco complicados en el asesinato del Médico Felice Angieli con el agregado, de que, con excepción de uno de ellos, los tres restantes, resultaban confesos desde el momento de su prisión.

Se agregaba, que el autor principal, hasta ese momento, no había sido aprehendido por no encontrársele como a los primeros, en su domicilio, ni en ninguno de los parajes, que acostumbraba a visitar durante el día.

Los prevenidos se llamaban Insua (a) Corbalán, argentino; Gaetano (a) Rocha y Neto (a) el Chivo, orientales, confesos del delito. José Barbeta, italiano, y Agustín Veirano, uruguayo, de poco más de diez y siete años de edad, quienes negaron toda participación en él.

Unos y otros, fueron aprehendidos en sus respectivos domicilios, en donde se encontraban lo más tranquilos y sueltos de cuerpo, a excepción del muchacho Veirano, que fué detenido en la plaza Independencia por el Jefe de Policía, entonces, Don José Cándido Bustamante, por reconocimiento que hizo de

su persona, el ayudante o amanuense del médico, Jose Ruival. Este acompañaba esa noche a su patrón, y por esto reconoció fácilmente en Veirano al cochero que los había conducido al lugar del crimen.

El citado Ruibal pudo prestar aquel servicio a la Justicia, porque como he dicho, esa vez, como siempre que su patrón era requerido por algún enfermo, a hora avanzada de la noche, él fué su acompañante.

Había dado seguridad al Jefe, señor Bustamante, que tan luego como viese al cochero lo reconocería, y fué así, después de una corta recorrida por frente de los coches estacionados en la plaza.

Veirano, se limitó a protestar en sentido de que cuando fué invitado para ir a buscar al médico fué para robar, pero no, para asesinarlo.

Reducido a prisión Veirano, al momento denunció a los criminales que he designado antes y a una sexta persona, en calidad de autor principal.

Era éste, el que se había entendido personalmente con José Barbeta, y quien según él, había convenido con el C. Italiano la muerte del Doctor Felice Angeli, inculpación, que nunca llegó a justificarse en la



José Cándido Bustamante.



causa, aunque no faltaban fuertes presunciones que le comprometían.

V

El Proceso

La policía empleó pocos días en sus gestiones con motivo de este hecho criminal, que tanta repercusión tuvo en la capital e interior del país.

A la odiosidad del hecho, se agregaban varias circunstancias, que le daban mayor importancia y resonancia, siendo la de mayor significación el sonar desde el primer momento como sindicado en el grave acontecimiento, con razón o sin ella, el nombre de un Agente Diplomático, que gozaba de estimación general y de prestigio hasta entonces entre la colonia italiana y en nuestra propia sociedad.

En medio de los comentarios a que dió lugar el suceso en las primeras semanas, el sumario policial, pasó al Juzgado del Crimen de la 1.^a Sección, para la continuación y ampliación del sumario sin perjuicio de las demás gestiones propias del plenario, llegada su oportunidad, pues es sabido, que en aque-

lla fecha, no existían los Juzgados de Instrucción.

Al Doctor Joaquín Requena y García y al Doctor X, ambos defensores de oficio en lo Criminal ese año, se les encomendó la defensa de los prevenidos: al Doctor Requena y García, la defensa del anciano Dotta, (a) Barbeta y la del joven Veirano y al Doctor X la de los tres actores principales, confesos desde que fueron capturados y convictos después, llamados: Insua (a) Corbalán, Gaetano (a) Noriega y Neto (a) el Chivo.

El principal autor, no pudo ser hallado, según se ha dicho, y la causa siguió hasta su definitiva terminación, sin conseguirlo.

Esta circunstancia, como es fácil comprender, dificultó considerablemente la marcha del proceso y la averiguación de las inculpaciones que se hacían a Raffo, a propósito del asesinato del Médico, como se verá en el curso de la sección siguiente, en que me ocuparé de los descargos y defensas formuladas por los prevenidos en conferencias tenidas con sus respectivos defensores.

Entretanto, corrían distintas versiones sobre la desaparición de José Obaraldo, que así se llamaba el individuo que los había contratado, según los procesados, de nacio-

nalidad española y a quien se vió por última vez en la madrugada del día siguiente al del asesinato, en compañía de Barbeta, según declaración del almacenero de la calle Tacuarembó y 18 de Julio, y del mozo de la Farmacia, que existía entonces y hoy mismo en esta última calle, frente a la Capilla del Cordón.

VI

En la Cárcel

Días después de haber aceptado el cargo los defensas, estos concurren a la cárcel pública, en el piso bajo del Cabildo, con el objeto de conferenciar con los prevenidos.

Estos fueron conducidos desde sus respectivos alojamientos, a un espacioso aunque lóbrego y húmedo calabozo, situado bajo la bóveda de la espaciosa escalera, que entonces como hoy mismo, conduce al piso alto del edificio.

Conducidos por el Alcaide, los abogados defensores, hasta la pequeña puerta que daba entrada al calabozo, salvaron el umbral, dando algunos pasos hacia el centro de aquél.

Aunque acostumbrados a estas andanzas, los abogados no pudieron menos de impresionarse del silencio de aquella mazmorra,

obscura y húmeda y con la presencia de aquellas cuatro figuras patibularias y aquel muchacho extraviado. Guardaban absoluto silencio, sin hacer el más mínimo movimiento, con la vista baja y la cerviz inclinada hacia el suelo.

A la derecha, estaban enfilados contra el muro negruzco y sucio del calabozo, Insua, Gaetano y Neto, y a la izquierda, el viejo Dotta y el muchacho Veirano.

Parecían a su vez impresionados, dominados y avergonzados por la presencia de sus propios defensores.

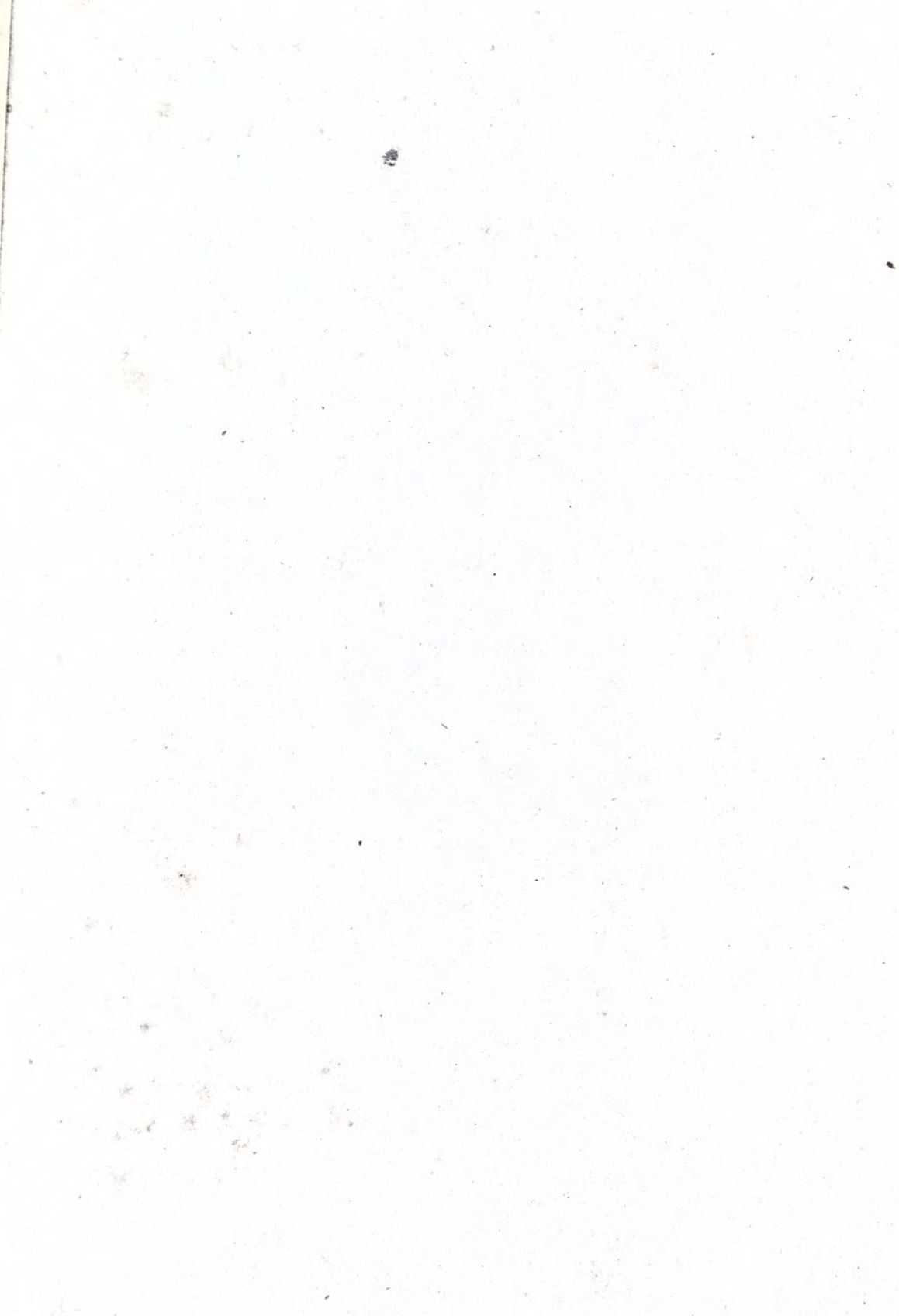
A las primeras palabras de estos, pareció que reaccionaban y se atrevieron a mirarlos.

Los defendidos del Doctor X, se ratificaron en sus primeras declaraciones, confesando su participación en la perpetración del delito en compañía de José Obaraldo, que fué quien los contrató para consumarlo, mediante cuatro mil pesos, que según Dotta (a) Barbeta, le había ofrecido el Cónsul Italiano, habiendo sido el expresado Barbeta quien llevó el catre y candelero a la calle Olimar, destinado uno y otro, para el simulacro desde el cuarto que debía ocupar Neto, en calidad de supuesto enfermo.

En cuanto a Barbeta, negó todo lo afir-



Dr. José María Vilaza.



mado por los expresados Neto, Gaetano y Corbalán, y de esta actitud, nadie lo redujo, durante todo el proceso.

Como se comprende, refiriéndose los actores principales en el homicidio a Obaraldo, única persona que se había entendido con ellos, no existía medio posible para responsabilizar a Barbeta y sobre todo, al Cónsul Italiano a quien inculpaban Insua, Neto y Gaetano, pues se referían a dicho o confidencia de Obaraldo y no de Barbeta, quien negaba la incupación, según he dicho, y así quedaron las cosas hasta sentenciada la causa en última instancia.

Entretanto el Fiscal del Crimen había pedido la pena de muerte para los defendidos por el Doctor X; la de diez años, que era la inmediata según las leyes españolas, para el viejo Barbeta y la de tres años de prisión para Veirano.

Sin embargo, el jurado se desatendió de esta diferencia y en el veredicto comprendió a Barbeta en la clasificación de autor del delito, equiparándolo a los demás y fué condenado a la última pena.

Y aquí empiezan una serie de hechos, que contribuyeron a robustecer las desconfianzas y murmuraciones a que dió lugar la actitud del Cónsul Italiano en esta célebre causa.

VII

En la Capilla

Como he dicho antes, la causa fué fallada en última instancia, haciéndose los preparativos para su ejecución, una vez devuelta por el P. E., a quien había sido remitida unos días antes.

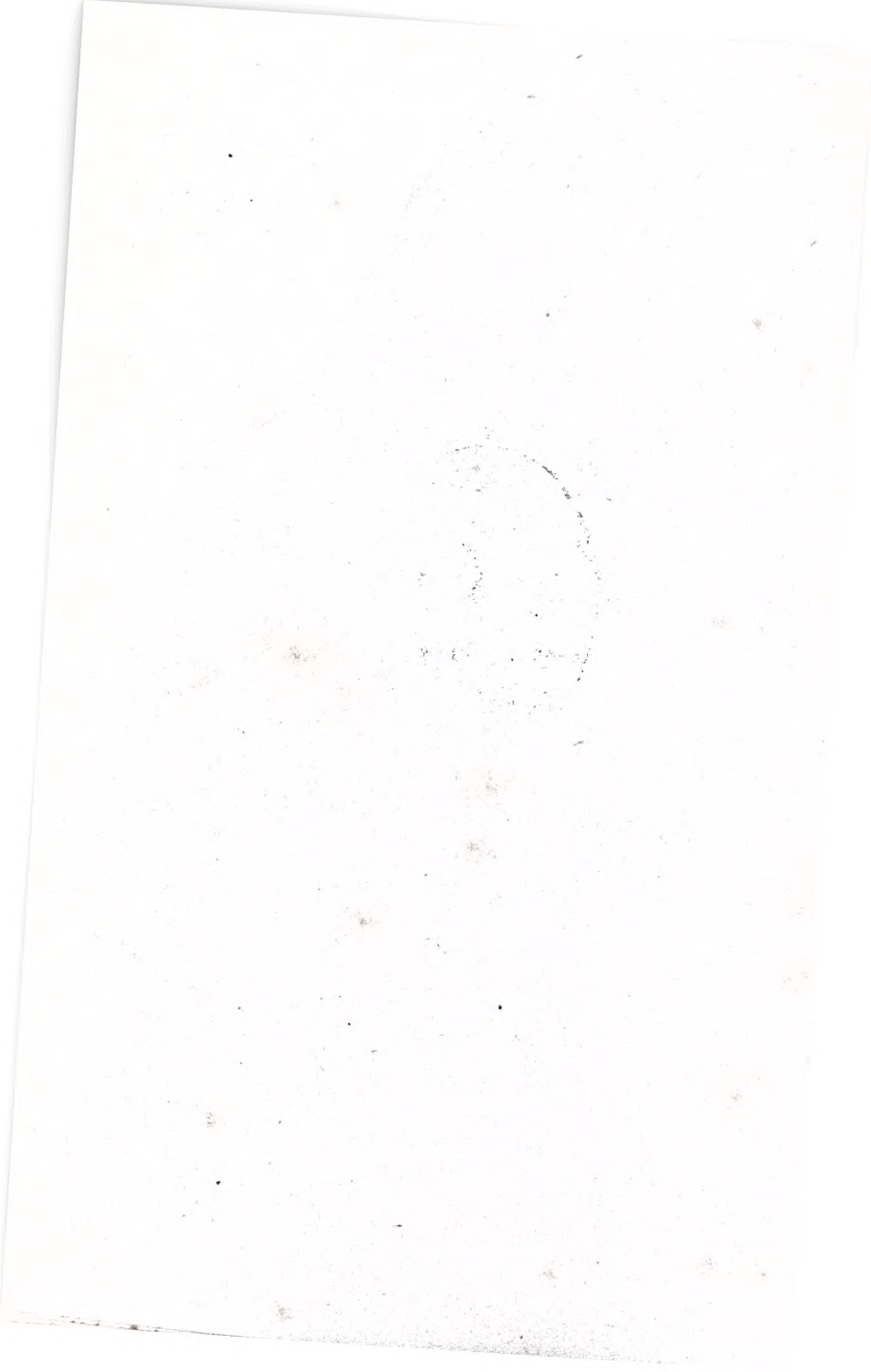
En el designado, los reos fueron puestos en capilla y al Doctor X, como uno de los defensores, tuvo ocasión de verle varias veces al lado de sus defendidos, en el curso de las 48 horas que permanecieron en ella.

Al mismo tiempo, tuvo ocasión de notar, que un individuo, al parecer italiano de nacionalidad, elevada estatura, pálido, de cabello rubio, escaso, de actitud recelosa y mirada investigadora, se dirigió una vez al penado Barbeta, con quien habló por breves momentos, retirándose después de cinco minutos, sonriendo, y sacando su reloj y observando después la hora para concluir por retirarse.

Preguntando el Doctor X, quien era aquel



Doctor Domingo González.



individuo se le dijo, que de relación del condenado y que era ya la tercera visita que le hacía.

No volvió a verle, aunque supo, que en la noche del primer día de Capilla y en la de ese día, que fué cuando le vió, había estado varias veces y con permanencia más larga, hablándole a Barbeta con bastante animación, aunque en voz baja y en un rincón de la Capilla, formado por un testero del altar y el muro izquierdo o fondo de la habitación.

Se le dijo además, por las personas que visitaban a los reos, que Barbeta, oía con suma atención las palabras del desconocido, a quien aquél estrechaba las manos con efusión, lo que para muchos no ofrecía extrañeza, pues el condenado, decía que era un viejo amigo suyo y de su familia, que se interesaba por él.

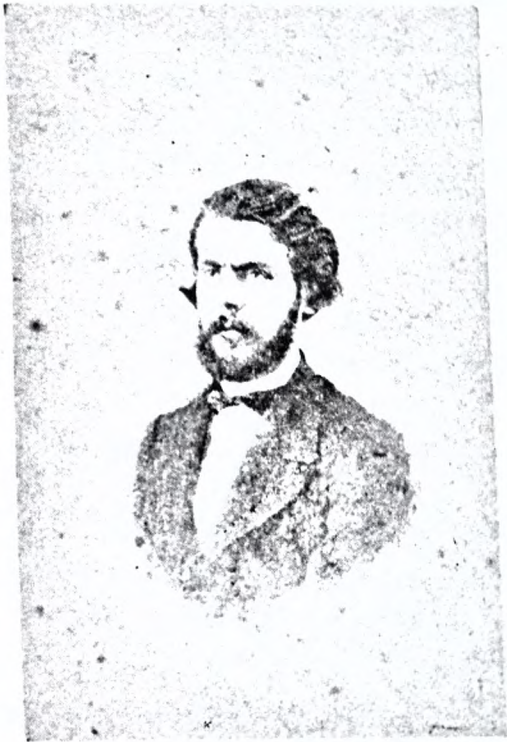
Esta especie, sin embargo, no llegaba a satisfacer la curiosidad de todos los concurrentes, empeñados más bien en encontrar ciertas afinidades por razón de nacionalidad y rumores circulantes, entre aquel individuo, Barbeta y el Cónsul Raffo, aunque sin explicarse a satisfacción, aquella extrema oficiosidad en la presencia frecuente del visitante.

Con estos antecedentes, de que carecía cuando vió por primera vez al desconocido habría deseado verle y observarle por segunda vez, por si tal conducta de su parte, hubiese podido sugerirle en esa ocasión, lo que no le sugirió en aquella, pero, ya dejo dicho, que no tuvo la suerte de encontrarse con él, sino una vez.

Sin embargo, el día de la ejecución, siendo más o menos las cinco y media de la mañana, el real o supuesto amigo del condenado, se presentó por última vez en la Capilla, sosteniendo un breve cambio de palabras con aquél, retratándose en el semblante del pobre viejo, una expresión de esperanza y alegría, que no podía traducirse en otro sentido.

Tan pronto, como salió el desconocido, Barbeta rebosando de satisfacción dijo: que tenía esperanzas de salvarse en último momento, fundado en que ninguna prueba pesaba sobre él y en que el Fiscal, no había pedido, sino diez años de prisión.

Esta confidencia, hecha a sus cómplices, cundió con rapidez, pero nadie le atribuyó importancia, y por el contrario, sirvió de base para suponer, que aquel oficioso desconocido le daba vanas esperanzas a Barbeta induciéndole más bien, a que se mantuviese



Dr. Joaquín Requena y García.

en sus negativas, luego que, el único que podía comprometerlo, y aun comprometer a Raffo, era José Obaraldo, y sabido es, que ese testigo acusador había desaparecido desde el momento del homicidio.

Y sobre este tema, siguieron los comentarios en la mañana de la ejecución y el mismo desgraciado Barbeta en su ofuscación y seducido por la grata esperanza de salvarse, contaba a todos las seguridades que se le habían dado, pero sin demostrar las garantías que ellas le ofrecían.

VIII

La ejecución y comentarios póstumos

Entretanto, la hora de la ejecución llegó y con ella, la de la expiación de Barbeta a la par de la de sus cómplices, quedando sumida en el misterio para siempre, la responsabilidad, que podía caber a Raffo, en el asesinato de la calle Olimar.

.....
.....

Habían pasado veinte y tantos días de aquella ejecución en la Plaza Treinta y Tres y todavía duraban los comentarios arriesga-

dos a que la muerte del médico Felice Angeli, había dado lugar.

El señor De Siani, redactor a la sazón del Diario «La Italia», había traducido al italiano la defensa del Doctor X, que sin formular en ella cargo alguno concreto con referencia al señor Raffo, pues ni podía ni se encontraba en el deber ni en la necesidad de hacerlo, sin una base, que el proceso no ofrecía, rozaba sin embargo la reputación de aquel Agente Consular, con sólo referirse a las declaraciones de los reos y esto era inevitable para la defensa.

Esta era puramente filosófica, pues los reos estaban convictos y confesos pero con toda esta circunstancia en nada contribuía a mejorar la condición del Cónsul Raffo, de encontrarse expuesto a los más comprometedores comentarios.

Pero no fué esto solo, sino que a tales comentarios, se agregaron otros acerca de la desaparición del autor principal del asesinato, José Obaraldo, suponiéndole asesinado por Lorenzo Dotta (a) Barbeta en la madrugada del día de su consumación, cuando pasó por la puerta de la Farmacia, ubicada en la calle 18 de Julio, frente a la capilla del Cordón.

Se les había visto pasar por la calle 18

de Julio y doblar por la de Tacuarembó, hacia el Sud, para regresar tres cuartos de hora después, el italiano Barbeta solo y con un poncho a la espalda por frente a la misma Botica o Farmacia, a que me he referido.

Y se atribuía este hecho, a una medida de precaución, luego que la vida de Barbeta, quedaba desde entonces, dependiendo de la voluntad de Obaraldo, y la opción preferente a la mayor parte de los 6000 pesos, precio del asesinato según lo afirmado por el mismo Barbeta, a estar a las declaraciones de Insua, Gaetano y Neto.

.....
La situación de Raffo durante el proceso y después de terminado éste, se hizo insoportable. A falta de prueba legal, la sociedad juzgaba por meras presunciones, más o menos vehementes, y semejante situación, cada día ofrecía fases distintas para dar en tierra con la reputación del que era objeto de tales murmuraciones.

El señor Raffo, se aisló por completo; nadie le veía, ni hacía diligencia para verlo, y con pruebas o sin ellas, la verdad es, que tal estado de cosas llegó a hacerse insostenible, no tardando en empezar a hablarse de que aquel señor se ausentaría muy pronto del país.

Para esto, De Siani, había remitido a Europa una copia de la Defensa del Doctor X, traducida al italiano, según he dicho anteriormente, no tardando en correr rumores en Montevideo, de que en Italia, la publicación de aquella defensa, había provocado juicios desfavorables al crédito y reputación del Cónsul Raffo.

No se limitaron a lo expuesto hasta entonces, los comentarios de que he hecho mención, sino que, con motivo del supuesto asesinato de Obaraldo, por su cómplice Barbata, empezó a circular la especie, de que no había tenido lugar tal asesinato.

Se agregó, que Obaraldo se encontraba ya lejos del país por haberse embarcado en un buque mercante que había salido para Génova, un mes antes, después de haber permanecido oculto en los sótanos de cierto edificio, de donde salió una noche para embarcarse disfrazado de marinero, llegando a designarse por su nombre al barbero que le había afeitado para mayor seguridad.

Todas estas versiones con la repetición, fueron perdiendo su valor y su interés, hasta caer en la indiferencia y en el olvido.

Por último, la despedida que le hizo la sociedad de Montevideo fué fría y no lo fué

menos la de Raffo, que no podía hacer frente con serenidad a la atmósfera que se le había formado a su alrededor.

A esta situación intolerable para una persona de su carácter, se agregó la circunstancia de que no había un día en que no recibiese uno o más anónimos alusivos al acontecimiento que ocupaba constantemente la atención pública, concluyendo por insultos y amenazas.

El hombre, sospechado, no era ya el mismo, que cuando se instaló en el Camino Millán hacía cincuenta y tantos años y se atrajo las miradas y simpatías de la sociedad de este país, halagada por las fiestas y saraos, con que aquel caballero galante, sin familia y casi un extraño, había sabido seducirla, proporcionándole, gratas y frecuentes horas de solaz en los elegantes salones de su comfortable mansión veraniega...

CAPÍTULO VI

¡Re... rela... relami... do!

De cómo, Amadeo T, soñando despierto con una quimera; durmiendo, vino a verla convertida en realidad.

I

¡En Viaje!...

Amadeo, allá en Marruecos, era un buen muchacho; de 25 años, estatura elevada, muy delgado y enjuto, peli-negro, de bellos ojos y de mejor mirar, lo que no es poco, cuando se está en la edad de andar listo, flechar corazones y realizar conquistas. Ostentaba negros y encrespados mostachos, que no siendo tan negros y encrespados, de seguro le habrían hecho mayor honor y prestado mejor servicio. Por último, su andar medido y calmoso, siempre contrarió a sus acompañantes, habiendo ejemplos, de que muchos de éstos, no pudiendo resignarse a ese paso, abandonaron el camino y la compañía y otros, se guardaron bien de hacerle competencia calculada en partida tan desigual.

Su familia, la componía el padre, tres hermanas mayores que éste, bastante bonitas, una tía vieja y el expresado joven. Todos ellos eran naturales de Málaga, aunque residieron algunos años en Tetuán.

La situación económica de esta excelente familia, no era ventajosa y muchas veces pensó en un viaje al Río de la Plata, con el objeto de probar fortuna. Don Pepe, que era el jefe de la familia, sabía utilizar el tiempo en una y otra cosa, pues no le faltaba habilidad y buena disposición para el trabajo; cosía regularmente, trenzaba mejor; entendía algo de pintura y de hacer calceta, y estas modestas habilidades, sin constituir oficio precisamente, hacían de él una especie de estuche o comodín, a quien en Málaga se le buscaba con afán y preferencia, como se le buscó después en Montevideo.

Sin embargo de esto, y de no faltarles también habilidades a sus hijas, pues cosían y sobre todo, bordaban admirablemente, éstas y su padre, como he dicho antes, pensaban con insistencia en venir a América.

Un hermano de Don Pepe, hombre de posición en Barcelona, había tenido ocasión de conocer en aquella ciudad a Don Félix Bujareo, del comercio de Montevideo, jefe de la

antigua familia que, con Doña Petrona Reboledo, y sus hijos políticos, Don Jaime, Don Agustín y Don José Cibils, vino a formar en la expresada ciudad y al andar de los años, figurando hasta nuestros días muchos de sus descendientes.

El conocimiento de Don Juan Plá, que así se llamaba el tío de Amadeo, y del mismo Don Pepe, con el señor Bujareo y la influencia de terceras personas, que quisieron favorecer al malagueño, vino a precipitar su viaje a estas regiones, embarcándose para ello con su familia en la barca « Plácida », propiedad del señor Bujareo, en 1853, llegando a esta capital a fines del mes de Diciembre o en los primeros días del año entrante.

II

Todo o Nada

Don Pepe, a su llegada a Montevideo, se instaló en una de las tres modestas casas bajas, sitas en la calle Solís, entre 25 de Mayo y Cerrito, las cuales, en el mes que trazaba estos renglones estaban demoliendo, según es notorio, para levantar un nuevo edificio como ya a la fecha se encuentra levantado.

Allí, no tardó en ser buscado para prestar servicios en el Teatro de San Felipe, propiedad entonces, del súbdito portugués, Don Juan Figueiras, por recomendación especial del señor Bujareo y del mismo Don Jaime Cibils.

Bien pronto el hombre empezó a recibir el favor de sus protectores, en cambio de su diligencia y buenos servicios que sabía prestar en el teatro y fuera de él.

Al andar del tiempo, dió por llamársele, Don Pepe el de la Cazuela, por lo que en ella intervenía durante las representaciones, así como en el cuidado y arreglo de los palcos, conduciendo las sillas de las familias que los ocupaban en cada función teatral; retirándolas después y conduciéndolas a las casas de su procedencia, al siguiente día.

Conocí a este buen hombre en aquella remota fecha y esto me recuerda la presencia de algunos artistas líricos, con quien tuvo aquél ocasión de estrechar relación, lo mismo que sus hijos.

El barítono Luisia, los tenores Rossi-Guerra y Joaquín Dordoni y el bajo bufo, José Olivieri, solían comer con la familia de Don Pepe y esto dió lugar, a que el joven Amadeo, estrechase relación con aquellos artistas

y especialmente con el tenor Rossi-Guerra.

De esta relación, surgió algo curioso, que no puedo resistir a la tentación de referirlo, seguro de que el lector, justificará y aplaudirá mi conducta.

A pesar de sus pocos años y experiencia, el joven Amadeo, tenía alta opinión de las cosas de la vida y jamás protestó de lo que en ella pasa, ni de lo desagradable que a él le ocurría como a uno de los tantos habitantes de la tierra.

Pero, si esto era cierto y además, no le había ocurrido reñir con la naturaleza, puesto que la admiraba y he dicho ya que jamás se quejó de su rigor, ni encontró pequeños sus favores; no por eso apreciaba todas las cosas del mismo modo, porque, no sólo sabía *distinguir*, sino que así en todos los casos, se mostraba dócil al prudente consejo del patán de la taberna de la « Verbena de la Paloma ».

El joven de que me ocupo nunca confundió los dones con que en general han sido favorecidos y siguen siéndolo hasta hoy mismo los seres humanos, con los que habían tocado en suerte a alguno de sus buenos amigos, de quienes llegó a tener envidia, por más ruín y pequeña que parezca semejante debilidad.

La voz humana fué siempre su ideal entre los preciosos dones de que puede ser favorecido el hombre, y así es que, si le conmovía fácilmente una buena voz de soprano, de mezzo soprano, de contralto, de barítono, de bajo cantante o de bajo profundo, la de tenor, no sólo le conmovía, sino que hasta le transportaba a regiones celestes.

Mas, para evitar erróneas inteligencias, debo advertir a tiempo, que cuando el joven se refería a tenores, ni siquiera pensaba en los que eran de *medio carácter*, llamados vulgarmente: *tenores ligeros*, o de gracia, nada de esto; pues siempre se refería a *tenores de fuerza*, con fácil disponibilidad del *do de pecho* o *do natural* y con todas las condiciones anexas a un cantante de escuela o sea de « primo cartello ». Quería que fueran todo, o nada.

III

Irresistible vocación

Estas ideas, alimentadas día a día y hora a hora por el joven, habían trascendido de tal modo, que no había uno solo de sus amigos que no las conociese y hasta las conocían muchos que no lo eran.

Esto dió lugar, a que algunos de éstos le manifestasen la sorpresa que les causaba tal entusiasmo por los tenores, a lo que él contestaba sin vacilar, que de seguro no lo extrañarían, si hubiesen tenido ocasión de oír a los cantantes que él oyó en cierta época, muy feliz para el canto y que aun hoy no ha podido olvidar.

— Cuando te oigo hablar así,—díjole cierto día uno de sus amigos — se me ocurre preguntarte lo que harías, si de la noche a la mañana te encontrases dotado de los medios vocales, con que contaban esos tenores a que te referes.

— Desde luego comprenderás,—contestó el interrogado con marcada expresión,— que no sería tan tonto para malograr una ocasión tan propicia para hacerme objeto de aplausos, de ovaciones delirantes y hasta de una fortuna tal vez y de un nombre.

Y tan espontánea fué esta manifestación, tan sincera y expresiva a la vez, que, sin ser Amadeo tenor, ni haber debutado en semejante carácter, fué aplaudido y ovacionado por su amigos con entusiastas manifestaciones, que se tradujeron en ruidosos aplausos y repetidos bravos.

Para esto, el joven no perdía función de

teatro, tratándose de ópera, pero se entiende que esto era, cuando tomaba parte el cuarteto principal de la compañía que estuviese en actuación, porque, cuando se trataba del segundo, quedábase tranquilamente en su casa, pues, ya sabe el lector, que el hombre no transigía en esto de cantantes de media fuerza (1).

No disponía de una hora de ocio sin tararear trozos de distintas operas, lamentando siempre, no tener voz para acometer algún trozo de « Hugunotes », de la « Hebrea » y hasta del mismo « Roberto », con aquel tradicional *do* de pecho, que tanto ha contribuído para hacer la reputación real o aparente de muchos cantantes.

IV

Cónsulo, título tenus

He dicho que Amadeo, tenía constante relación y roce de amistad con los artistas líricos, prefiriendo siempre a los tenores, cuyo talante, decir y andar copiaba al pie de la letra.

(1) Cuando esto ocurría, prefería irse a ver jugar a la pelota en la cancha de Cazenave, al Doctor Mezquita, a Don José Zubillaga y al joven Zaballa.

Se había acostumbrado a hablar Tiple para aproximar su voz a la de los tenores; fumaba de *la paja*, con cuyas emanaciones mareaba a todos los de su casa y además, tomaba rapé, que en los primeros días de su uso, le provocaba estornudos repetidos y con ellos, secreciones de nariz que él contenía con el uso de un gran pañuelo de seda de colores chillones, pendiente de uno de los extremos del bolsillo izquierdo de su paletó-levita.

Estas y otras cosas copiaba al pie de la letra y con tal constancia y fidelidad, que correspondiendo a cada año una temporada distinta de ópera y a cada una de éstas, la aparición de nuevos artistas, nuestro joven no ganaba para transformaciones y parecidos.

Además el indumento del joven Amadeo empezó a acentuarse gradualmente en sentido de los que usaban los cantantes de aquella época, incluso del mismo Rossi-Güerra... dejó crecer su cabello negro y ondeado hasta más abajo del cuello de su paletó-levita, con perjuicio, por supuesto, de la pieza de ropa, que poco a poco iba diseñando una aureola lustrosa; recortó su espeso bigote en lo largo y en lo ancho y por último, y por vía de complemento, estrechó hasta dos cen-

tímetros el ancho de su pera, haciéndola correr desde el labio inferior a la gola y quedando así convertido en una verdadera alimaña... en un desconocido para todo el mundo.

Conocía todas las óperas que se representaban en aquella época, como Hernani, Favorita, Hebreá, Lucrecia, Luisa Miller, Julieta y Romeo, Poliuto, Beatrice di Tenda y El Pirata; no sólo en la parte musical sino en la palabra y en la mímica, sobre la que, hacía sus ensayos a grandes trancos por el comedor, patios y azotea de su casa habitación de la calle de Solís.

Agréguese a esta marcada afición, una facilidad extraordinaria y una memoria feliz, sin contar el oído y afinación que ostentaba en sus ensayos líricos, y entretanto se tendrá idea completa de la situación violenta en que nuestro joven se encontraba colocado, por la negación casi absoluta de voz.

A los concurrentes habituales de la casa de Don Pepe, se agregaba el joven Don Ramón Irigoyen, entonado de Don Bernardo Besnes, Calígrafo distinguido, de quien fué discípulo aprovechado mi estimado amigo, Don Pablo Nin y González.

El joven Irigoyen había figurado con pa-

peles importantes en el Teatro de San Felipe, llegando en sus relaciones con los artistas Winter y Mr. Robert, a figurar en los cuadros vivos y pantomimas de gran aparato, que se exhibían por aquellos notables artistas.

Y tan entusiasta aficionado se mostró entonces, que jamás lo desmintió; conservó siempre afición a las intimidades y secretos del Teatro y hasta a sus mujeres, casándose como se casó diez años más tarde, con la soprano absoluta, Marieta Mollo, que formaba parte principal de la Compañía Lírica, de que era empresario el tenor Valarini (1) y hermana de Doña Antonia, profesora de canto, muy apreciada en esta capital y a la cual, conocí y traté personalmente.

V

Don Enrique Aubriot y Don Ramón Irigoyen

En 1876, trabajaba en Solís una compañía de la cual hacían parte la soprano dramática. Rosa Misorta, el barítono Mazzoli y el tenor José Toresi y cuatro años después, el empresario y director de orquesta, Don

(1) Este artista y empresario, fué el que fijó el tipo de 50 centésimos de la entrada general a la Opera, en vez de los 36 centésimos que era costumbre pagar.

Avelino Aguirre, se encontraba en el mismo teatro con una compañía de Zarzuela, compuesta de Matilde Franco de Soler, del tenor Miramon, del barítono Monti, del bajo Subirá y de la mezo-soprano Matilde Roca.

En esos años, teníamos a un joven compatriota y aficionado al canto, discípulo aventajado del barítono y maestro señor Bonetti, que hasta hace poco tiempo, lo era entre el elemento más distinguido de la ciudad de Londres.

Aquel aficionado, que no he nombrado, era Enrique Aubriot.

En las fechas respectivas de 1876 y 1880, Aubriot cantó con la Misorta y con Mazzoli la ópera de Verdi, «Un baile de Máscaras»; y con la Franco, Monti y Subirá, «El Anillo de Hierro», ambas obras con completo éxito.

Estos acontecimientos, que de tal modo favorecían al joven aficionado, que había logrado triunfar de las dificultades que se ofrecían para el desempeño de aquellas dos obras teatrales, y al cual, se hizo presentar Amadeo, vinieron a trastornar por completo el seso del joven, que no se conformaba con no poder imitar la conducta de su nuevo conocido.

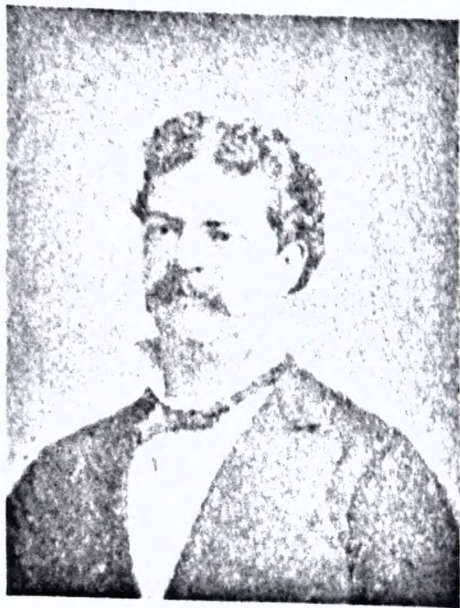
Aubriot, trató con toda benevolencia a Amadeo y llegó a estrechar relaciones con él, a dispensarle gran confianza y consideración, y hasta trató de hacer algunos ensayos para preparar su pequeña voz y que pudiera hacerse el gusto de cantar algunas romancitas fáciles. Lo cierto fué, que lo consiguió, aunque el casi afonismo de su voz, vino al fin a hacer perder los estribos al discípulo y al maestro.

Entretanto, la asidua puntualidad de los dos jóvenes aficionados, formó una liga entre ellos y una solidaridad tal, que en el Teatro y fuera de él, parecían ambos una sola persona.

Por otra parte, la repetición de los cuadros vivos en que intervenían Amadeo y Ramón Irigoyen, otro aficionado a las cosas de teatro, el primero de éstos, con tal fogueo, adquirió cada día más bríos y mayores entusiasmos.

En fin, la concurrencia de los jóvenes Irigoyen y Aubriot vino a favorecer los sueños dorados de Amadeo, quien llegó a ser su protegido en el teatro y su amigo inseparable fuera de él.

Al fin, y a propósito de esta intimidad, Amadeo no tardó en ponerse calzones de punto, casaquilla, rolete, cuello y gorro de



Enrique Aubriot.

terciopelo con plumas, en varias obras teatrales en que tomaba parte con su amigo y despertándose cada vez más, su afición a las cosas de teatro, pero con todo y por todo, Amadeo resultaba impotente para abordar el ideal con que soñaba, porque, si el título de tenor le venía bien, no le cuadraba lo demás del mismo modo.

VI

En Sueños

Rossini decía, que para cantar era necesario... voz... y otras cosas más, y como Amadeo no tenía aquélla, de poco o nada debían valerle las *otras cosas más* de Rossini.

Sin embargo, él no podía resignarse a reconocer que carecía de todas las condiciones prescritas por el célebre compositor, renunciando la gimnasia que le imponían las evoluciones escénicas, desde que se trataba nada menos que de la *mímica*.

No pudiendo hacer gala de la voz, quería tener el consuelo de hacer la de su acción y de su gallarda apostura.

Aquellas evoluciones se repetían noche a

noche y cada vez se observaban mayores esfuerzos en el flamante tenor para vencer las dificultades de su situación apremiante, cuando menos en las evoluciones y posturas arrogantes de un tenor bien intencionado, ya que nada podía hacer con su voz.

Entretanto las cosas se formalizaron de tal manera, que en una de esas noches el joven soñó que a propósito de encontrarse enfermo el tenor Rossi-Güerra, él se había ofrecido a hacer su parte en el « Trovador » siendo aceptado de plano su ofrecimiento por el empresario y ocupándose la prensa durante dos días de suceso de tal importancia.

No fueron pocos los trofeos destinados al gran tenor que valientemente apechugaba empresa tan peligrosa y que generosamente se había ofrecido a suplir la falta de su compañero de arte, luciendo una supuesta hermosísima voz, que hasta entonces había estado rodeada del mayor misterio.

Llegó al fin la noche de la representación y durante el día el debutante, no se ocupó sino de recibir visitas; el trayecto de una cuadra a su casa, era una verdadera romería y nada digo, cuando vestido de pantalón a cuadros, chaleco blanco, paletó-levita de

lanilla gris obscura y sombrero gacho gris claro, dejó su casa para dirigirse al teatro acompañado de varios amigos.

El hombre precavido, vale por dos, y... desde las tres de la tarde no hacía sino chupar pastillas ligeramente astringentes para que la voz no le fallase, por más que según he dicho, se creyese como se creía, poseedor de la más hermosa voz del mundo.

Nadie la conocía, pero Amadeo en su sueño seductor, pudo suponer lo que le dió la gana, como sucede en todos los sueños, sucediéndole otro tanto al empresario y al público en general.

Poco menos que enloquecido, al sólo pensar que iba a suplir al notable tenor de la época y al sentirse dueño de una voz tal vez superior en extensión y sonoridad a la de aquél, paseábase dormido por los patios y habitaciones de su casa, como lo hacía despierto horas antes, a propósito de la mímica; hacía la escala en *do mayor*, que es la más fácil, oyéndose antes y después *¡re... re la... re la mi... relami... do!*

Llegado al Teatro y ya en su camarín, sus amigos oían desde el escenario, los re-la... los re-la-mi... y los relami... dos del precavido cantante, y así las cosas, poco

tardó en presentarse en escena, con un teatro lleno y bajo los auspicios más favorables y mientras sus acompañantes corrían a la sala para ocupar sus respectivas localidades.

.....

Entretanto, 'estando Amadeo en su cuarto, entregado a su sueño, pues momentos antes y siendo las diez p. m. éste se había retirado de la agradable reunión, que esa noche había en su casa, con el objeto de descansar, las personas que la componían, sintieron de repente gritos desaforados en la habitación de Amadeo, confundidos con algunos trozos truncados de melodías, y las cuales, formaban un conjunto detestable.

Los miembros de la familia y los visitantes de la misma, se dirigieron apresuradamente al cuarto de donde partían los gritos, aunque los segundos lo hicieron con mayor recato, midiendo el paso hasta quedar un tanto rezagados a espalda de los padres y hermanos del joven.

Desde luego, se apercibieron que éste era presa de una furibunda pesadilla, luchando con dificultades invencibles, a objeto de emitir una nota de registro sobreagudo, que no podía emitir, pues parecía no tener salida por su garganta.

Amadeo se debatía tendido en su cama, tan pronto en una posición como en otra, siempre con igual precipitación y violencia, sus descarnadas piernas, con fundas que no llegaban a cubrir por completo su desnudez, se agitaban en el espacio y en confusión con las sábanas y colcha, sin hacer caso omiso de las almohadas que rodaban por el suelo, y todo esto, al compás de saltos de trampolín, el rostro congestionado y los ojos desmesuradamente abiertos, en medio de esfuerzos sobrehumanos, para producir así, como una nota musical, que no acababa de salir de su apretada garganta.

Este esfuerzo se repitió una y más veces con ímpetus tales, que amenazaban un estallido, hasta que... allá... y en medio de tal revoltijo de piernas flacas y trapos que volaban por los aires, dejóse oír un estertor prolongado, sin bastante sonoridad y sin perfecta definición.

Por último, sintióse un nuevo conato de nota musical un poco más clara... y después de una convulsión, salió un grito gutural, justo y comprimido como si saliese de una válvula de escape según podría ocurrir con un pequeño motor que descargase el vapor que contenía por exceso de presión o por no necesitarlo ya.

Después. . . el tenor. . . se despertó y pareció avergonzarse, pues su aposento había sido invadido por su familia, y el señor Preti Santi Petri, que en compañía de sus amigos Aubriot e Irigoyen, estaban de visita en su casa cuando él dormía y soñaba con su supuesto triunfo.

El público aplaudió con estrépito.

— Bravo! . . . bravo!

Irigoyen, que se encontraba próximo a la orquesta, preguntó si se trataba del *do de pecho*.

El Director contestó sin vacilar: no puedo responder, que se trate precisamente de un *do de pecho*, porque la nota ha resultado algo sospechosa, *falluta*; pero de lo que puedo responder, es de que se trata de un *do natural*, que al fin, viene a ser lo mismo, al menos, en el sentido de la expresión.

Los concurrentes más inmediatos, se apercibieron al fin, que Preti tenía razón y cayendo en cuenta de lo ocurrido en realidad, salieron de la habitación aceleradamente y en tropel, dejando al tenor la cancha libre y de par en par las puertas.

CAPÍTULO VII

Facsímil e Historia final de un Gobernante

De cómo a veces, cuesta menos dominar las alturas, que conservarse en ellas.

I

¡Perdono a Tutti!

La conducta generosa del General Máximo Santos después del *Quebracho*, le había reconciliado un tanto con la opinión pública y y hasta despertado ciertas simpatías en su favor.

Un «¡perdono a tutti!» como el de Carlos Quinto en la conjuración del tercer acto de «Hernani», tuvo favorable interpretación y acogida y esto alentó a Santos en los meses subsiguientes y último de su gobierno dictatorial para proceder con mayor mesura y regularidad, de las que había empleado hasta entonces.

Este proceder inesperado del gobernante, se consideró de excelente presagio para más

tarde y no faltaron manifestaciones, que así se lo hicieran comprender.

Sus amigos íntimos y allegados aseguraban, que al presente se encontraba, en la mejor disposición de ánimo y propósitos para cambiar de política, y por último que estaba dispuesto si fuera necesario, hasta llamar al Ministerio a algunos de los individuos más caracterizados de las fracciones disidentes de los dos partidos.

Se agregaba, que el General, desde antes de los acontecimientos que dieron lugar a la protesta armada que acababa de fracasar, se encontraba animado de los mejores deseos de buscar una fórmula que le aproximase a los hombres de la oposición y dispuesto a imponerse cualquier sacrificio, con tal de realizar su propósito.

Todas estas versiones, corriendo de boca en boca, habían preparado un ambiente de bienestar y esperanzas, que se dejaba traslucir en los centros políticos, sociales y en los del comercio, hasta traducirse en ciertos síntomas precursores de bienes, con que se había soñado inútilmente desde muchos años atrás, pero que no se creían de fácil, si no de muy difícil realización.

Así pasaron algunos meses como parece

que se pasan en el Limbo, esto es, sin pena ni gloria o en la condición excepcional de Quevedo, de «ni subir, ni bajar, ni estar quedo» y la cual no es preferible, ni es mejor que la situación compleja que en el Limbo, se condenan a los incautos que en él se alojan.

II

La Conciliación de 1886

Nadie, por lo general, tiene fe en los héroes por fuerza, porque piensan y con razón, que «lo que natura non da, Salamanca non presta», según este adagio de ocasión y consignado en un latín, de dudosa legitimidad y pureza.

Sin embargo, el General Santos, en lucha sostenida y cruenta con sus opositores y defendiendo a la vez la posición oficial que ocupaba, sorprendió gratamente al país después del balazo de Ortiz, con un llamado patriótico a los hombres de la oposición en ambos partidos y, cuando nadie lo esperaba ya, a pesar de lo que se venía anunciando.

En efecto, pidió al Doctor José P. Ramírez la redacción de las bases, que a su juicio y al de sus correligionarios y afiliados, podría arribarse a una conciliación.

Este paso, después de la actitud simpática adoptada con los prisioneros del Quebracho, meses antes y después de su triunfo, había atenuado la prevención que existía contra él y esta circunstancia contribuyó en mucho, a que la invitación del gobernante, fuese atendida de inmediato con fundadas esperanzas de realización.

El Doctor Ramírez y amigos, cuyos propósitos constituan la aspiración del país entero, se presentó al General Santos, en su casa particular de la calle 18 de Julio, mucho más pronto de lo que éste esperaba.

Introducido a su presencia, depositó en sus manos el pliego que contenía las bases pedidas, siendo invitado de inmediato a sentarse y a cambiar ideas sobre ellas.

El Doctor Ramírez, agradeció el primer ofrecimiento del General, pero ni aceptó el asiento que se le ofrecía, ni la invitación a discutir al menos por el momento, pues suponía y así se lo expresó, que él necesitaría pasar vista por ellas tranquilamente y con el tiempo necesario para meditar y formar juicio acabado hasta colocarse en condiciones de facilitar aquella discusión a que se le invitaba y hasta la más acertada solución.

Ante actitud tan resuelta, pues el Doctor

Ramírez, se encontraba en ese momento de pie y en actitud de abandonar la sala, pues ni siquiera hizo ademán de sentarse, ni de permanecer en aquélla; Santos se conformó y ambos se tendieron la mano, quedando Ramírez, según lo dijo, a la espera de la resolución que adoptase aquél.

III

De lo que precedió al beneficio teatral de una simpática artista

¿Qué pueden importar esos numerosos grupos de señoras y niñas prolijamente ataviadas y de porción de caballeros y de jóvenes dragones, que descienden a grandes pasos, la pronunciada pendiente de la calle Ituzaingó hacia el Norte?

¿Qué significa ese *coupé* relumbroso arrastrado por briosa pareja de caballos zainos y de no menos relumbrosos arreos, conducido por la mano amaestrada de auriga de librea y a quien acompaña un moreno de estatura gigantesca, que lleva el vestuario e insignia, de sargento 1.º?

¿A dónde se dirige ese carruaje, cuando desemboca en la plaza Constitución, siguiendo

la calle de Sarandí para tomar después la de Ituzaingó, sin detenerse, hasta llegar casi a la de Piedras?

Y por último, ¿cómo regresa ese carruaje minutos después, repechando con casi igual velocidad la misma pendiente por la cual se había deslizado momentos antes y apareciendo en sus portezuelas los mismos tules y las mismas flores de que hiciera gala en su carrera anterior?... ¿qué llevaba al descender y qué traía al repechar?.....

.....

Un cuarto de hora antes, yo, a mi vez, había bajado por la misma calle de Ituzaingó, hasta detenerme a la entrada del teatro Cíbils, cuyos escombros se encuentran hoy a la vista, desde la fecha, no muy remota, de su incendio, mientras que entonces su frente aparecía engalanado y de fiesta.

En la noche del 17 de Agosto de 1886, tenía lugar en este teatro el beneficio de la festejada primer soprano Eva Tetrzini, habiendo elegido ésta para su fiesta de honor, la hermosa ópera de Ponchieli « Gioconda », entonces en boga y además, prestigiada por la soberbia interpretación que la bella y genial artista hacía del papel de protagonista.

En efecto, por ese año se encontraba en

Montevideo y actuaba en el Teatro Cibils, la soprano Dramática, «Eva Tetrzini», que meses antes había debutado con bastante éxito, en el «Solís» y llegado el fin de la corta temporada en aquel Teatro, anunció su beneficio, que debía realizarse cantándose la «Gioconda» de Ponchielli.

Gran concurrencia asistió esa noche a la representación, pues a la demanda espontánea de localidades, iniciada por los aficionados y admiradores de la joven y simpática artista, mediaba la circunstancia, de que ésta había hecho un gran reparto de palcos, sillones de orquesta y galerías bajas y altas, lo cual aseguraba una sala lucida y llena de animación.

La función estaba, como de costumbre, anunciada para las ocho y media p. m. y un cuarto de hora antes me encontraba en el vestíbulo, hablando con el Doctor Carvalho Lerena, que se proponía oír su ópera favorita, según me lo dijo esa noche, después de habérmelo dicho otras muchas.

Faltaban apenas cinco minutos para la hora fijada en los carteles, cuando el Doctor Carvalho entró a ocupar su asiento como yo a ocupar el mío, con el cual contaba desde la víspera, en la ochava izquierda de

la platea; el teatro ofrecía un aspecto que parecía ser segura prenda de una noche de gratas emociones y en este sentido, y con las salvedades del caso, me prometía aprovechar la oportunidad que se me brindaba.

Para más completa satisfacción, me encontré con que a la derecha de mi asiento, se hallaba ya instalado el respetable y antiguo comerciante de esta plaza, mi particular amigo Don Bernardino Ayala y su distinguida señora, a quien no conocía personalmente en aquella fecha, pero a la cual tuve ya feliz ocasión de cumplimentar esa noche.

Entretanto, la concurrencia iba en aumento gradualmente y dadas las 8 y media, que era la hora señalada para empezar el espectáculo, la orquesta hizo oír los primeros compases de la obertura o preludio y el telón se descorrió en medio de la mayor satisfacción del numeroso público, que ya ocupaba el teatro, casi en la totalidad de sus localidades, pues no faltaban por ocuparse sino dos palcos de la derecha y una que otra butaca.

Pasadas las primeras escenas y despejado el escenario, solo el barítono quedó en él y todos nos preparamos para oír al artista en el interesante pasaje, tal vez el de más des-



Eva Tetrzini.

taque que señala el primer acto de esta ópera.

La abstracción en que se mantenía el público, esperando la escena que precede a la denuncia cobarde de Barnaba por la « Boca del León », no podía ser más completa, lejos de suponer que momentos después, la escena podría cambiar radicalmente a causa de un inesperado acontecimiento.

IV

¡Oh, Monumento! . . .

En efecto, a esta altura del primer acto de la bella partitura, se sintió en medio de los compases ruidosos de la escena culminante de Barnaba, así como un chasquido a nuestra espalda, pero al exterior del edificio, o sea en el vestibulo de entrada, parecido al que podría producir una o más tablas de poco espesor, que hubiesen caído de plano sobre el piso.

Al mismo tiempo, en las ochavas de la platea se producían dos remolinos o pequeños tumultos de espectadores, que ya sentados, se incorporaban bruscamente y abandonaban sus localidades con tendencia a alejarse y de otros, que abandonaban con precipitación los palcos y galerías. Y, apro-

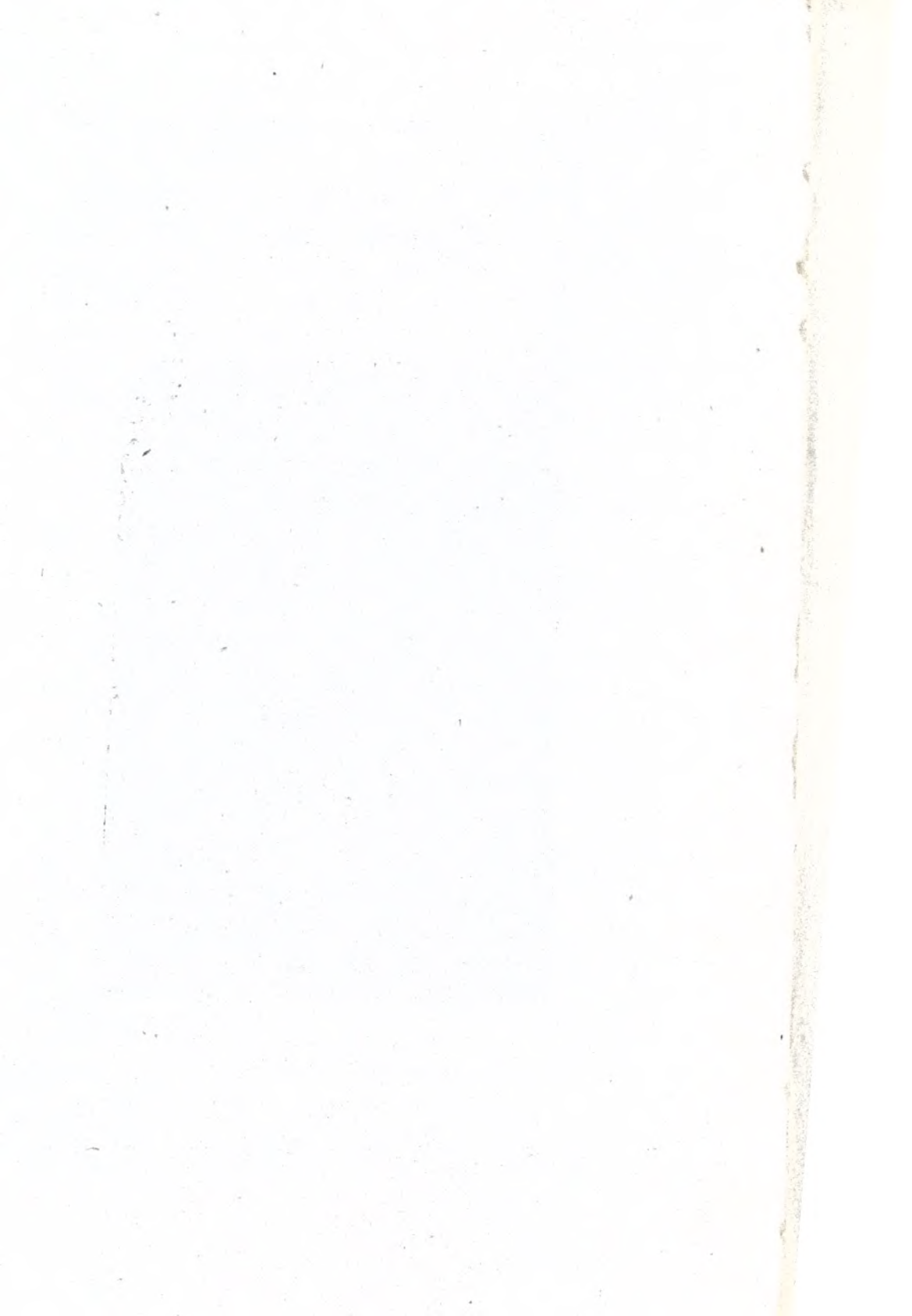
pósito, el señor Ayala me llamó la atención sobre Don Clodomiro Arteaga, quien indeciso y en compañía de dos de sus hijas y alguna otra persona de la familia, en menos de un minuto, entró con precipitación en un palco, para salir de él y tomar otro inmediato, concluyendo al fin por abandonarlo también y desaparecer por la galería del fondo.

La mitad de los concurrentes de la platea, se hallaban de pie y mirando hacia la entrada con marcada inquietud y los mismos artistas en escena al final de la cometida al barítono, poseídos también de cierta inquietud, bien que, más hija de la curiosidad que del temor a un peligro.

Sin embargo, el espectáculo seguía adelante y los concurrentes en su mayoría no prestaban atención, pero de pronto empezaron a levantarse y a salir de la sala con el propósito, al parecer, de averiguar lo que ocurría.

Entre estas personas, el joven hijo del señor Ayala hizo otro tanto, no tardando en regresar poseído de cierta emoción, para hacernos saber que un oficial del ejército había atentado contra la persona del General Santos, descerrajándole un tiro de revólver en





el momento que éste atravesaba el vestíbulo del Teatro; agregando que la bala, que se suponía explosiva, le había atravesado el rostro, entrando por entre los maxilares superior e inferior derechos y saliendo por el lado opuesto.

—¿Y el herido?— pregunté yo.

—Fué inmediatamente conducido al carruaje y a todo escape, hasta su casa habitación, cerca de la cual estará ya.

—¿Y el heridor?— agregué en seguida.

—Dicen que huyó. . .

—¿Que huyó? . . .

—Pero también dicen. . . que acababa de suicidarse después de consumado el hecho y de correr unas dos cuadras alrededor de esta misma manzana, seguido de cerca por el sargento al servicio del general, y que se encontraba en el pescante de su carruaje.

Quedamos profundamente impresionados con la noticia y sólo esperábamos que el acto de la ópera terminase, para adoptar la resolución que pudiera convenirnos.

Muchas familias, con estos datos y otros que se obtuvieron después, se retiraron del Teatro, pero la mayoría incluso nosotros, decidimos, aunque un tanto vacilantes, permanecer por el momento y en este estado

de indecisión, empezó y terminó el segundo acto de la ópera.

Después de esto, supusimos que no había ya motivo para abandonar el Teatro, cuando momentos antes de empezar el tercero y en medio de un profundo silencio y sorpresa general, se presentó un empleado en el escenario, haciéndonos saber, que por orden superior, se suspendía el espectáculo.

A un pozo cayó nuestro gozo y a media función y con cierta contrariedad abandonamos Cibils, cerca ya de las 11 de la noche, pudiendo notarse tranquilidad completa y el aspecto de siempre, en las calles de la ciudad.

Al compás de mis pasos y en dirección a mi casa, pensaba en el suceso ocurrido en el vestíbulo de Cibils, y decía para mi capote: ¿a qué responderá este atentado? ¿será la obra de un intento vulgar, o tendrá relación, más o menos directa, con la *política* de nuestra tierra? Con algunos nuevos detalles podremos, sin duda, formar más exacto juicio, esperemos, pues. . . ¡Un balazo en la cara! . . . ¡diablo! . . . casi puede asegurarse, que la puntería se hizo o quiso hacerse a la cabeza y. . . ya sabemos cuál sería el resultado de una bala explosiva. . . o no explosiva, que diese en el blanco!

Probablemente... la vida del General no peligrará... salvo cualquier complicación... pero, de cualquier modo, sucesos de esta especie, son siempre precursores de... otros tanto o más importantes...! mañana veremos más claro, Peraltal... y Peralta entró al fin en su casa después de este monólogo.

V

El Pacto de Conciliación

Al día siguiente se tenían en la prensa todos los detalles del acontecimiento de Cíbils, denuncia del nombre del heridor y circunstancias de su suicidio en la calle Treinta y Tres, veinte pasos hacia el Norte del taller de litografía y tipografía del «Libro Inglés».

Los motivos que se atribufan al Mayor Ortiz, que fué el agresor del General Santos, no dicen al objeto de mi narración y por consiguiente, prescindo de ellos, como prescindo de los detalles del hecho en sí, por igual motivo.

Menciono sencillamente este último, sólo para poder estudiar la influencia, que a mi juicio tuvo, en los importantes sucesos políticos que se sucedieron con grande precipitación, durante el corto período restante que

gobernó el General Santos, hasta que se hizo sustituir en el gobierno de la Nación por el Teniente General Don Máximo Tajés en Noviembre del mismo año de 1886.

Pero si me detendré a encomiar, la conducta observada por este militar en la noche del atentado, con motivo del suceso de que vengo ocupándome.

Cuando en el cuartel de la escolta presidencial, inmediata a la casa del General Santos, y cuyo terreno ocupa hoy el Teatro « Albéniz », se supo que aquél había sido herido en el Teatro Cibils, parece que se hicieron manifestaciones de hostilidad, que llegaron a ofrecer ciertos conatos que habrían podido llegar a extremos lamentables y comprometer la situación de los concurrentes al Teatro, o cuando menos perjudicar la de algunas personas, que figuraban entre ellos, con nota más o menos comprometida acerca del Gobernante.

Gracias a la oportuna intervención del General Tajés, pudo conjurarse aquel peligro, haciendo valer su poderosa influencia y ordenando desde el primer momento la suspensión del espectáculo, para por este medio hacer que aquellas personas se retiraran a sus casas lo más pronto posible.

No fué pues, poca imprudencia nuestro retardo en hacerlo, por sólo el propósito de no malograr la segunda parte de la representación.

Decía al principio de este Capítulo, que sucesos como el ocurrido en Cibils la noche del 17 de Agosto, generalmente son precursores de otros de tanta o mayor importancia.

Y no me equivocaba, porque la influencia que ejerció el atentado contra el General Santos, que a la sazón desempeñaba la Presidencia de la República, no pudo ser, ni más decisiva, ni más inmediata en los futuros destinos del país.

Quebrantada sin duda la fortaleza de su espíritu, herido en el rostro, que desde el día en que lo fué, mostraba a la vista de todos la prueba evidente de aquella afrenta, él, que hasta entonces había dado pruebas de su firmeza y de su valor, bastándose para hacer su voluntad en un ambiente que le era adverso, subordinó sus ideas y tal vez aquella voluntad, a las circunstancias y buscó en el seno de sus adversarios políticos, lo que le faltaba para combatir con éxito la adversidad.

Así, tan pronto como sus heridas cicatrizaron y transcurridos dos meses y medio, fué

que provocó, como se ha dicho, el llamado pacto de conciliación dirigiéndose para ello, al distinguido ciudadano Dr. D. José Pedro Ramírez, y en una segunda entrevista, tuvo lugar la discusión de las bases que, como es fácil comprender, tenía que ser, como fué, bastante laboriosa.

Al fin, se aprobaron y firmaron y el día 18 de Noviembre, se tiró un decreto nombrando Ministro de Gobierno al Doctor Ramírez, de Relaciones Exteriores al Doctor Juan C. Blanco y de Justicia y Cultos, al Dr. Aureliano Rodríguez Larreta, quedando así integrado el Ministerio de Santos, pues los Ministros de Hacienda y Guerra, señores Antonio María Márquez y General Pedro de León, debían continuar en los respectivos puestos que habían conservado hasta entonces.

Montevideo, o mejor dicho el país entero, después de la entronización del Coronel Latorre y actuación del General Santos (1875 a 1876), se entregó delirante, por primera vez, a toda clase de regocijos y en el nublado horizonte de la política de aquellos once años de sinsabores, surgió al fin, un rayo de luz y esperanza para el porvenir.



Ministerio de la conciliación.

VI

El Ministerio de la Conciliación

Habían transcurrido dos y medio meses y el Ministerio así titulado desde que se inició, había dado principio a su labor con marcado interés y empeño por parte del Presidente y cada uno de sus Ministros.

Los acuerdos de Gobierno, fueron muy laboriosos desde el primer día, por las exigencias e impacencias de unos y las resistencias explicables de otros, a quienes muchas veces, se les exigía más de lo que razonablemente podían dar en aquella difícil situación.

Todos los días hábiles se veían a los Ministros, dirigiéndose *a pie o en los tranvías* al palacio de Gobierno, haciendo práctica constante de este sistema, que bien podía responder a un exceso de modestia y economía, como a un cálculo o censura de los que se habían valido hasta entonces de carruajes lujosos, para recorrer cortos trayectos, que no requerían la imposición de semejante erogación al Estado, poco abundante de recursos en aquella época.

La impaciencia pública por saber lo que se hacía en favor del país, cuando hasta entonces poco se había hecho, era extraordinaria, pero los rumores que llegaban hasta él, desde las alturas, le hacían concebir esperanzas halagadoras.

Sin embargo, pasados unos días, se supo que el Presidente, aunque desde un principio, se manifestó lo más bien dispuesto en lo relativo a las medidas que se relacionaban con los Ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores y Justicia, en lo tocante a los de Hacienda y Guerra, parece, que no sucedía lo mismo.

Se decía, que ciertas resistencias del Presidente, eran provocadas por las impaciencias del Ministro de Relaciones Exteriores, a quien Santos con palabras dulces y hasta melosas, trataba de traer a la razón.

Sostenía para ello, que en situaciones difíciles como aquella en que se encontraban los tres Ministros y él mismo, no se podía hacer la luz en un día, agregando que al fin, todo había de hacerse, pero, que era necesario medir bien el paso, y por último, que no se podía sin peligro, cambiar bruscamente las situaciones, por más que, la necesidad de hacerlo, saltase a los ojos.

En un constante *tira y afloja* pasaron los días y semanas, aunque, con esto y todo, se adoptaron una porción de medidas, que causaron grata impresión y parecieron ser seguro augurio de otras mejores.

Y así pasaron algunas semanas.

Sin embargo, esta lucha diaria, a que el General Santos no estaba acostumbrado, la situación anómala en que lo había colocado la crisis económica del país y el acontecimiento lamentable del 17 de Agosto, agotaron sus esfuerzos, que si llegaron hasta aquella fecha, se debía a la complacencia que le produjo el verse, una vez por todas, aclamado y vivado por el pueblo en medio de las expansiones a que éste se entregó el día que se proclamó el pacto de conciliación.

Pero, al fin, la realidad de las cosas, pudo más en su ánimo y la decepción y el cansancio hizo el resto, concluyendo por renunciar como renunció a su alto puesto y proyectar un viaje a Europa, buscando descanso a sus fatigas, durante los once años, que reemplazó en el poder al Coronel Latorre.

La noticia, cundió como un rayo repercutiendo por todo el país, con el agregado, de que el General Don Máximo Tajés, lo sustituiría por los tres años, que restaban para cum-

plir los cuatro, porque él había sido nombrado ese año, es decir: hasta el 1.º de Marzo de 1890.

De manera que, así quebrantada su moral y quizá, sus energías por tales causas, y amargado para complemento por los primeros síntomas de una afección cardiaca, *deficiencia mitral*, que como es notorio, bien pronto precipitó su fin, su actuación al frente del gobierno, duró corto tiempo, hasta abandonar el poder y el país para trasladarse a Europa.

Han transcurrido desde entonces treinta y seis años y aun me parece ver desde el balcón de mi casa en la calle Ituzaingó y a hora avanzada de la tarde, pasar al ex-gobernante por la esquina de la Catedral hacia el Norte y en dirección al embarcadero, acompañado de un séquito de amigos y de la escolta presidencial, a título sin duda, de un último honor tributado en su país, así como el relumbrar de las hojas y medias lunas de sus lanzas, bajo los últimos rayos del sol de esa tarde inolvidable.

VII

Nuevo Ministerio

El General Tajés, constituyó su Ministerio



General Máximo Tajés.



con las mismas personas que componían el de su antecesor y en sus primeros pasos, las mismas exigencias y apremios que se le formulaban a Santos, se le formularon a él por algunos de los ministros.

El Presidente, con calma y prudencia respondía a tales exigencias, observando, que toda precipitación, podía dar lugar, a que en cualquier momento, *la tierra pudiera faltarles bajo los pies*, perdiéndose entonces todo y así siguieron las cosas, hasta Noviembre de 1886, en que el Ministerio presentó renuncia colectiva, dando lugar desde el 24 del mismo a los Doctores Julio Herrera y Obes, Domingo Mendilaharsu y Duvimioso Terra, quienes con Don Antonio M. Marques y General de León, formaron definitivamente el Ministerio llamado todavía de Conciliación, pero que dejó de serlo desde entonces con la banderita al tope del Ministro de Gobierno y rehabilitación de los Generales, Casimiro García, Valentín Martínez y Santos Arribio, que hasta entonces y a causa del motín del Coronel Latorre, que decidió la caída del Presidente Ellauri, habían sido relegados a un completo olvido y aislamiento.

Si ardua y laboriosa fué la actuación del Ministerio de los Doctores Ramírez, Blan-

co y Larreta, con los Presidentes Santos y Tajés, más lo fué el segundo Ministerio de Conciliación compuesto de Herrera, Mendilaharsu y Terra, porque, según he insinuado ya, la acción principal del Ministro Herrera, dejaba traslucir tendencias partidarias bien marcadas, que no se avenían con las aspiraciones del país en la situación política porque aquél atravesaba.

Sin embargo, el General Tajés, con el golpe dado al 5.º de Cazadores, pudo al fin afianzarse en el poder y desarrollar el plan que desarrolló durante su administración hasta el 1.º de Marzo de 1890, en que entregó a su vez el mando a su Ministro de Gobierno, Doctor Don Julio Herrera y Obes, designado para ejercerlo por la Honorable Asamblea General.

VIII

Apropósito del regreso de Santos

Durante los dos primeros años de la administración del General Tajés, el ex-presidente Santos paseaba en Europa, con residencia preferente en París en compañía de algunos de sus amigos hasta que realizó su regreso, no a Montevideo, pues sabía que esto no era

posible después de la visita del General Tajés al Cuartel de la Plaza de Artola y de la actitud, que a continuación de aquélla, adoptó para con Santos.

El propósito de éste fué desembarcar en Montevideo, pero advertido de que no podía hacerlo por resolución superior, decidió instalarse en Buenos Aires.

Este nuevo golpe le afectó profundamente, su enfermedad se agravó un tanto más, y su familia y algunos amigos se trasladaron a la otra orilla para hacerle compañía.

Ante la conducta observada por su segundo, General Tajés, en la actuación y con el consejo de su Ministro de Gobierno, Doctor Julio Herrera y Obes, ya no le quedó esperanza de reacción y se persuadió, de que su influencia política en el Uruguay, había concluído.

El destino de Santos en este particular, resultaba ser el mismo, al menos por el momento, que el del Coronel Latorre: no poder habitar en su país por voluntad arbitraria de un grupo de correligionarios y esto sin forma de juicio, ni sentencia legal.

Los primeros días de su residencia en la ciudad vecina, fueron de verdadera expansión, pues no le faltaban relaciones en ella,

que tenían conocimiento de su próximo regreso; de las dificultades que le esperaban en Montevideo para poder desembarcar y de la necesidad de refugiarse en aquella capital.

A muchos de sus amigos encontró en ella, rindiéndole homenaje, como en sus buenos tiempos, se lo rindieron diariamente, encontrando también a personas desafectas, por causas más o menos justificadas, cuya conducta fué muy distinta.

.....
Una tarde departía Santos en cierto establecimiento público, con varios de aquellos amigos, entre los cuales figuraban dos militares argentinos.

El Dr. J. M. C., hacía días que se encontraba de paseo en la Capital Argentina y descendía con dos parientes del piso principal del edificio al piso bajo, en que se encontraba el grupo de que hacía parte Santos y al cual saludó cortésmente, al pasar.

Pero, advertido por uno de su parientes, que en aquel grupo se encontraba el General Santos, el Dr. C. se detuvo de pronto expresando su contrariedad y, no obstante las reflexiones que sus parientes le hicieron, retrocedió unos pasos y enfrentándose al grupo de personas a quienes acababa de saludar,

dijo en tono alterado y casi agresivo: «re-
cién me apercibo, que entre las personas que
acabo de saludar, se encuentra el Señor. . .
—y designó con un ademán altamente ofen-
sivo al general,—y quiero manifestar, que
si lo hubiese sabido entonces, no lo habría
hecho», (textual).

El General a su vez avanzó hacia el Dr. C.
y en tono de protesta, amenazó a éste con
que le enviaría sus padrinos si no le daba
una satisfacción de la ofensa que acababa de
inferirle, a lo que C. contestó: que el día que
levantese los cargos que se formulaban con-
tra él, ese mismo día estaba a su disposición;
y después de estas palabras y arrastrado por
sus acompañantes, descendió la escalera.

Así terminó esta violenta y desagradable
escena, que no tuvo consecuencias en aquel
momento por la interposición de las perso-
nas, en cuya presencia se produjo.

IX

Vindicación de una ofensa

Apropósito de la residencia corta y ac-
cidental del ex-gobernante en Buenos Ai-
res y de su actuación en el cultivo de las

relaciones sociales, que mantuvo durante aquélla, no he podido prescindir de hacer mérito del incidente personal que dejo relatado, pero no sería lógico conmigo mismo, si no explicase a qué causa o causas se debía la actitud violenta del Dr. C. en aquel incidente, no obstante la amabilidad y cultura que lo distinguió siempre en el trato de gentes.

Durante uno de los tantos rumores que corrieron en Montevideo, durante la dominación del General Santos, sobre alteración del orden público, entre el nombre de varios jefes nacionalistas, sonó el del finado coronel Pampillón.

Sindicado éste por tal motivo, vióse obligado a ocultarse, pero como esto le ocasionaba una situación difícil de sostener por mucho tiempo, sus amigos buscaron los buenos oficios de una persona respetable del partido colorado, para que, apersonándose al General, obtuviese de él la promesa de que Pampillón podía regresar a su establecimiento de campo, seguro de que no sería molestado y mucho menos sometido a prisión u otra medida que pudiera perjudicarle, luego que protestaba bajo palabra de honor, no tener participación directa ni indirecta en el movimiento subversivo expresado.

El Dr. C., aunque haciéndose cierta violencia, pues no conocía personalmente al General Santos, se prestó a tomar intervención en el asunto, y obedeciendo sólo al deseo de hacer este servicio a Pampillón, no obstante ser su adversario político y a las personas que se lo pidieron, horas después se presentó en la casa particular del General.

El Coronel Belén, a quien conocía, lo recibió amablemente en el vestíbulo de entrada, anunciando su visita.

Inmediatamente después, y con semblante placentero lo condujo al escritorio de Santos, cuya puerta se abrió como por resorte, apareciendo éste en el umbral, sonriente y tendiendo la mano al visitante, que quedó con tal actitud gratamente sorprendido.

La entrevista en su principio, no pudo ser más cordial, pues Santos le dió la seguridad de que Pampillón no sería molestado y que podía desde ya ausentarse para su estancia, previa presentación al Estado Mayor General.

Esta última restricción lo preocupó un tanto a C. y tal vez hizo de ella demasiado argumento en el momento de despedirse, llegando hasta pedirle a Santos una reitera-

ción de la palabra empeñada en favor de Pampillón.

Para esto, Santos le había pedido por dos veces el domicilio de aquel jefe, y C. se había excusado diciendo, que lo ignoraba, pero que, aun cuando lo supiera, no creía lícito decírselo.

De manera que, agregando a esto las desconfianzas que envolvieron las últimas palabras, solicitando del Presidente una ratificación verbal de su promesa, hizo que éste cambiase de pronto el gesto y tono levantando la voz y accionando con brusquedad y violencia.

El Dr. C., pretendió disculpar su actitud, por lo delicado de su misión y otros motivos y no fué oído, conduciéndolo Santos hasta la puerta de salida de su escritorio, que da al zaguán y calificándole de audaz por dudar de la palabra del Presidente de la República.

Poco menos que en un segundo, el Dr. C, traspuso el umbral de la puerta, que se cerró tras él con estrépito.

Belén, que comprendió al vuelo, que el que había entrado en gracia de su señor, salía de aquella manera ignominiosa, nada menos que expulsado, puso a su vez cara

fea y con un *salga pronto*, echó mano al mango de la espada, como si intentara dar mayor expresión y fuerza a su voz de mando.

C. anduvo listo para ganar la vereda, en presencia de las amabilidades de Belén.

VIII

De paso, juzguemos con imparcialidad

Durante la permanencia de Santos en Buenos Aires, jamás se entrevistó con Latorre, por más que los acontecimientos y alternativas de la vida, les hubiese colocado en idéntica condición, ni por más que una común desgracia, suele influir en sentido de reconciliar a los más acérrimos enemigos.

Conociendo el temperamento de uno y de otro de estos hombres, cualquiera comprendería, que si el primero no era susceptible de perdonar ofensas, el segundo, por el contrario, era capaz cuando menos, de un acto generoso como paréntesis a sus rigores del momento.

Nadie ha olvidado, que después de su triunfo en el Quebracho y prisioneros muchos de sus enemigos políticos, de quienes pudo vengarse, decretó de plano y sin vacilaciones,

no obstante la expectativa de sus adeptos, la libertad incondicional de todos, sin excepción.

Además, me consta por referencia de persona de verdad, que durante su administración, por falsas denuncias y espíritu partidario, se trató de provocar la destitución de un empleado meritorio de Aduana, y entonces otro empleado subalterno del anterior y de la opuesta filiación partidaria, se apersonó al Presidente Santos, a quien le merecía aprecio y consideración por ser un hombre decente y de verdad.

Fué recibido afectuosamente e interrogado en sentido de qué significaba su presencia allí, le dijo: efectivamente, nunca he venido a tu casa desde que eres gobernante, pero ahora lo hago para evitar que se consume una injusticia con un empleado ejemplar, aunque es nuestro adversario político.

—¿De qué se trata?— observó Santos.

—Sencillamente, replicó, de evitar una iniquidad, una injusticia, según he dicho antes... Y en seguida hizo el elogio de las condiciones relevantes del empleado y la censura de las maquinaciones en juego para hacerlo saltar del puesto.

—Pues bien, creo cuanto me dices y apro-

pósito, trata de ver a Gradín y dile que me vea inmediatamente.

Media hora después Gradín conferenciaba con el Presidente, y al empleado en peligro de perder su empleo, no solo se le mantuvo en su puesto, sino que en la primera vacante que ocurrió, fué ascendido.

Y por último, y apropósito del mismo incidente que he relatado en la sección anterior de este capítulo, cuando aún no había terminado de bajar los últimos peldaños de la escalera en que aquel incidente había tenido lugar, Santos con toda lealtad reconocía, que su actitud en su casa con aquel ciudadano, apropósito del asunto que lo llevó a ella, no fué regular y que aquel señor tuvo motivo fundado para resentirse. Agregó además, que a esta convicción responde el hecho de haber contestado a su saludo, con el mayor respeto y consideración, y que de seguro, antes de lo que acababa de suceder, habría aprovechado cualquier oportunidad que se le hubiese presentado, para darle la más completa satisfacción.

Las personas que lo acompañaban, entre ellas el General Bosch, tuvieron ocasión de ofrecer testimonio de todo el disgusto que le

produjo este incidente, y hasta de los elogios que Santos prodigó al Doctor C., a raíz de la ofensa que éste le había inferido, declarándole indigno de su saludo y de cambiar una bala con él en el terreno del honor.

XI

La enfermedad y muerte del General Santos

La condición de éste en Buenos Aires, continuó siendo la misma durante el año 1887, llena de contrariedades, que su familia, contribuía a dulcificar con su presencia y sus cuidados, aunque la enfermedad ganase camino.

Se trataba de una afección muy adelantada y en los últimos meses de aquel año, se acentuó de tal manera, que empezó a ofrecer serios temores de un desenlace fatal.

Se habían consultado a los mejores médicos de la capital bonaerense, sin resultado satisfactorio y cada día que pasaba, ofrecía a la familia, menos probabilidades de vencerla.

Por último, el estado del enfermo se agravó de una manera alarmante y tanto, que se

creyó que todo terminaría en cualquier momento.

Sin embargo, la naturaleza del enfermo resistió aun durante la noche en que más se agravó, y a pesar de la intensidad del mal.

El enfermo se encontraba rodeado de varias personas de su familia y de dos jefes militares, siendo uno de ellos el General Amuedo, quien trataba de darle ánimo.

— *¡Valor!... ¡valor compañero!*, le dijo en aquellos momentos de angustiosa tribulación.

El paciente le miró con tristeza.

— *¡Valor... — murmuró — valor no me falta... pero es... que no puedo más (1) —* y dejó caer su cabeza sobre el pecho, casi desfallecido.

Y tenía razón, porque... una y media hora después, había muerto, por asfixia.

Este suceso, tuvo gran resonancia en Buenos Aires por las vinculaciones que ligaban al finado con muchas personas de las clases civil y militar, y que concurrieron al domicilio de la calle Centro América, a presentar sus condolencias a la familia.

En Montevideo sucedía otro tanto, aun con

(1) Textual.

mayor motivo y por lo que tal acontecimiento debía influir, en el desarrollo futuro de la política del país.

La prensa uruguaya, sin distinción de colores políticos, fué relativamente parca en apreciaciones sobre la actuación del General Santos, durante sus once años de gobernante.

El poderoso de ayer, había pagado su tributo a la naturaleza; la apreciación de sus actos, buenos o malos, correspondía a la Historia, y bien cuerda fué la benignidad de las apreciaciones de sus contemporáneos, porque... al fin, no sabíamos entonces, si con el andar del tiempo, no tendríamos que ver cosas, que sin consistir precisamente en los males de aquella época, con todo, *harían temblar as pedras!!* en la presente.

XII

Su sepelio

Una vez producido el fallecimiento, el hecho fué comunicado por telegrama a Montevideo y además, la familia se dirigió al Gobierno, con el propósito de combinar con el Estado Mayor General, los honores que debían de-

cretarse a aquel militar, en su categoría de Capitán General de la Nación.

Acordado todo esto y designado el día, en que debía verificarse aquel acto en Montevideo, el cadáver fué instalado a bordo de un vapor de la carrera, trasladado al puerto de su destino y de allí; a la casa particular del finado, sita en la calle 18 de Julio, que hoy ocupa la Jefatura de Policía de la Capital.

Más tarde, a las 10 1/2 a. m., tuvo lugar el entierro con gran pompa, asistiendo el Presidente de la República y algunos de sus ministros, Cuerpo Diplomático, altos funcionarios públicos, varios cuerpos del ejército de la capital y numeroso pueblo.

En el segundo cuerpo del Cementerio Central y en el modesto panteón de don Joaquín Santos, ubicado en el ángulo inferior, Sud-Oeste, fueron depositados sus restos mortales y en donde, según tengo entendido, aún reposan.

Toda la vida de actividad de este hombre, reducida a un período relativamente limitado, fué fecundo a no dudarlo, en hechos que tuvieron su época y su resonancia, que la historia juzgará.

.....

Sin embargo, es justo que recuerde en este

momento, ya que no lo hice cuando me ocupé de ciertos rasgos de nobleza y generosidad del finado gobernante, a propósito de la patriótica iniciativa de la construcción de las Escuelas « Normal » y de « Artes y Oficios » que desde entonces hasta hoy funcionan en esos dos vastos y hermosos edificios de la calle Colonia y Cuareim y parte Sud de la ciudad, inmediato a la Playa Ramírez.

Muchos jóvenes de ambos sexos, nacionales y extranjeros, han recibido educación en esos establecimientos de enseñanza y hasta constituir una carrera, con que hoy proveen a sus necesidades y a las de sus familias. . .

Su muerte prematura, tratándose de un hombre joven aún, fué tal vez consecuencia de dos acontecimientos imprevistos, porque, antes de producirse su deceso, el General Santos ya había muerto, civil y políticamente, por el atentado de Ortiz en el Teatro Cíbils y la actitud del Presidente Tajés, en el Cuartel de la Plaza de Artola.

CAPÍTULO VIII

Resumen

De cómo el final de un siglo y los principios de otro, pueden seguir parejos y hasta superar el segundo al primero, a título de « buenas obras ».

I

Para empezar

El gobierno *directriz* del Doctor Julio Herrera y Obes, empezó el 1.º de Marzo de 1890, después de un *introito* de « banderitas al tope », cuando fué Ministro del Presidente Tajés, y concluyó el 21 de Marzo de 1894, no sin antes crear los Tribunales Militares y dar colocación a varios jefes superiores con el grado de Generales, con humanos propósitos, para ellos y para él mismo.

Como es sabido, el de don Juan Idiarte Borda, concluyó el 25 de Agosto de 1897 y el 28 de Febrero de 1903, el del ciudadano don Juan Lindolfo Cuestas.

En el período que abrazan los 13 años,

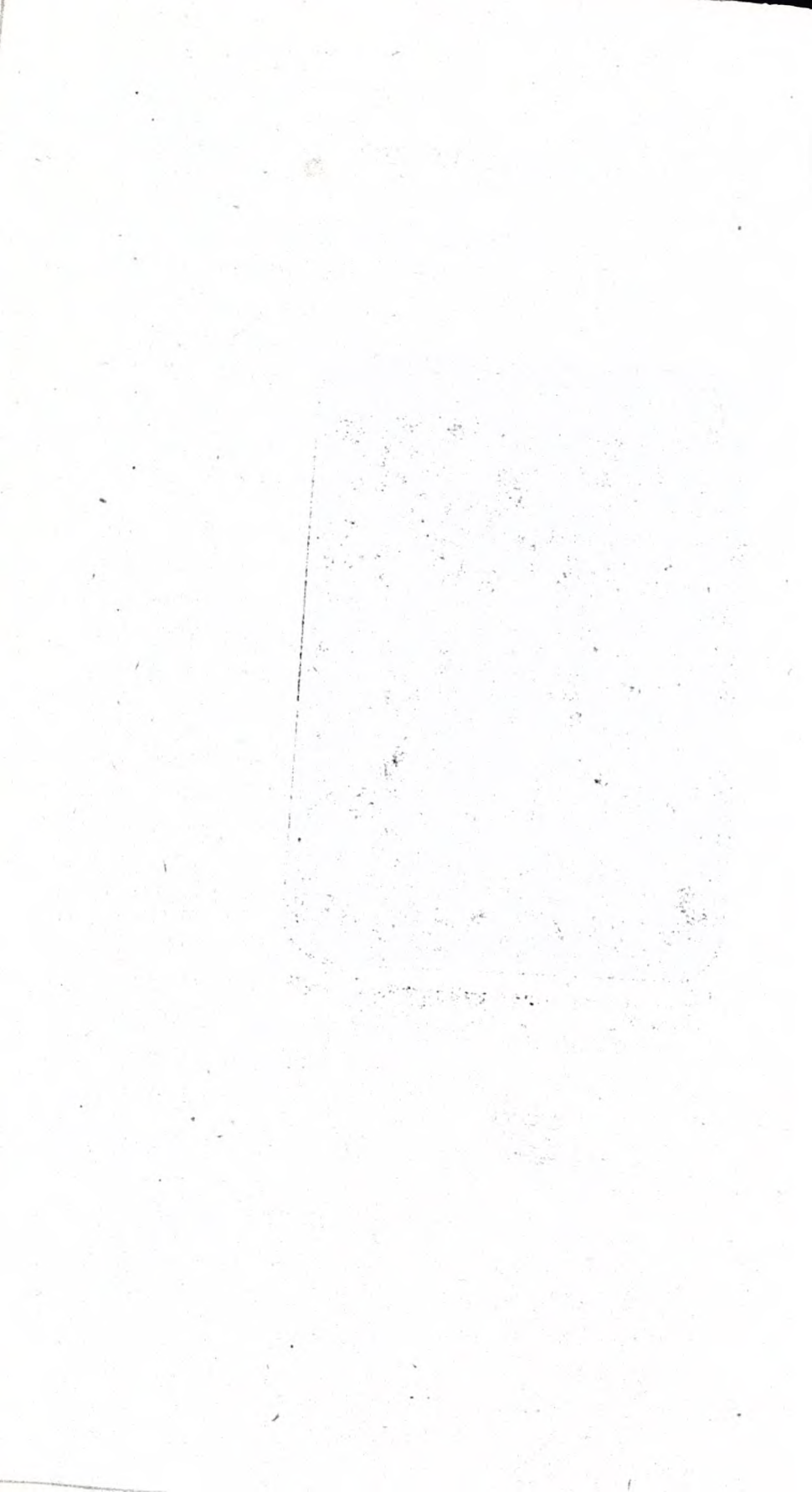
que suman estas tres administraciones y sus fracasos, que no faltaron, en época tan difícil, no dejaron, sin embargo de destacarse; la primera, por la reducción del interés de la deuda pública al tipo de 3.50 %; la segunda, por la célebre sesión de los 21 días, en la cual lucharon heroicamente y lucieron sus condiciones estratégicas, el Presidente cesante y el que debía subrogarle en el mando y la tercera, en fin, por el encarrilamiento de la *locomotora* del Estado, que según don Juan L. Cuestas, llegó a encontrarse fuera de rieles y que él *encarriló*, reparando así los desquicios que habían dejado tras sí las pasadas épocas.

Así como fuera de su *cappo lavoro*, el doctor Herrera pretendió verse sustituido en el Gobierno por el ciudadano Don Alejandro Chucarro (hijo), que en cuanto a *carácter* jamás rompió lanzas con persona alguna, Borda en lo tocante a su actuación presidencial, fué con razón o sin ella, constantemente atacado por la prensa, hasta el mismo día de su muerte (1), y en cuanto a Cuestas, si lo fué también, especialmente por los

Véase el artículo editorial de *La Razón* del 25 de Agosto de 1897.



Juan L. Cuestas



«herreristas», razón tuvieron éstos, porque si *su caudillo*, trató en la célebre elección de los 21 días, de hacerse reemplazar, como dejó dicho por el modesto y pacífico ciudadano Don Alejandro Chucarro, *sin conseguirlo*, gracias a la habilidad estratégica de Borda, tampoco consiguió *bolear* a Don Juan Lindolfo, pretendiendo como pretendió, celebrar otra sesión como la de los 21 días, para nombrar sustituto al Presidente Borda, siendo así, que entonces, por prescripción constitucional y precedentes confirmatorios de esa prescripción, era el Presidente del Senado el que debía hacerse cargo del mando sin más trámite ni formalidad, que el de haberse producido el deceso, de aquel que lo ejercía.

Después del motín militar del 10 de Enero, que dió en tierra con el Gobierno del Doctor Don José Ellauri, quien no hizo más diligencia que la que hizo don Juan Francisco Giró, para reemplazarlo veinte y dos años antes, en que fué víctima de un atentado semejante; con lo que queda consignado en los capítulos precedentes; creo haber dicho lo bastante para dar una idea de muchos de los episodios que se produjeron desde el año 1852, hasta el resto del siglo XIX y más los dos años siguientes: 1901 y 1902.

II

Para Concluir

Hay que convenir en que la sucesión de aquellas últimas administraciones, en algo contribuyeron a modificar el ambiente, turbio que se había condensado alrededor de las aspiraciones más legítimas del país; pero como la esperanza es el último recurso de que el hombre se desprende, la candidatura del ciudadano Don José Batlle y Ordóñez, prestigiada por su actitud en todos los casos en que se trató del ejercicio de sus derechos políticos, aparte de ciertas condiciones de carácter que le distinguían, vino a constituir aquella esperanza.

Las gestiones personales de este ciudadano, acerca de su elección como aspirante a la Presidencia de la República, fueron perfectamente correctas, como fué al fin su propia elección, y aunque no faltaron muchos, de sus correligionarios, que no esperaban nada del aspirante, muchos otros, incluso algunos de sus mismos adversarios, justo es decirlo, pensaban todo lo contrario.

Producido su triunfo, está en el recuerdo de todos, que al nuevo gobernante, apenas recibido del mando, se le sorprendió con una intentona armada, que aquél trató de conjurar, deteniendo a las huestes, que desde Nico Pérez, le amenazaban, y que en fin, conjurado el peligro, entró de lleno a gobernar el país, concluyendo su administración y ausentándose para Europa, en donde permaneció hasta 1911, fecha en que le pareció bien volver de nuevo a tomar las riendas del Estado.

La actitud del Presidente cesante, después de su primer gobierno, fué reservada y de evidente resentimiento para los hombres dirigentes del partido Nacional, pero inaugurada su segunda administración, después de los cuatro años de residencia en Europa, aprovechado de buenos ejemplos y portador de notables innovaciones, con las cuales iba a regenerarse el país, éste concibió grandes esperanzas, que no habiéndose realizado antes, vendrían a realizarse ahora, y así quedó explicada la aspiración de volver a ocupar la poltrona presidencial como aquel que, viñese a cumplir con el propósito premeditado de hacer en un segundo tirón, lo que no quiso o no pudo hacer en el primero.

Ahora bien: ¿la actuación de este hombre público, durante ésta y la anterior administración, correspondió a las esperanzas, que en él se cifraron?...

.....
Cuando en 1917, publiqué mi obra: «Carnet de un filósofo», protesté en el prólogo que encabeza el primer tomo, en sentido, de que, en ningún caso, me ocuparía concretamente de la política de actualidad.

Por esta razón pues, como por la de tratarse de episodios derivados de una época reciente (1903 a 1923) y que se encuentran fuera de mi programa de entonces y del que me he formado en mis obras posteriores; dejo la respuesta, por el momento, a mis contemporáneos, a quienes no les alcance el impedimento que a mí, haciendo bagaje de lo que se ha hecho y se ha deshecho, en el transcurso de casi veinte años y como póstuma sanción al fallo inexorable de la Historia!...

FIN

ALGUNOS JUICIOS CRÍTICOS
SOBRE
“LA ATALAYA DE ULISES”

De *La Mañana* del 5 de Agosto de 1922.

Acaba de aparecer un nuevo libro del chispeante y donoso escritor, compatriota, que oculta su nombre bajo el pseudónimo de «El Licenciado Peralta», titulado «La Atalaya de Ulises».

Se trata de una serie de trabajos llenos de interés y amenidad, relacionados con la época turbulenta de la Defensa, en los cuales «El Licenciado Peralta» ha puesto una vez más de manifiesto sus condiciones de excelente narrador y humorista.

*
* *

De *La Tribuna Popular* del 7 de Agosto.

Bajo el pseudónimo de Licenciado Peralta, ha aparecido una obra de carácter histórico,

anedóctico, titulada «La Atalaya de Ulises» y la cual se refiere al mirador del general Oribe en el sitio grande. El tal mirador, era un alto armazón de madera desde el cual dominaba el heroico general no sólo al ejército de la defensa en operaciones, sino a su propio ejército, a fin en este caso, de observar si se cumplían estrictamente sus órdenes.

Precede a este libro una carta-prólogo del Doctor Luis Melián Lafinur, donde, como siempre, se revela el gran historiador nacional.

El Licenciado Peralta,—para qué ocultarlo, si su propio estilo y brillantez de su pluma lo descubren en cada página,—es el autor conocidísimo de varios trabajos jurídicos, históricos, novelescos, etc., que le han dado nombre como abogado y escritor.

El Doctor González, puede enseñar a las generaciones presentes muchas cosas de la vida nacional, que no sólo son posibles con el estudio y el talento, sino por el privilegio de la edad, que le permite narrarnos hechos presenciados hace muchos años.

Dice el Doctor Melián Lafinur en el prólogo: «Nada tan perjudicial como haberse establecido que en la Guerra Grande se habían salvado dentro de los muros de la Nueva Troya las libertades del Río de la Plata, de

lo cual resultaba que los ciudadanos del Cerrito eran todos, sin excepción, unos réprobos y traidores, que no tenían perdón de Dios ni del pueblo, que ultrajaban con sus maldades.

Pero se trataba simplemente de una conflagración en el Río de la Plata y de la que era víctima el pueblo uruguayo entero, representando una comedia de la que aprovechaban elementos extraños a la nacionalidad.

Usted, con sus reminiscencias, ha abierto los ojos al lector que sabe leer entre líneas, porque revela usted que era un Sitio muy original aquél, que permitía a los habitantes de la ciudad asediada, ir, cuando bien les convenía, al campo de los sitiadores, haciendo lo propio los residentes en el Cerrito, cuando querían darse el lujo de visitar la ciudad, todo lo cual provenía de que sitiadores y sitiados estaban en el secreto de que la ciudad no sería asaltada y que todo no pasaría de que en los primeros tiempos del asedio hubiese uno que otro combate y algunas guerrillas, que en absoluto fueron abolidas en los últimos años de la guerra civil, cuando los hospitales de sangre se cerraban por no existir en ellos heridos.

Sea de ello lo que fuere, lo triste para mí,

lo doloroso, es que a favor de los extravíos del pasado se siga en el presente forjando una leyenda de odios, que ni los mismos actores en los pretéritos sucesos partidistas aceptaron como una fórmula definitiva...

Alguna vez se conocerán los secretos de los archivos y es posible que, entonces, se sepa con admiración de las generaciones actuales que don Manuel Oribe estuvo en constante comunicación con muchos de los hombres más conspicuos de la Defensa; civiles y militares que habían sido sus amigos antes de que él tomase servicio con Rosas y que después se olvidaron o quisieron perdonarle ese grave delito de lesa patria.

De la acumulación de odios anacrónicos y de idolatrías absurdas, lo que resulta es que carecemos de la unidad de pensamiento que es el orgullo de otros pueblos. Los partidos personales viven los recuerdos sangrientos y ominosos, se dividen hasta llegar al fratricidio mientras que en los países en que las opiniones difieren puramente en cuestiones de principios o en controversias accidentales la unidad patriótica, la aspiración común, el deseo de la felicidad colectiva en nada absolutamente comprometen... ».

El Doctor González dice, a su vez, en sus

interesantes páginas, palabras tan oportunas en estos momentos de ciega pasión política, como éstas:

«El general Rivera, que contribuyó en 1835 al triunfo de su amigo y compadre como sucesor y candidato a la segunda Presidencia de la República, fué el mismo, que contrariado por la marcha independiente de aquél durante su gobierno y llevado de su impaciencia, maquinó subrepticamente primero, y después a cara descubierta, hasta desalojarle del puesto que ocupaba, cuatro meses antes de vencido su período presidencial!!...».

Y, en otra página:

«Aquella actitud del Jefe sitiador, no tuvo la aprobación de hombres importantes que le habían acompañado con su opinión y su prestigio durante su gobierno, que fué, justo es decirlo, ejemplar y de reparación de muchas de las irregularidades del que le precedió...».

El mismo general Oribe, que sabía a qué atenerse sobre aquel particular, había prescindido de su consejo y hasta de su relación viniendo a quedar aquellos en un relativo aislamiento, hasta la terminación del sitio.

Y agrega: «El conjunto, pues, de los erro-

rres y faltas graves que envuelven aquellos actos, cualesquiera que haya sido el terreno y las circunstancias en que se produjeron, hace que al presente, los bandos partidarios de que vengo ocupándome, no tengan nada que enrostrarse!».

Palabras patrióticas como éstas, de absoluta imparcialidad, son una lección para los que inventan mentiras todos los días en contra de aquellos que a golpes de sable trazaron las fronteras de la patria, empequeñeciendo a nuestros héroes ante las nuevas generaciones, que ignoran el pasado, y los extranjeros.

El Doctor González que tiene más de ochenta años de edad y ha sido testigo ocular de muchos hechos que relata, habiendo ocupado altos cargos por muchos años en la Biblioteca Nacional, en la Junta Administrativa, Juzgado de lo Civil y Hacienda, Tribunal de Apelaciones y Alta Corte de Justicia, es una personalidad de tanto relieve y prestigios tan saneados, que sus libros pueden citarse como ejemplos de indiscutible verdad e imparcialidad histórica.

*
* *

Del *Diario Español* del 5 de Agosto.

Ha llegado a nuestra mesa de redacción, un volumen original del conocido escritor que usa el pseudónimo de « Licenciado Peralta ».

Prologa la obra el doctor Luis Melián Lafinur y en toda ella campea el aticismo y la amenidad de que ya hiciera gala el « Licenciado Peralta » en sus anteriores escritos.

En « La Atalaya de Ulises » relata con elegante y flexible estilo, una serie de incidencias y sucesos históricos que tuvieron por escenario al Montevideo de pasadas épocas.

Estamos seguros de que tanto los lectores de la vieja guardia como los de la nueva generación, han de leer con sumo interés, la obra que nos ocupa.

Agradecemos el envío y nos complacemos en presentar a su distinguido autor, nuestras más sinceras felicitaciones.

*
* *

De *El Siglo* del 14 de Diciembre.

Hemos recibido « La Atalaya de Ulises », del Licenciado Peralta.

Después de Sansón Carrasco, que ha sido toda la vida bachiller—el único bachiller de nuestras letras—no hemos tenido ningún graduado ilustre.

Nos referimos, claro está, a los que ostentan el título con el nombre, porque en cuanto a letrados no han faltado algunos con debilidades por las letras, ni faltarán en lo futuro, pues dentro de muy poco tiempo, casi toda la población masculina del país, no estará exenta de un certificado universitario.

El Licenciado Peralta completa la serie de la familia universitaria que también parece retoñar en los escarceos periodísticos del Doctor X en materia de actualidad política, y sabe Dios de cuantos otros doctores, ya que no licenciados, han de seguir honrando los prestigios del birrete académico.

Pero el famoso Licenciado, es sin duda un licenciado auténtico, por lo menos de los pocos que todavía saben latín, y han picado en la Instituta de Justiniano después de aprender derecho por las recitaciones de Heinoccio.

Y sobre todo: ¡cómo se ve que además de sus saneados títulos académicos, es un dechado de urbanidad, tal como era la regla hoy la excepción, en los hombres de aquella generación que tuvo entre sus mentores

a Juan Manuel de Bonifaz, tan cuidadoso de guardar las formas y maneras del mundo, aprendidas mientras desempeñó la secretaría del Marqués de San Vicente! (1)

Hasta en la reserva para velar el nombre de una dama, se adivina el caballero cumplido y la discreción del hombre de mundo!

Además de esto, nuestro licenciado es un modelo de laboriosidad, de mesura, de constancia, de orden, nobles y sencillas virtudes burguesas, que no parecen ser las características de los muy famosos y andantes caballeros y licenciados que en pasados siglos dieron brillo a las hispanas letras, después de haber correteado el mundo en pos de la fortuna y de la gloria, persiguiendo imaginarios imperios en América y prorrateando adelantazgos y corregimientos.

No son tantas sus andanzas y aventuras como las del Bachiller Vicente Espinel, ni sus desgracias como las del Bachiller Gil Blas de Santillana, ni su miseria como la del Licenciado Calva, ni su experiencia de la vida tan universal, rica y varia como la del Bachiller Francisco de Rojas, pero desde el rincón del mundo en que ha vivido, le ha tocado presenciar grandes transformaciones

(1) De San Carlos; ha querido decir « El Siglo ».

en la vida social y política de su pueblo. Revueltas, crímenes, «competencias, odios, ambiciones y pretensiones», guerras. Y del vasto drama en que ha renunciado a ser protagonista y ha podido ser espectador, nos refiere a veces en forma sencilla y agradable, la parte que alcanzara a participar.

Es la conversación amena de un hombre educado. En la paz del hogar, junto al fuego que arde — evocando la ceniza la vanidad de las cosas que fueron y las llamas la inquietud de la vida — «sine ira» os dice amablemente cosas del tiempo viejo.

Después de vivir, nada más digno de la atención humana, como recordar lo vivido. Acaso en recordar está toda la vida, ya que ella es como un sueño y se nos escapa tan levemente de las manos.

Hay además entre este escritor y el ambiente que describe una compenetración tan viva y profunda, que el hecho más insignificante o el personaje menos significativo, aparecen como iluminados por una claridad simpática. El autor ama profundamente la modesta y noble ciudad que fué su cuna. Ha visto alzarse ladrillo a ladrillo, los edificios en los solares abiertos en que jugó cuando era niño. Vió las murallas de la an-

tigua ciudadela, las fortalezas del sud y el viejo fuerte ya derruído, que se alzaba en la plaza de Zabala; renacer del caserío colonial, la ciudad clara y límpida; dividirse las vastas chacras de los alrededores que aún tenían las medidas que le fijara don Pedro de Millán; rectificarse los antiguos caminos que partían de los viejos portones de la ciudad, y morir para siempre las postreras flores de la «Quinta de las Albahacas».

Conoció la ciudad troyana, desde que el ejército invasor inició su sitio. Y a los protagonistas de la guerra pudo verlos de cerca, ora desde el campo sitiador, ora en el recinto sitiado.

Al pasear hoy por los sitios que fueron antaño teatro de tan varios sucesos, al hallar tan cambiadas las cosas y los hombres, ha de experimentar seguramente nuestro buen Licenciado — templado por serena filosofía — esa impresión que nos anuncia que pertenecemos a un mundo que ha pasado, no inferior seguramente al que le toca vivir a las generaciones que llegan, pero necesariamente más amado para nosotros, ya que con él se confunde nuestra vida.

Y ahora imaginemos también al hombre,

ya que hemos visto el libro que es su alma. Es una tarde dorada y tibia, la hora en que los viejos salen a pasear sus recuerdos. Nuestro buen Licenciado atraviesa las calles de la ciudad, de su ciudad. Viste de negro, es alto y derecho.

La frente erguida, los cabellos blancos. Tras de los lentes de oro sus ojos miran los altos edificios, las gentes que pasan, la alegría azul del cielo diáfano, el oro del Sol. Pero mientras cruza con su empaque hidalgo, no es tanto esta ciudad la que ve, sino la otra, la hundida en el insondable mar, la ciudad muerta que duerme en sus pupilas grises. De repente llega lejano, un eco de clarines en el viento, como un lejano llamado de gloria.

¡Qué extraña y melancólica emoción mueve su espíritu!

• Al caer la tarde a una hora fija ese toque de llamada le produce el recuerdo de su tránsito por las calles desiertas y silenciosas de su querida ciudad sitiada ».

Es la voz de la ciudad que lo llama.

Allá sobre el cielo tiembla el oro de la primer estrella.

Una ráfaga de viento barre en el polvo las hojas secas.

Nuestro licenciado vuelve paso a paso. Le parece que todas las hojas han caído de su corazón.

G. H.



De don *Juan A. Zubillaga*

Concluyo la lectura de sus recuerdos de los días de la « Defensa », cuyo obsequio agradezco. Me parece que « La Atalaya de Ulises » contiene muchas de las páginas de su pluma que acaso serán muy útiles a la historia. Indudablemente, su evocación de aquellas sensaciones vividas en su juventud muestra realidades que tienen que contribuir a formar noción exacta de lo que en verdad fué el Sitio de Montevideo. Es cierto que tras de sus muros estaban los enemigos de la tiranía de Rosas y que frente a ellos puso su cuartel general, en el Cerrito, el ejército de aquel tirano, que había invadido la patria del jefe que lo mandaba. Pero si es indudable que aquellos *beligerantes* representaban intereses antagónicos, moral y materialmente, no es menos verdadero que la lucha armada entre ellos sólo tuvo seria realización durante los primeros tres años. Lucha más gloriosa entonces para la causa patriótica y humana defendida, que cuando

continuó sin derramamiento de sangre y sin sacrificio de vidas por aquellos altos ideales. Por eso es que en los últimos dos tercios del tiempo que duró, fué posible hacer esa vida regular y de tan frecuente fiesta en la ciudad sitiada, y de las más cordiales relaciones entre los habitantes y los jefes militares de las dos regiones enemigas, según lo repiten usted y su eminente prologuista. Las revelaciones de las fuentes históricas que vayan apareciendo con el tiempo, irán perfilando con rasgos eternos, tal como fué, toda la realidad ocurrida en aquella defensa de Montevideo, para siempre gloriosa. Repito: hay un considerable tributo a la verdad de los acontecimientos de aquella época en el contingente testimonial que ofrece usted, en su « Atalaya de Ulises » y le pertenece la justicia del más sincero elogio. Por eso, sin otro título que ese, le envía sus felicitaciones este su afmo.

*
**

Del Doctor *Atilio C. Brignole*

Acuso recibo de su interesantísimo libro « La Atalaya de Ulises » que he devorado con el interés que siempre inspiran sus producciones.

Muy agradecido de su gentil recuerdo y prometiéndole una visita para las próximas vacaciones, me es grato saludarlo afectuosamente.

*
* *

Del señor *Solano A. Riestra*

Ha sido para mí una verdadera satisfacción recibir signada de su puño y letra la dedicatoria de su opúsculo titulado: «¡Al Indostán y a la China!...».

Esta, como las demás obras literarias que ha publicado usted y yo he leído con el más vivo interés, revelan en usted un trabajador ameno e incansable.

Trabajar, y trabajar a su edad con la agilidad mental de un joven, es algo excepcional y digno del mayor aplauso. ¡Qué hermoso ejemplo! ¡Cuántos se quisieran tener tan inmensa dicha!

Pocos, muy contados serán los que, como usted, puedan decir con toda exactitud: yo he vivido y he amado dos veces la vida: la primera para formar un hogar resperable, y la segunda para trabajar para la ciencia del derecho y para el arte con un tesón y un acierto que muchos jóvenes se quisieran para sí.

A propósito de sus obras, observa el Doctor Alberto Palomeque — otro laborioso fecundo e incansable — « que, en más de un caso, usted dará trabajo al historiador a fin de averiguar quien sea el personaje aludido. Los propios contemporáneos puede que no acierten por no estar en los entretelones de los sucesos ».

Y corroborando el contenido del párrafo anterior, manifiesta el señor Bonilla de San Martín:

« Sin duda se me escapan muchas alusiones por no estar bien enterado de los sucesos y personas a que se refiere ».

Y es lógico que, para la más acertada comprensión de sus obras y el anhelo del lector de conocer las personas o protagonistas de aquéllos, hubiera sido conveniente que, mediante algunos indicios o detalles pudiera saberse quienes fueran los aludidos.

Pero me consuelo con pensar que, en los originales habrá tenido usted bastante cuidado en poner a buen recaudo los nombres de las personajes que describe usted en sus libros con tanta amenidad y gracejo, dejando así apuntes de historia patria de gran interés quizá.

No obstante, a sus obras se les tendrá que

dar con el transcurso del tiempo una decisiva y doble importancia, particularmente en lo que a la historia se refiere sin que ello sea óbice a que, en la literatura nacional, se le coloque a usted entre los que se han dedicado brillantemente a ella en forma de crónicas o narraciones sumamente interesantes, siendo además de advertir que, en algunos casos, tales como en los «Festines de Plutón», dejó usted correr la pluma del novelista con una facilidad y fluidez de estilo realmente encantadoras.

Disculpe que me haya excedido en el acuse de recibo de su obra, haciéndole perder a usted un tiempo precioso que le es necesario para mejores cosas.

* * *

Del *Doctor Luis Morquio*.

Luis Morquio, tiene el placer de saludar a su distinguido compatriota y amigo el doctor Don Domingo González y al agradecerle el ejemplar de su interesante libro «La Atalaya de Ulises» con que se ha dignado favorecerle, tiene la satisfacción de manifestarle que lo ha leído con el mayor interés, gozando con esas descripciones reales y vi-

riles de uno de los episodios más emocionantes y más discutidos de nuestra historia nacional.

*
* *

Del *Doctor Claudio Williman*.

Con verdadero placer le dirijo estas líneas, a objeto de agradecerle muy vivamente el envío de su nueva obra «La Atalaya de Ulises», con que usted ha tenido la deferencia de obsequiarme y cuyas páginas me han producido muy gratos momentos de esparcimiento.

Su nueva y amena obra, me impresiona tanto o más agradablemente que las anteriores, acaso porque ésta se refiere a una época tan interesante, tan pintoresca y tan llena de carácter histórico como lo es la «guerra grande». Sin duda, discrepo yo bastante de su modo de apreciar ciertos aspectos del sitio, pero sea ello como fuere, su libro se lee con deleite y con creciente interés hasta su última página.

Permítame, pues, que felicite al fecundo y erudito Licenciado Peralta, quien está prestando un verdadero servicio a las letras nacionales con su ya copiosa producción histórico-literaria.

Del *Doctor Mariano Ferreira.*

Dicen los jóvenes de la actual generación, que a los viejos, por inútiles hay que archivarlos, pues apenas sirven para contar cuentos.

Pero cuando esos cuentos escritos en estilo fluido y correcto, encierran narraciones o detalles de episodios históricos, no solo deleitan sino que instruyen.

En ese caso se encuentra la « Atalaya de Ulises », con que usted me obsequia y cuyo envío y dedicatoria agradece su affmo. amigo.

• * *

Del *Señor Rómulo J. Rosi.*

He leído con singular deleite sus bellas producciones « Resonancias del Pasado », « Bocetos y Brochazos », « Al Indostán y a la China » y « La Atalaya de Ulises », — con que usted me ha honrado al hacerme preciado regalo, — en todas las cuales ha vertido con su chispeante y bien cuidado estilo literario, raudales de nuestra vida pasada, tan poco conocida por los contemporáneos.

Viene prestando usted con sus juicios despojados de toda idea sectarista, muy seña-

lados servicios a la Historia Nacional, y al darlos en forma amena, ha conseguido también, pintar gráficamente hasta en sus detalles más insignificantes, hábitos y costumbres que se han ido para siempre y que por tratarse de « desperdicios de la historia » de nuestra vida embrionaria, han sido echados a un lado por casi todos los que se han dedicado a escribir cosas de nuestra tierra.

Usted, mi estimado doctor, ha contado para arribar a tan feliz resultado, con la cooperación eficacísima del muy simpático Arturito, quien, más tarde y sin esperar a la transfiguración real de su alma, si es que es cierto que se opera cuando marchamos mejor vida ese fenómeno metafísico, la encarnó sin otro « cambalacheo » individual, con plétora de realismo, en persona tan reposada, tan gentil y de intelectualidad tan exquisita, como indiscutiblemente lo es el « Licenciado Peralta ».

* * *

Del *Doctor Matías Alonso Criado*.

Saludo al viejo amigo y le felicito por la publicación de la « Atalaya de Ulises ».

He tenido más satisfacción que nadie en su lectura, por haber sido pretexto para la reparadora justicia al olvidado Maestro de tres generaciones en el Uruguay, por haber aprovechado tan admirablemente el «Licenciado Peralta» el episodio que le referí, de lo que me contó en el Hotel Oriental al despedirme para España en Julio de 1878, Don Alejandro Magariños Cervantes sobre la carta de recomendación que le diera para Madrid en 1852 su Maestro don Juan Manuel Bonifaz, lo que galvanizó en usted aquella meritoria personalidad. Ha dado usted tan acertada redacción al capítulo VI de su libro, que se ven mover con vida propia todas las personas que cita, colocando al lector en un ambiente de realismo, con deleite por la contemplación de tan verídico cuadro.

Como iniciador del monumento en el Cementerio Central en 1888 creo que las cenizas de Don Juan Manuel Bonifaz deben haberse agitado ante el primer homenaje póstumo que le tributa uno de sus discípulos, entre los miles que tuvo en Montevideo. «Tardas justicia, pero al fin llegas»...

* * *

Del *Doctor Alberto Palomeque*.

Recibir y leer de un tirón su libro « La Atalaya de Ulises », fué todo uno.

He saboreado el prólogo del *ciego* Melián Lafinur, que ve, a veces, mucho más que nosotros, con su alma ardiente para juzgar hombres y cosas. He gozado con la narración amena y erudita hecha por usted. Es su mejor libro, a mi pobre juicio, sin que esto quiera decir que no lo sean los anteriores. Se dice de un joven: que avanza en su juicio, madurando ideas y perfeccionando el estilo. Pues de usted, hombre octogenario, he de decir, lo mismo que del Doctor Don Mariano Ferreira, que a medida que entran a la edad bien madura, en que el hombre se convierte en niño, adquieren vigor de juventud. Los pensamientos son frescos, llenos de fragancia, con toda la dulce mansedumbre que da el conocimiento de la vida y del mundo. Sabe sostener opiniones sin herir sentimientos, dignos siempre de respeto, como que emanan de otro hombre, es decir, de un hermano. Considera susceptible del error a quien no ha opinado como él, pero nunca moja su pluma en hiel para arrojar una frase que pueda ofender al vivo en

la memoria del muerto, ni a éste en la dignidad del sobreviviente. Es una lección hermosa la que usted da a la juventud briosa que enristra la péñola, y en su inexperiencia araña, quizá sin saberlo, a quien podría aplicársele la frase aquella de Victor Hugo, de ser el «genio promonterio en lo infinito», por lo que no a todos es dado comprenderlo. No es mi ánimo hacer un estudio crítico de su libro; solo quiero transmitirle de seguida, sobre el estribo, sin mayor meditación honda, la impresión causada de conjunto en mi espíritu. Si así no fuera, algo tendría, o me atrevería, a observar a los dos maestros de la frase y del pensamiento — el prologuista y el autor del libro — por lo que aquí punto final para expresarle mi agradecimiento por el bien proporcionado con su lectura, nutriendo mi espíritu con cosas útiles y sanas, y alegrando el ánimo con recuerdos amenos del pasado a este su siempre discípulo y amigo.

*
* *

De *Adolfo Bonilla y San Martín*. — Madrid.

He recibido su nuevo libro: «La Atalaya de Ulises», que ha tenido usted la amabili-

dad de enviarme, y que le agradezco muchísimo. Voy a leerlo con todo detenimiento. Por lo que he hojeado, va ser para mí un deleite esta lectura, porque campean en las páginas que he visto, ingenio, amenidad e interés no menores que los admirados por mí en sus anteriores obras.

*
**

Del Doctor Alfredo Furriol

Muy agradecido al envío de su último libro «La Atalaya de Ulises». Su estimable obsequio me ha valido ratos de grato solaz, contemplando las escenas históricas del Gran Asedio, conocido por el Sitio Grande, que usted ha narrado con la vivacidad de su estilo claro, ágil y elegante.

Tema difícil, el histórico, para abordarlo frente a los contemporáneos; pero a pesar, de ello, ha sabido usted eludir, discretamente, lo que, en el comentario, pudiera parecer pasión, saliendo airoso de la empresa difícil.

A la interpretación apasionada, surgente no siempre de fuente cristalina, prefiero el relato veraz y sincero, desnudo de todo comentario, de los hechos que han de verse más claros desde la lejanía de los tiempos que vienen.

Del *doctor Aristides Dellepiane*

Le agradezco profundamente su libro «La Atalaya de Ulises». Es interesantísimo. Los rudos tiempos de la Guerra Grande están evocados con tanta fuerza sugestiva que el lector vive en ellos.

Gracias a usted, he asistido a la revista de las fuerzas de Oribe; a las retretas de la legión italiana; a los funerales de Florencio Varela; y tantos otros episodios que para mí tenían hasta ahora un carácter puramente legendario.

Su narración nítida y expresiva resucita los hechos con extraordinario relieve, y animación realmente cinematográfica, que hacen de la «Atalaya» un libro único en nuestra literatura.

ÍNDICE GENERAL

| | Pág. |
|---|------|
| ¿PERMISO?..... | 7 |
| CAPÍTULO PRIMERO.—A título de vindicación.—De cómo muchas veces el hombre a este título, se considera obligado a llegar a todos los extremos con un adversario vencido. | 13 |
| I. Para empezar..... | 13 |
| II. En los altos del Cabildo..... | 15 |
| III. ¡Y van dos!..... | 22 |
| IV. ¿Quién era el Coronel Cázeres? | 24 A |
| CAPÍTULO SEGUNDO.—La Expedición Francesa.—En el que se trata de las funciones que desempeñó, durante, su permanencia en esta Capital. | 25 |
| I. Su instalación..... | 25 |
| II. El polígono del Sud..... | 28 |
| III. La Estanzuela..... | 30 |
| IV. Las revistas..... | 32 |
| V. Las retretas..... | 36 |
| CAPÍTULO TERCERO — Danzantes de escuela.—De cómo las opiniones | |

| | Pág. |
|---|-----------|
| políticas en 1850 y tantos, no obstaban a que se confraternizase en las aficiones al arte musical y al coreográfico | 38 |
| I. Don Timoteo Aparicio | 38 |
| II. La sorpresa..... | 40 |
| III. Alarma y confusión | 42 |
| IV. El unitario..... | 44 |
| V. Canto y baile..... | 46 |
| VI. Sigue el anterior..... | 50 |
| VII. En lo de Don Roque Graceras. | 54 |
| CAPÍTULO CUARTO. — Diputados. — | |
| De cómo las provocaciones en las sesiones parlamentarias, no deben confiarse sino a la discreción, al buen sentido y acertado decir de los que más saben y más tienen que perder. | 59 |
| I. Lo que nos cuentan..... | 59 |
| II. Comparemos los hombres y las épocas | 62 |
| III. En la Universidad..... | 70 |
| CAPÍTULO QUINTO. — Calle Olimar N.º 11.—Cómo puede cortarse el hilo de una investigación judicial, por la hábil desaparición de un hombre.... | 75 |
| I. La quinta de Raffo | 75 |
| II. El encuentro..... | 79 |
| III. En el Café de Torino..... | 81 |

| | Pág. |
|---|------|
| IV. El crimen..... | 87 |
| V. El proceso..... | 89 |
| VI. En la cárcel..... | 91 |
| VII. En la capilla..... | 94 |
| VIII. La ejecución y comentarios póstumos..... | 97 |
| CAPÍTULO SEXTO. — ¡Re... rela... relami... do! - De cómo Amadeo T. soñando despierto con una quimera; durmiendo, vino a verla convertida en realidad..... | |
| I. ¡En viaje!..... | 102 |
| II. Todo o nada..... | 104 |
| III. <i>Cónsulo, título tenus</i> | 109 |
| V. Don Enrique Aubriot y Don Ramón Irigoyen..... | 112 |
| VI. En sueños..... | 115 |
| CAPÍTULO SÉPTIMO. — Facsimil e Historia final de un Gobernante. — De cómo a veces, cuesta menos dominar las alturas, que conservarse en ellas..... | |
| I. ¡Perdono a tutti!..... | 121 |
| II. La conciliación de 1886..... | 123 |
| III. De lo que precedió al beneficio teatral de una simpática artista..... | 125 |
| IV. ¡Oh Monumento!..... | 129 |

| | Pág. |
|--|------|
| V. El Pacto de Conciliación..... | 133 |
| VI. El Ministerio de la Conciliación.. | 137 |
| VII. Nuevo Ministerio..... | 140 |
| VIII. A propósito del regreso de Santos | 142 |
| IX. Vindicación de una ofensa | 145 |
| X. De paso, juzguemos con imparcialidad..... | 149 |
| XI. La enfermedad y muerte del General Santos..... | 152 |
| XII. Su Sepelio..... | 154 |
| CAPÍTULO OCTAVO.—De cómo el final de un siglo y los principios de otro, pueden correr parejos y hasta superar el segundo al primero, a título de <i>buenas obras</i> | |
| I. Para empezar..... | 157 |
| II. Para concluir..... | 160 |

FÉ DE ERRATAS

Página 8. — Póngase aparte la palabra *sin embargo*.

Página 10. — Idem, la frase *Las derrotas*.

Página 36. — Suprímese la palabra *procediendo* y agréguese una *y* antes de *dejando*.

Además se han deslizado algunos otros errores en los originales y en la composición, que suplirá el buen sentido del lector.

AL LECTOR

Esta obra se vende en la Casa Editora, calle 25 de Mayo, 483 y en las principales Librerías de la capital, al precio de \$ 2 el ejemplar.

Del mismo modo, la colección completa de las obras literarias del autor, (7 tomos, incluso el presente), al precio de \$ 7.

